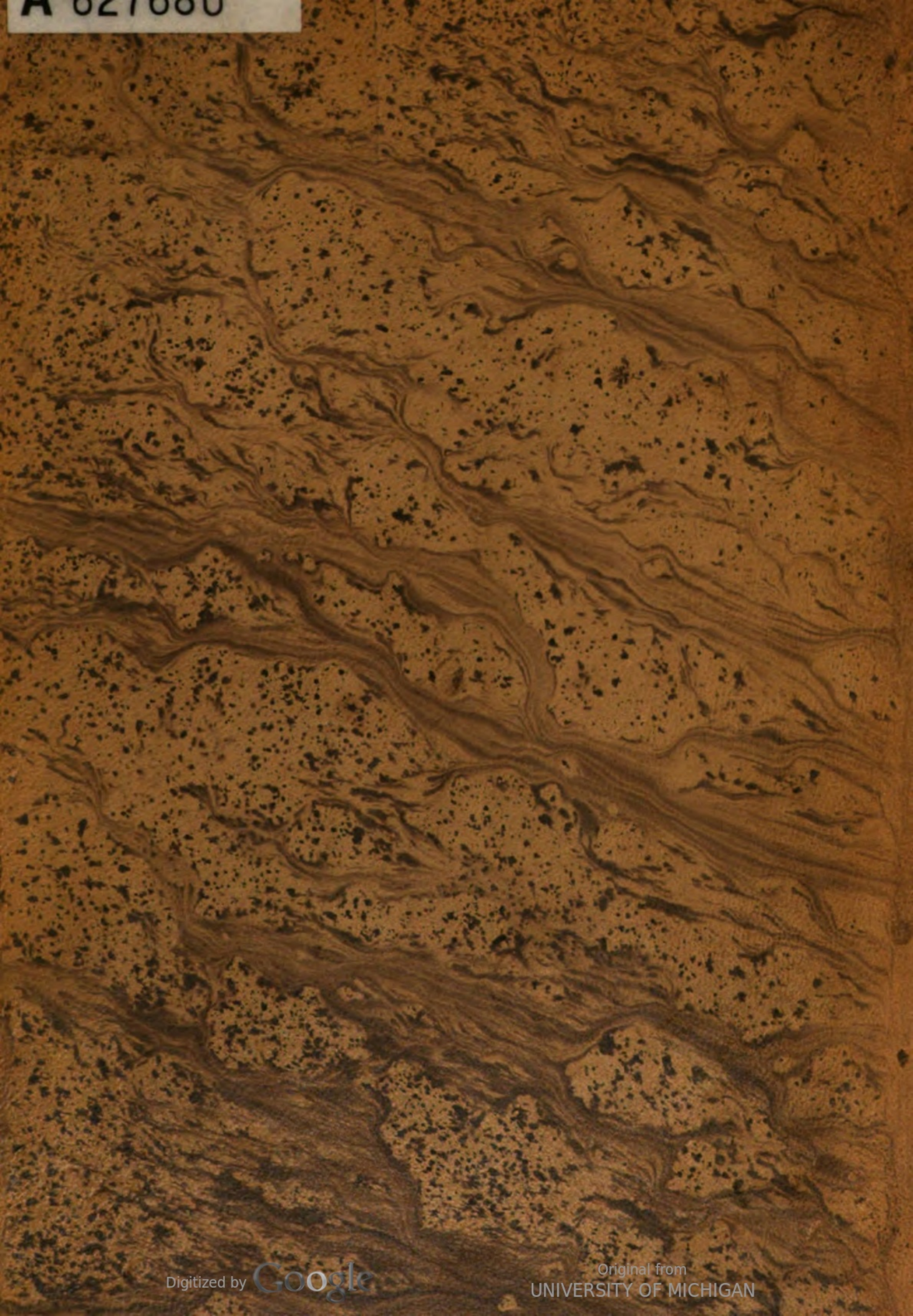
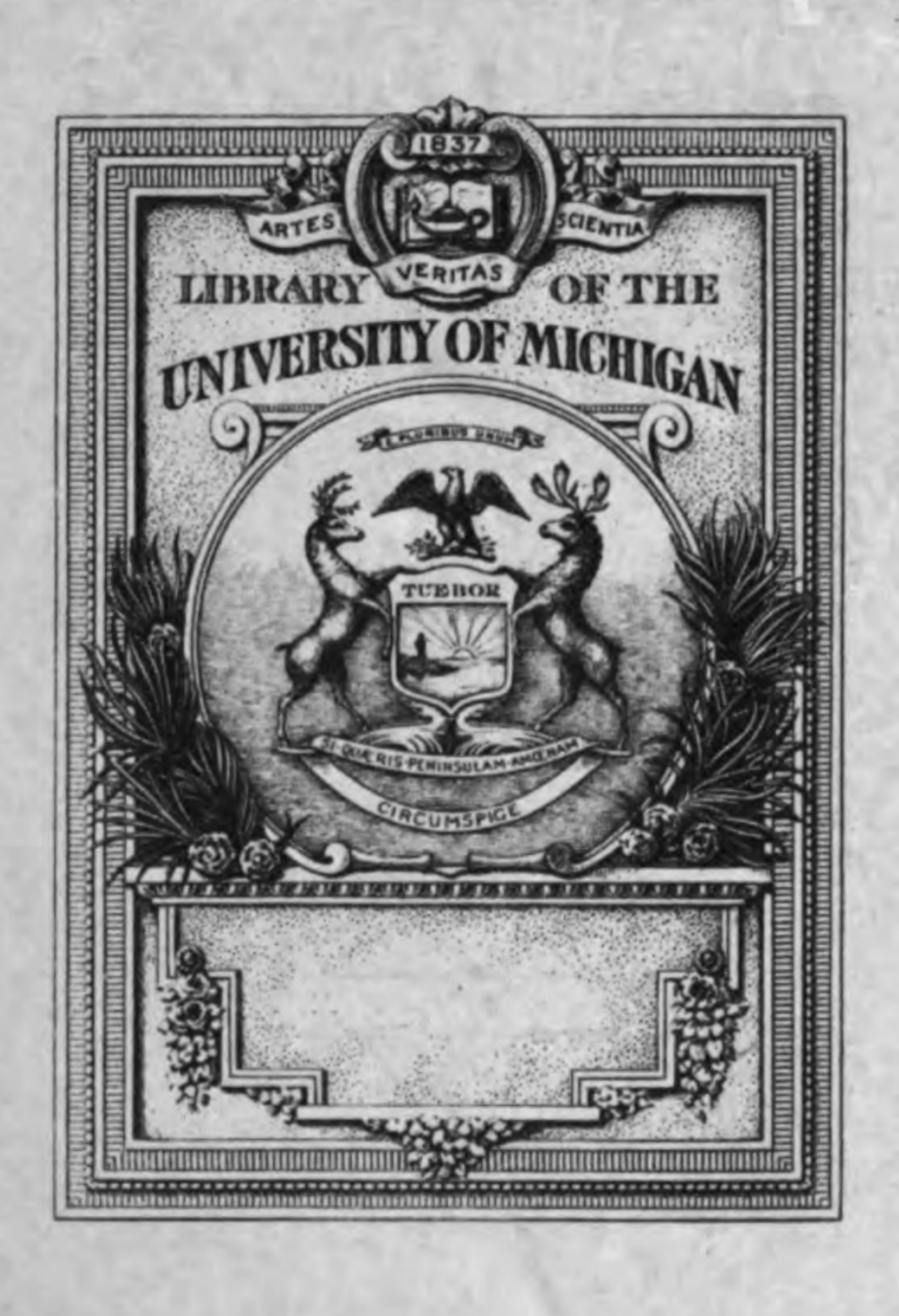
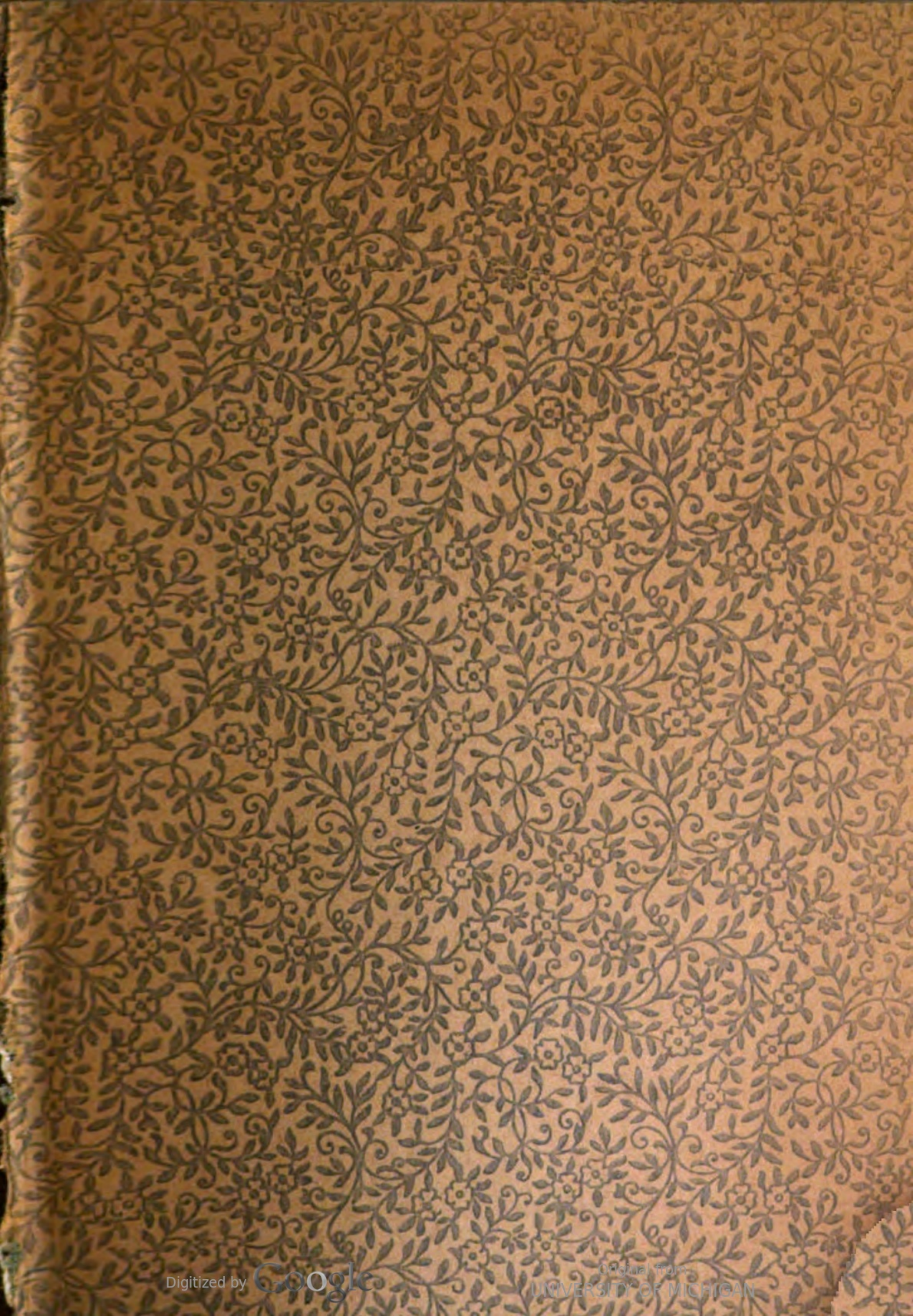



1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE





CLASICOS CASTELLANOS

GARCÍA GUTIÉRREZ

VENGANZA CATALANA

JUAN LORENZO

EDICIÓN Y ESTUDIO DE D. JOSÉ R. LOMBA

MADRID
EDICIONES DE "LA LECTURA"
1925



PRÓLOGO

En las dos obras dramáticas que ofrecemos reproducidas en este tomo no va seguramente —no podemos nosotros desconocerlo— una muestra perfecta del teatro de don Antonio García Gutiérrez. Ni sería fácil lograrla, es a saber, bien representativa y completa, en número tan exiguo de piezas, impuesto, sin embargo, inflexiblemente por razones de espacio material. La producción dramática de este autor fué más copiosa de lo que ordinariamente se cree y duró cerca de cuarenta años, que quiere decir que asistió a numerosos cambios de gusto y se desenvolvió bajo influjos literarios los más distintos; que recorrió la órbita entera de la vida del escritor, con todos sus períodos de mocedad, de madurez y de decadencia, y que, por consiguiente, es variada, rica en elementos y en aspectos, difícil de ser reflejada en una colección de retazos que no sean muchos, por primor que se ponga en escogerlos. En la que presentamos aquí nosotros, con decir que *El Trovador* no se encuentra en ella, drama por que el poeta es más conocido que por todos los demás de su repertorio, ya se puede conjeturar que ha de dejar algo fríos a no pocos lectores. Y no ha sido, a buen seguro, por desconocimiento o por ligereza. Del acierto no respondemos; pero hemos pesado cuidadosamente en la balanza de nuestro juicio combinaciones que nos han ocu-

rrido, numerosas y muy distintas, y creemos defendible la que ofrecemos.

Partimos del pie forzado —no hay que olvidarse de esto— de composiciones completas y de lo que da de sí un solo tomo de la biblioteca de *Clásicos Castellanos*. Una consideración que mucho nos ha movido a prescindir de *El Trovador* es cabalmente lo divulgada que se halla y lo muy conocida que es. Figura ya en otras colecciones y está bien y es para el público provechoso renovarle un poco los discos. Entre las otras obras dramáticas del amable autor gaditano, *Venganza Catalana y Juan Lorenzo* representan el punto crítico de la culminación de su arte: la primera, el mayor éxito con el público; la segunda, la producción de que él mismo se mostró más contento. Compuestas y estrenadas a continuación una de otra (febrero 1864-diciembre 1865), frutos de la madurez de su autor, de la plenitud de sus facultades y en circunstancias más bien propicias; ambas del género histórico, que era el propio de este poeta, cuidadosamente estudiadas sobre sus fuentes auténticas respectivas, como ningunas otras lo fueron; cuadros amplios, brillantes, dispuestos y movidos con un esmero que excedía al usado por el escritor comúnmente y cubiertos del manto espléndido de su más trabajado estilo poético, dan entre las dos —así lo entendemos—, con una precisión nada desdeñable, la medida del talento dramático de su autor. Inspiración juvenil, dichosa, eventual, no vuelta a lograr en el transcurso de una larga existencia, fué *El Trovador*, no obstante grandes lunares que pueden hallársele; pero en *Venganza catalana* y en *Juan Lorenzo* vemos muy bien la meta natural, el término lógico de una carrera artística dilatada, cuyos jalones ascendentes más principales pueden ser señalados en *El Rey Monje* (1837), *El Encubierto de Valencia* (1840) y *Simón Bocanegra* (1843), y de la cual es

luego un descenso, bien que glorioso y no tan apreciado como debiera, en concepto nuestro, el drama *Doña Urraca de Castilla* (1872).

De los poetas que produjo en España el Romanticismo, ninguno con una vocación más cerrada por el arte y la literatura dramáticos que el que aquí nos ocupa ahora. Ni su misma inspiración lírica, caudalosa ciertamente y brillante en la boca de personajes de sus comedias, acertaba a cernerse a la misma altura en composiciones aisladas, expresión directa de afectos o estados de ánimo del autor. Sus versos cortos, contenidos en las dos colecciones *Poesías* (1840) y *Luz y Tinieblas* (1842), ni por su originalidad, ni por su vuelo lírico, ni mucho menos por la perfección de su forma, exceden, por ejemplo —ni acaso llegan, y no dejan de parecerse—, a las de Ventura de la Vega, que no pasa sino por un poeta de segundo orden en lo que se refiere a este género. En sus narraciones legendarias (1), o pasionales (2), o satíricas y festivas (3), en verso, que también escribió nuestro poeta, no tenemos para qué detenernos; de las cuales las mejores no tienen nada que mucho las enaltezca y no falta tampoco alguna cuya presencia entre sus hermanas, más que dar brillo, será capaz de proyectar sombra sobre la gloria del escritor (4).

(1) *El Conde de Saldaña, Los siete Condes de Lara, El último Abderrahmán, El Maestre de Alcántara, Zulima,* etc., todas en *Luz y Tinieblas* (1842).

(2) *Las dos rivales,* en *Poesías* (1840).

(3) *Un baile en casa de Abrantes.* Madrid, Repullés, 1834; *El Duende de Valladolid.* Mérida de Yucatán, Castillo y Compañía, 1846.

(4) Es muy floja y destartalada la que se intitula *Elvira,* cuento, en dos partes y en variedad de metros, con que termina la colección *Luz y tinieblas.* Su asunto está

De tan atrás como podemos hacernos cargo registrando en su biografía, García Gutiérrez se entregaba, con la ilusión y el ardor de la adolescencia, a la composición de piezas dramáticas. No menos de cuatro, citadas por Ferrer del Río y por Rosell —una de las cuales al menos ha conservado la imprenta a nuestra curiosidad (1)—, trajo a Madrid en septiembre de 1833, en su fuga de la casa paterna al encuentro y a la conquista —un poco atrevidos, pero al cabo no mal logrados— de la posición y de la gloria. No parece que quepa duda que ellas constituían el tesoro de su exiguo equipaje, en que la inexperiencia de su autor de veinte años fundaba todo el castillo de sus esperanzas de triunfo; y aun estarían trasladadas probablemente de aquellos borradores en letra "microscópica e indecisa" —que dice don Cayetano Rosell— con que burlaba en Chiclana la vigilancia de su buen padre, hombre positivo y severo, que no pasaba por versos en vez de estudios, niñerías en que, a su parecer, malgastaba su tiempo el muchacho.

Es claro que no le fué tan fácil en Madrid al recién llegado abrir camino a sus dramas en las tablas de los coliseos como a sus breves composiciones líricas en la prensa; mas no por eso se apartó de su género preferido. Autores cómicos parisienses, y el inexaurible Scribe en el primer término, eran los proveedores asiduos de literatura representable, en aquellos días, en los teatros de la Corte. Ponerlos en un castellano que se entendiera era un filón legítimo de recursos, al mismo tiempo que una escuela muy conveniente, para principiantes españoles. García Gutiérrez se aplicó a esta tarea, y el 10 de octubre

relacionado con el del drama histórico *Zaida*, del mismo autor.

(1) *Fingal. Fantasía dramática en cinco actos*. En *Poesías* (1840), págs. 163 a 268.

de 1834 pudo ver representada su primera traducción, que lo fué de *El Vampiro* de Scribe. Otras dos piezas del mismo *vaudevilliste* fueron traducidas por él y representadas en los teatros en 1835, antes del 1.° de marzo, fecha memorable del estreno de *El Trovador* en el Príncipe.

Estudios recientes han renovado la crítica sobre este drama. Las deudas que tiene con el *Macías* de Larra, estrenado cinco meses antes (24 de septiembre de 1834), ligeramente aludidas por Hartzenbusch (1), han sido puestas de manifiesto por dos escritores extranjeros (2) con una agudeza y una copia de pormenores, que aun para aquellos que conocían bien ambas obras han de haber constituído una novedad sorprendente. Larra mismo, que hizo de *El Trovador* un estudio atento, se fué probablemente del mundo ignorando la importancia de la parte que le cabía en el triunfo teatral más sonado de su tiempo. Algo, sin embargo, hubo, y no de menor interés que las relaciones entre sí de ambos dramas, conocido perfectamente por la crítica coetánea, y fué lo que ambos debían al teatro español del siglo XVII y a los dramaturgos románticos franceses, especialmente a Alejandro Dumas el padre y a su obra *Henri III et sa cour.*

Al mérito verdadero de *El Trovador* nada de esto daña, el cual ha de buscarse en la juvenil llamarada de inspiración que le trajo al mundo, tan lírica como dramática, pero impetuosa y arrolladora, llena de brío y de poesía, abundante en rasgos felices, en escenas de efectos fuertes y en versos, sobre todo, musicales

(1) Prólogo a las *Obras escogidas* de don Antonio García Gutiérrez. Madrid, 1866, pág. XVI.

(2) Carl August Regensburger (*Ueber den "Trovador" des García Gutiérrez, die Quelle von Verdis Oper "Il Trovatore"*. Berlin, 1911; y Nicholson B. Adams, *The Romantic Dramas of García Gutiérrez*. New-York, 1922.

y enérgicos. Obra no histórica propiamente, aunque proyectada sobre un fondo histórico medieval; no estudio de caracteres ni de costumbres, pero expresión encendida de luchas pasionales, por estas circunstancias y aun por otras de menos tomo, si bien seguía hasta cierto punto el ejemplo del *Don Alvaro* del Duque de Rivas, lanzaba a los escenarios un modelo de drama no usado, que el mismo autor repetidamente más tarde, y otros a ejemplo suyo, imitaron sin igualarle.

No es fácil hacer una clasificación muy exacta de géneros dramáticos en el teatro de García Gutiérrez, en el cual el elemento histórico se mezcla al pasional incesantemente, en proporciones las más variadas, complicándose a las veces con una intriga que no es raro que se adelante por su importancia hasta el primer término, obscureciendo el aspecto histórico y aun el juego mismo de las pasiones. En *El Trovador*, por ejemplo, en *El Paje*, en *Samuel*, en *El Tesorero del Rey*, predomina el aspecto pasional sobre el histórico; en *Las Bodas de Doña Sancha*, en *Venganza Catalana* y en *Doña Urraca de Castilla*, el cuadro histórico prevalece sobre el conflicto pasional; en *De un Apuro Otro Mayor*, *Empeños de una Venganza* y *Gabriel*, el interés de la intriga obscurece todo otro interés. Y así, aunque no falte a ninguna de estas diez piezas un fondo de época o de acontecimientos históricos, ni un juego de encontradas pasiones, ni un enredo que sigamos con curiosidad y atención; mas por la dosis de estos tres elementos que respectivamente admiten, las cuatro primeras podrán ser tenidas por dramas pasionales; las tres que sigen a éstas, por dramas históricos y las tres últimas por dramas o comedias de intriga; grupos en que están incluídas las más obras y las mejores del autor gaditano, que proyectaba de buena gana sobre el pasado, como era lo corriente en su tiempo, sus inspiraciones

dramáticas, y entendía más de animarlas con calor de afectos ardientes, con el interés de una intriga bien enredada, o con música de versificación melodiosa, que con pintura profunda o delicada de caracteres o de costumbres.

Otras composiciones dramáticas de García Gutiérrez, menos en número y también menos celebradas —de seguro menos notables—, se inspiran en la realidad social de su tiempo y son también o de simple intriga como *Los Desposorios de Inés,* o pasionales, como *Magdalena,* o cuadros de costumbres, como *Una Criolla,* o comedias de carácter, como *Sendas Opuestas,* o, en fin, de tesis social y moralizadora, como *Eclipse Parcial.* Tienen contra sí todas ellas el temperamento del vate y la calidad de su estilo, adecuados a empresas y situaciones extraordinarias, como suelen ofrecerlas tiempos y lugares lejanos y en cambio menos aptos para casos de la vida contemporánea, que requieren más bien la prosa.

Se ha notado por algún crítico —y no deja de ser curioso— la preferencia marcada de este poeta por asuntos mediterráneos en sus composiciones históricas, y así *El Rey Monje, El Encubierto de Valencia, Simón Bocanegra, Venganza Catalana* y *Juan Lorenzo,* sus mejores y más conocidos dramas de este género, toman sus asuntos en la historia de Aragón y de Italia. Pero es bien recordar que otros dramas suyos, demasiado olvidados, tratan también argumentos navarros o castellanos. El argumento de *Las Bodas de Doña Sancha* es la muerte de don García, último conde de Castilla, a manos de los hijos del conde don Vela, en León; *El Bastardo* desarrolla el asunto de la acusación contra su madre, de Don García, hijo de Sancho el Mayor de Navarra y de la defensa y salvación de la reina por el bastardo don Ramiro. Este mismo rey navarro García y San Iñigo su contemporáneo, abad de Oña, hacen

papel importante en *El Caballero Leal*, que termina con la batalla de Atapuerca, en que pierde la vida el primero. *Zaida* se funda en el episodio de los amores y casamiento de don Alfonso VI de Castilla con la hija del rey moro de Sevilla, Benamet, y, en fin, son tratadas dramáticamente en *Doña Urraca de Castilla* las desavenencias entre esta reina y su marido aragonés el rey Batallador.

De *Simón Bocanegra*, último y el mayor hasta entonces de los éxitos de su autor en el drama con fondo histórico, hasta *Venganza Catalana*, transcurrieron no menos de veintiún años. Una y otra composición dramática representan en la vida de García Gutiérrez dos de aquellos empujes poderosos con que rompía de tarde en tarde —según Ferrer del Río, que la da de muy su amigo, atestigua— su indolencia y su dejadez habituales. En tan largo espacio de tiempo habían tenido cabida holgada su viaje a América, que duró cinco años, (1844-1850) un gran proyecto de poema épico sobre la conquista de Nueva España, muchos dramas de escaso mérito y un cultivo bastante asiduo de un género teatral poco artístico, la zarzuela, claro que con más intento de lucro que de aplauso.

No era la primera vez que abordaba el mismo poeta, para asunto de un poema dramático, la famosa expedición de aragoneses y catalanes, en el siglo XIV, a la Grecia de Andrónico y de Miguel Paleólogo, a las órdenes de Roger de Flor. En Sevilla, en 1855, en casa de un su hermano, donde le guardaba, al parecer, con otros papeles, otro drama suyo, no terminado, sobre aquella aventura célebre, había perecido pasto de las llamas. Vuelto con nuevos bríos al mismo empeño, tras un estudio más detenido de los hechos históricos, sobre un plan diferente, en poco tiempo pudo presentar a la com-

pañía del teatro del Príncipe la composición que intituló *Venganza Catalana*.

Se estrenó en 4 de febrero de 1864 y fué un acontecimiento. La ovación tributada al autor por el público enardecido fué clamorosa, insistente, extraordinaria. "Hará época en los fastos escénicos", decía al día siguiente *La Iberia*. Cada representación en las noches consecutivas fué un lleno desbordante. La décimatercera estaba anunciada y ya faltaban localidades para la vigésimacuarta. Periódicos de aquellos días de los más distintos colores —si bien los progresistas con más alarde, correligionarios políticos del poeta— volcaban el repuesto de las hipérboles en alabanza del drama y de su autor. "Brotó de nuevo en nuestra España el genio de Calderón —exclamaba uno (1)—; desplega las alas y va, precursor de nueva vida, anunciando que la España despierta de su letargo", etc. Otro decía: "Es, sin disputa, la más brillante hoja de su corona de poeta. García Gutiérrez, con *Venganza Catalana,* ha echado el sello a su inmensa y legítima reputación." (2) "Obra grandiosa —la llamaba un tercero (3)—, llena de bellezas y pensamientos de primer orden, que está rebosando poesía y desarrollado el plan con esa perfección y pureza que tanto distingue al autor de *El Trovador*." Hartzenbusch, testimonio de mayor autoridad, reconoce que "alcanzó un éxito de los más señalados y merecidos que se han visto en la escena española" y añade: "cincuenta y seis representaciones de gran concurrencia y continuos y fervorosos aplausos fueron necesarias para satisfacer la curiosidad y el gusto del

(1) *La Unión*, número de 15 de febrero.
(2) *La Iberia,* número de 5 de febrero.
(3) *La Libertad,* número de 6 de febrero.

ilustrado público madrileño (1)." En efecto, hasta el 11 de abril pudo mantenerse sin interrupción en el cartel del Príncipe. "El éxito de esta obra puede calificarse de fabuloso", proclamaba *La Iberia* (2). Hizo la empresa grandes ganancias y concedió beneficios al autor y a los principales intérpretes. Amigos y admiradores del poeta le ofrecieron en homenaje una edición de sus *Obras escogidas*. Por mano de la gentil artista Matilde Díez fué coronado solemnemente García Gutiérrez en la noche del 3 de marzo, entre aplausos delirantes de un público de excepción, que hizo rodar a sus pies otras coronas en abundancia y pobló de palomas los aires. En fin, por méritos de esta obra la nación portuguesa, a propuesta del poeta y autor dramático Mendes Leal, ministro a la sazón de Marina, honró al vate de Chiclana con la Cruz de la Concepción de Villaviciosa.

Los aplausos de la posteridad han solido unirse para este drama a los de público y crítica contemporáneos. "*Venganza Catalana* —ha dicho recientemente un juicioso crítico anglosajón (3),— evoca la frescura, vigor y espontaneidad de la primera de las obras de García Gutiérrez. Es una comedia histórica, transformada en melodramática por la adición de episodios de amor. Es resueltamente romántica... Su interés se halla totalmente en la historia, desenvuelta en episodios no atenidos a una exactitud absoluta. El autor acomete el mismo orden de dificultades que en *El Trovador*, en el cual vemos combinada la historia de Azucena con los amores

(1) Prólogo a las *Obras Escogidas* de don Antonio García Gutiérrez, pág. v.

(2) Número de 7 de abril.

(3) Nicholson B. Adams, *The romantic dramas of García Gutiérrez*. New-York, 1922, págs. 126 y 127.

de Manrique y Leonor. En *Venganza Catalana* el odio de Gircón se mezcla también a los amores de María y de Roger; el argumento se complica con el episodio de Margarita y la pasión de Alejo por María, y todo esto va enlazado a algunos de los hechos históricos de la expedición de catalanes y aragoneses a la Grecia en 1304."

Por Enrique Piñeiro, historiador bien conocido del Romanticismo en nuestras letras, se hizo ya la observación, no sin oportunidad ni sin acierto, de haber entrado por mucho en el éxito inusitado de este drama de García Gutiérrez, la apelación enérgica e insistente, sin escrúpulos de fidelidad a la historia, al sentimiento patriótico del pueblo para el cual escribía. Y no vemos, ciertamente, que pueda negarse que ni asunto más al propósito, ni manera de manipularle más hábil, ni más desaprensión en los medios, ni más tino para herir la cuerda sensible, podrían haberse combinado fácilmente. He aquí, en efecto, que un Imperio lejano, decaído aunque ilustre, arrollado por vecinos soberbios, está a punto de perecer y ni con la ayuda de auxiliares extraños puede defender sus fronteras. He aquí que un puñado de compatriotas del poeta y de su auditorio, a las órdenes de un capitán insigne, aparece en socorro suyo. Uno son contra ciento; bueno, y ¿qué es eso? acometen y vencen. Delante de sus armas irresistibles y a presencia de todo un pueblo que torna de la esclavitud a la libertad y de las lágrimas al más vivo alborozo, huyen los invasores que no ven tierra, hasta desaparecer en el fondo de sus desiertos. La victoria es completa, la gloria sin precedentes. En medio del Imperio salvado, en seguridad y tranquilo ahora, la vencedora compañía y su jefe debieran disfrutar de una posición bien ganada; pero hay mucho que hablar en eso. Sus mismos triunfos,

su reputación, su bravura, ofuscan, humillan y ponen miedo a cuantos acaban de ser testigos de sus proezas y viven a la sombra de su espada. Es verdad que Roger, unido en matrimonio a una prima del Emperador, María, princesa de Bulgaria, es César del Imperio y ocupa en éste el lugar más alto después del Emperador y de su hijo; pero a los soldados de su hueste se les regatean los salarios estipulados, se les retrasan, se les merman tramposamente. El recelo y la desconfianza, la envidia mal sofocada de los huéspedes fementidos, entorpecen sus movimientos e irritan constantemente su noble orgullo. En las más altas esferas del Estado, por el hijo mismo del Emperador, asociado al Gobierno y director verdadero de la política, se urde un plan alevoso para dar a Roger la muerte y acabar en seguida con sus guerreros, en el primer desconcierto de su orfandad militar repentina. Cae asesinado el caudillo; él cae, mas ni su desaparición, con ser súbita, logra descomponer el valor de su compañía, del puñado heroico de los invencibles almogávares. Al punto éstos, revolviendo sus armas contra sus adversarios unidos, de los cuales se hallan rodeados por todas partes, no uno contra ciento, sino uno contra muchedumbres sin número, rompen, matan, incendian, ponen en fuga al Emperador con su corte, y hacen tan sonada venganza de su jefe, que en cuanto es el Imperio griego, ni hombre ni poder queda a vida, capaces ya de oponer el pecho a los bravos hijos de España, y el ataúd del glorioso muerto pudiera nadar en sangre.

Acción, historia, caracteres de personajes, todo está en el drama dispuesto, entendido, conformado y aun deformado en orden a obtener un efecto de apoteosis para la nación española, representada por la célebre compañía. Por lo que hace al notable presentimiento de una España grande y unida, tan unánime en los personajes de la obra y que a la críti-

ca de nuestros días no ha dejado de dar en cara como un anacronismo de más de la cuenta, hay que confesar que no era nuevo en el teatro de García Gutiérrez. Para el buen autor gaditano, navarros o leoneses, aragoneses, castellanos, etc., etc., del período de la Reconquista, todos son españoles y España entera, y no ninguna de las partes que la componen, la patria que aman y sienten todos (1). Distinto asunto, aunque no inconexo con éste, es el de la representación que en tierras de Grecia podían ostentar de sus pueblos verdaderos de origen los mercenarios catalanes y aragoneses que militaban bajo Roger de Flor. La crítica de Piñeiro puso aquí en su punto las cosas, y volver sobre ello es inútil. No ya España, que no existía, pero el mismo Aragón de cuyo rey los valientes aventureros habían nacido súbditos naturales, no mantenía relación alguna con ellos y no había ningún motivo para que se sintiera implicado en las vicisitudes de su suerte. Por lo cual el efecto dramático de aquellas palabras de María, aludiendo al tañido de la campana que anuncia a los almogávares la muerte de su jefe:

"anuncia el fin de la Grecia,
anuncia el rencor de España."

que levantaban sin duda de sus asientos a ingenuos y entusiastas espectadores, sólo podía sentirse de espaldas por completo a la Historia.

De los pesonajes del drama, no creemos que haya uno solo en que la verdad psicológica no se halle en más o en menos sacrificada —en algunos enormemente— al efecto sobre el público que se busca. Suelen ser el odio y la envidia, por ejemplo, pasiones cegadoras, cuyo trabajo continuo en el alma del

(1) Así en *Las Bodas de Doña Sancha*, en *El Caballero Leal*, en *Zaida*, etc., y posteriormente en *Doña Urraca de Castilla*.

que las siente es de acumular sobre quien es el objeto de ellas fealdades y manchas y de restarle cualidades y prendas; y en todo caso, como pasiones que son contra justicia, tenebrosas, inconfesables, en sí mismas no poco humillantes, sienten la necesidad de ocultarse tras la falsedad o el sofisma. Pero esto no le ocurre en *Venganza Catalana* a Miguel Paleólogo, que hablando con Gircón, jefe de los alanos, con quien comparte la enemiga contra Roger, tiene la sencillez de decirle:

"No su dura altivez, no sus desmanes
irritan nuestra cólera; es la gloria
y el valor de esos bravos catalanes
que al turco arrebataron la victoria.
Y ¿qué hicimos nosotros?...
....
¡Miserable pasión, pero terrible
es la envidia, Gregorio!... (1)

A lo que la ingenuidad admirable de aquel guerrero, dispuesto a asesinar por su mano a Roger alevosamente en la primera ocasión que tenga, que será un banquete preparado *ad hoc* por Miguel, replica:

"En buen hora, señor, envidia sea (2)."

Este mismo Miguel, que por su boca humillada y rencorosa, bien que sincera, proclama en los comienzos de la comedia la gloria de los bravos almogávares, a cuya destrucción se apercibe, vivirá lo bastante para poder, al final, proclamar su triunfo, en la ignominia del propio vencimiento y de una fuga precipitada:

"Mil veces me juzgué muerto
y aun no creo que estoy vivo.

(1) Acto I, versos 496 a 507.
(2) Acto I, verso 512.

¿Quién presta el feroz empuje
a esa arrogante milicia?
....
Calla, ya vengo vencido,
María, tus iras calma (1)."

Insistir es ocioso en la parte que en esta descomunal apoteosis cabe a cada una de las demás figuras del drama. Tan sólo de la elegida por el poeta para dar y sostener la nota vibrante del más denodado patriotismo —se entiende que español— nos detendremos a decir algo. No es otra sino María, princesa de Bulgaria, prima del Emperador bizantino y esposa de Roger: una griega casada con un italiano, a la que exalta de tal manera el valor de los almogávares y tanto avergüenza la abyección de su propia patria, que comienza por declararse española solemnemente:

"Yo no soy desde este día
griega ¡no! soy española (2)."

y es luego la voz de la verdad incorrupta, sonando en los oídos de los perversos y de los viles para gloria de los buenos y de los valientes:

"Esa falange guerrera,
esos campeones fieles
que han cubierto de laureles
nuestra arrollada bandera,
que han alzado con sus manos
de Grecia el hundido trono,
hoy blanco son del encono
de griegos, turcos y alanos.
—¿Por qué en fútiles alardes
gastan la potente saña?
Triunfe, por último, España
de esta raza de cobardes (3)."

(1) Acto IV, versos 685 a 700.
(2) Acto II, versos 650 y 651.
(3) Acto III, versos 29 a 40.

¡Quién sabe si se corría un poco García Gutiérrez, cuando recordaba el gran éxito de *Venganza Catalana,* de los medios empleados para lograrle, no todos, desde el punto de vista del arte puro, igualmente legítimos! No ha faltado quien manifestase sospechas de haber habido algo de esto en el fondo de sus preferencias por *Juan Lorenzo.* Y en verdad que aunque tenga aquella composición otras excelencias, a las que se ha hecho alusión arriba y que la crítica con unanimidad reconoce; aunque pueda ser tenida acaso en conjunto, a lo cual se inclina Piñeiro, por el drama histórico más completo que nos dejó el Romanticismo en España, las concesiones al ambiente de aquellos años de agitación política y patriotera que precedieron a la revolución de septiembre, nos parecen hoy —justo es confesarlo— un si es no es excesivas. Mucho nos enseñan de paso sobre el ánimo levantado con que aún llevaban nuestros padres su patriotismo bien mediado el siglo XIX y sobre la sana sencillez de su espíritu, al que lanzaba a tales transportes el espectáculo mondo y liso y la nacional vanagloria del valor militar en una obra de arte, aun referido a tiempos no próximos. A buen seguro, en otros que han sobrevenido más tarde y a los que nos ha tocado asistir a los que aún vivimos, por falta ya entre nosotros de estas virtudes, *Venganza Catalana* no hubiera sido el éxito que en los suyos. Virtud de oportunidad no es lo que hay que escatimar a esta obra.

Al estruendo de las ovaciones que se prolongaban aún en el Príncipe para *Venganza Catalana* en dos meses de representaciones continuas, el primer germen de lo que fué después *Juan Lorenzo* parece haber acudido a la mente del vate insigne, entre marzo y abril de 1864 (1); drama este segundo llamado a

(1) Un suelto de *La Iberia,* de 1.º de abril, bajo el tí-

una suerte muy distinta. Su autor le tuvo en disposición de darle al teatro en octubre del año siguiente. Donde menos pudo esperarlo le aconteció tener el primer tropiezo: en la censura, a cargo a la sazón de Narciso Serra, asaltado ya para entonces de la parálisis que le condujo al sepulcro y de quien puede pensarse, por la muestra de este dictamen, que sufría serios eclipses en sus facultades mentales. Dió, pues, censura de prohibición contra *Juan Lorenzo* "por su tendencia política". En el aspecto literario variaba el juicio, porque añadía: "...y tanto más cuanto que el drama es bueno". La protesta del autor, elevada al punto al Gobierno, prevaleció sin dificultad contra el despropósito censorial; pero el incidente trascendió al público y el efecto que tuvo al cabo sobre el éxito de la obra no parece que le fué favorable.

Los tiempos eran de fermentación revolucionaria. El partido progresista, en que se contaba como afiliado García Gutiérrez, conspiraba. Se incubaba el movimiento que al comenzar el año siguiente (enero, 1866) hubo de abortar en Villarejo de Salvanés, de donde Prim tuvo que salir para el extranjero y no pocos de sus parciales salieron para ser fusilados. "Una obra que a la censura había parecido peligrosa —dice don Antonio Sánchez Pérez (1)— no podía menos de ser un himno en honra de las protestas del pueblo oprimido, y allá fueron en masa los correligionarios a ver un drama bueno, malo o mediano, eso les importaba poco, y

---

tulo de *Escritor ilustre*, da la noticia de trasladarse a Bilbao García Gutiérrez, "que lleva el pensamiento de escribir un nuevo drama sobre asunto histórico de las Germanias de Valencia".

(1) *Dos fracasos*. (*Recuerdos de 1865.*) *El fracaso de* JUAN LORENZO, *drama de don Antonio García Gutiérrez. La España Moderna*, tomo 157. (Enero de 1902.)

a oír una proclama incendiaria... Lejos de eso, el drama, sujetándose fielmente a los hechos históricos, ponía las cosas en su punto; *inde irae*."

Juicios hubo para todos los gustos en los diarios de aquellos días sobre el plan de la obra, sobre su tendencia política, sobre la verdad y el vigor de los caracteres, etc., etc.; en hacer constar, sin embargo, que no logró interesar al público, todos se mostraron de acuerdo. Estrenada en 18 de diciembre, se representó sin interrupción hasta el 25: en total, ocho veces (1).

Como obra teatral y representable, *Juan Lorenzo* está acaso mal encauzada. La acción avanza lánguida y vacilante: la critica lo advirtió desde el primer día. Ni amante apasionado, ni caudillo audaz y resuelto, su protagonista no es apto para darle el impulso enérgico que la lleve con la rapidez necesaria ante un público teatral. A más de esto, para el que se haya interesado en la aspiración redentora del buen *pelaire*, el desenlace es una decepción llena de sorpresa. En vano se justificará el autor con la Historia, la cual refiere, en efecto, la muerte de Juan Lorenzo en el momento y las circunstancias, poco más o menos, que el drama; en vano con la tesis que desenvuelve de que una revolución, aunque sea justa en su origen, sufre extravío en su desarrollo, debido a la intervención de colaboradores perversos y de ruines concupiscencias, que no puede ella rechazar de sus filas. Lo que, en realidad, el público siente es que el héroe no se halla a la altura de sus intentos; que no sabe triunfar ni morir con gloria y que la lección política o filosófica, verdadera, si se quiere, por otro lado, no se halla bien contenida en la acción dramática.

(1) Véanse los anuncios de espectáculos de *La Esperanza* en las fechas indicadas.

¿No era hombre Juan Lorenzo para tan grave empeño? —pregunta un crítico—; pues ¿para qué lo eligió el poeta? Porque las empresas se frustran —eso es sabido y no prueba cosa ninguna— cuando carecen de dotes los que se ponen al frente de ellas.

Fué nota general del drama romántico, lo mismo en España que en Francia, una mayor aptitud para pintar pasiones, sobre todo de las violentas y extraordinarias, que para estudiar personalidades humanas en la realidad de la vida y para hacerlas producirse en la acción dramática con contenido psicológico denso y variado, que es mucho ya para poder decir verdadero. No conocemos ventaja en esto a los demás dramaturgos de aquel período sobre el que aquí nos está ocupando: bueno es echar esta afirmación por delante; pero también, por lo que a éste toca, se observa que la marca de la escuela a que por sus obras mejores hay que afiliarle, no se desmiente ni en él, ni en ellas. Ha merecido alabanzas, por lo general, de la crítica, la Leonor de *El Trovador*; ¿un carácter de todas piezas, como se ha dicho?; una pasión de amor, si mejor se mira: de amor arrebatado, *romántico*, incentivo y materia a transportes líricos, a versos armoniosos y ardientes. Con menor justicia, sin duda, ni a la María de *Venganza Catalana* han faltado encomios, con ser su falsedad tan notoria; y lo que en ella se ha visto para otorgárselos, no ha podido ser otra cosa —aparte su exaltación patriótica españolista, cuanto más absurda más grata para un público culto a medias— que su apasionado amor por Roger, por el héroe triunfador y hazañoso, muerto trágicamente en el pináculo de su gloria: otra pasión *romántica* suplantando a otro ser humano, que por ella alienta en el drama. En la misma clase de creaciones puede incluírse —sino

que es menos conocida, porque en la colección de *Obras Escogidas* del autor no tuvo entrada— la Sancha de *Doña Urraca de Castilla,* más original, menos vista que la heroína de *El Trovador,* mucho más verosímil que la María de *Venganza Catalana,* apasionada también, intrépida, de lealtad y heroísmo conmovedores, y todo bien mirado, una de las inspiraciones felices de la Talía romántica castellana. A la altura de estas creaciones poéticas, con más de pasiones puras, es cierto, que de personalidades cabales, con un pie en la dramática y otro en la lírica, protagonistas de ópera insuperables, ¿cabe poner a la Bernarda de *Juan Lorenzo?*

Las opiniones sobre ella están divididas. "La figura de Bernarda es prosaica y vulgar —opinaba el crítico de *La Iberia*— (1) y no tiene carácter definido." "Tipo superiormente retratado —pareció al de *El Diario Español*— (2) de la mujer amante sin arrebatos, sumisa sin bajezas y sencilla con talento..., el más interesante y simpático del drama." "Hay en *Juan Lorenzo* —escribe Piñeiro— un adorable tipo de mujer, Bernarda, revestido del más poético encanto."

Ello nos parece innegable —y desde las primeras escenas nos da en los ojos— que, a semejanza de las pastoras de todas las Arcadias fingidas renacentistas, imitadoras de la del italiano Sannazaro, la Bernarda de *Juan Lorenzo,* bajo la apariencia plebeya de una criada de un pobre cardador valenciano, es por dentro una gentil dama, a cuya claridad de juicio admirable, a cuya sensibilidad delicada y bondad sin fondo, a cuya destreza misma en el manejo de la dialéctica, alumnas distinguidas de un pensionado de damas nobles llegarían

(1) Número de 24 de diciembre de 1865.
(2) Número de 24 de diciembre de 1865. Artículo firmado R. V.

con dificultad y no muchas. Dominio tan señoril de sus emociones en el momento de haber sido la víctima de un violento atentado, que no la descomponen, ni aun se traslucen; tan esclarecido sentido, tan seguro, tan sereno, de su situación moral, de sus derechos, de sus conveniencias, en los incidentes que se producen como consecuencia del rapto frustrado; la manera de plantear al Conde el conflicto, de confundirle en pocas palabras, las precisas, hasta no dejarle acción ni salida, y de otorgarle al instante su protección gallarda y magnánima ante los jueces, no ya a una moza valenciana y plebeya, criada de un triste *pelaire;* a la ninfa Egeria en persona acreditaran de discreta y de sabia. Por lo cual y aun por otras cosas, tan alejada de vulgaridad encontramos esta figura —tacha que al crítico de *La Iberia* pareció del caso ponerle—, como hallamos a Piñeiro excesivo, que la consideraba adornada "del más poético encanto". Excepcional, perfecta, pasmosa, lo concedemos; y, con todo, poco poética. Esto tenemos por más exacto.

A diferencia de las figuras femeninas antes citadas, creaciones las más felices de la musa dramática de su autor, no personifica Bernarda en la trama de *Juan Lorenzo* pasión alguna romántica y exaltada, y no es tampoco —ni nos da esa impresión por ninguna parte— una muchacha ingenua del pueblo, ignorante, inexperta, ineducada en su sensibilidad y en su entendimiento, diamante, si se quiere, de cien quilates, pero en bruto, así como la realidad las ofrece en su clase y sus circunstancias y un poeta realista y buen observador las copiara. Artificioso engendro, complejo, pero no verdadero, de una cierta alquimia literaria, por poetas idealistas y líricos muy manida, que toma libremente sus simples de todas partes, los dosifica y revuelve a su buen arbitrio y se hace la ilusión de integrarlos

en seres vivos que se ponen a par con los naturales y aun los exceden, el efecto que produce es confuso; la contradicción en los críticos no es chocante. Ni de alguna gran pasión inspirada, ni dotada de una verdad poética transparente, bien accesible al público, no se apodera de este como Leonor o como María, en sus respectivos poemas. Del corazón de los espectadores emocionados la chispa eléctrica de un entusiasmo franco y ardiente no saltará a la escena para Bernarda. Tiene como creación femenina —y con mucho—, en concepto nuestro, menos encanto artístico, menos poder de atracción y de simpatía —sugiere menos— que cualquiera de las otras que se han citado del mismo poeta.

Drama de exaltación heroica y patriótica es *Venganza Catalana; Juan Lorenzo* busca su inspiración en la reflexión filosófica. Cuanto en su autor es más grande el poeta lírico que el filósofo, tanto es más poética y ofrece acceso más ancho al alma del público la primera de estas composiciones que la segunda. Mas esta diferencia de fondo en perjuicio de *Juan Lorenzo,* tiene una compensación en la forma, en la elocución literaria. "El férvido torrente lírico de *El Trovador* y hasta de *Simón Bocanegra* y *Venganza Catalana* —dice el padre Blanco García— está definitivamente encauzado, quizás a costa de sacrificios dolorosos; el amplio ropaje se convierte en modesta y ceñida túnica que permite ver con menos trabajo la integridad del pensamiento." En efecto, más bajo de color, menos redundante, de una sencillez de buen gusto, el estilo literario de *Juan Lorenzo* es el mejor de su autor. He aquí un género de atractivo de que puede disfrutar un lector a solas mucho mejor que un público en el teatro.

José R. Lomba.

VENGANZA CATALANA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAS

MARÍA.
IRENE.
CATALINA.
ROGER DE FLOR.
BERENGUER DE ROUDOR.
GIRCÓN.
ALEJO.
MIGUEL PALEÓLOGO.
PERICH DE NACLARA.

Soldados catalanes, aragoneses y alanos.

La acción, en los tres primeros actos, pasa en Andrinópolis, año de 1304: el acto cuarto en la ciudad de Apros.



ACTO PRIMERO

El teatro representa el campamento de los Alanos bajo las murallas de Andrinópolis. En primer término, a la derecha, la tienda de campaña de Gircón, en la que estará éste durmiendo. Al foro, vista parcial de la ciudad. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

GIRCÓN, IRENE *y un soldado alano con antorcha encendida.*

IRENE. ¿Señor? (*Acercándose a Gircón.*)
GIRCÓN. ¿Qué es eso, hija mía?
¿ha brillado el resplandor
de la aurora?
IRENE. No, señor:
aún debe tardar el día.
GIRCÓN. ¿Y cómo así, levantada
tan pronto?... responde, Irene:
¿qué extraño pesar te tiene
del sueño tan apartada?
IRENE. No hay pena que a mí me aflija.
GIRCÓN. ¿A qué viniste?
IRENE. A calmar
vuestro duelo.
GIRCÓN. No hay vagar
para mis dolores, hija.
IRENE. ¿A ese tormento profundo
no hay consuelo que le cuadre?

GIRCÓN. Nada, Irene.
IRENE. ¿No sois padre?
GIRCÓN. Nada me queda en el mundo.
Padre fuí: ¿por qué renuevas
la triste y fatal memoria
de esa dolorosa historia?
IRENE. Os traigo agradables nuevas.
GIRCÓN. ¿Para mí? No puede ser.
—Habla, ¿qué es?
IRENE. Aun no os lo puedo
asegurar.
GIRCÓN. ¿Tienes miedo
de que me mate el placer?
Es inútil precaución:
tanto el padecer nos muda,
que se ha trocado sin duda
en piedra mi corazón.
—Nada a conmoverme alcanza.
IRENE. En el corazón más seco,
siempre despierta algún eco
a la voz de la esperanza.
GIRCÓN. Acaba, di; ¿qué noticias
me traes? ¿qué misterio extraño
es ese?
IRENE. Si no me engaño,
padre, me daréis albricias.
Esta noche vuestra gente
ha preso a un hombre.
GIRCÓN. ¿Y quién era?
IRENE. ¿Quién? —Sospechando que fuera,
según resistió valiente,
persona de gran valía,
trajéronle asegurado.
GIRCÓN. ¿Quién es, Irene?

IRENE. Un soldado
catalán.
GIRCÓN. ¿Algún espía?
IRENE. Pero en su voz y ademán...
—¡Oh! ¡No me engañe el deseo!
—Hallar otra cosa creo
que el soldado catalán.
GIRCÓN. ¿Pues?...
IRENE. ¿No lloráis angustiado
de un hijo ausente el cariño?
GIRCÓN. ¿Qué dices?
IRENE. Aún era niño
cuando huyó de vuestro lado.
Tal vez me cegó un error
y se engañaron mis ojos:
¿quién sabe si en mis antojos
me le retrató el amor?
GIRCÓN. Eso será; mas yo quiero
averiguarlo.
IRENE. ¡Sí!, ¡sí!
GIRCÓN. Corre al punto, y haz que aquí
conduzcan al prisionero.
(*Al soldado: éste se marcha.*)
¡Bien dijiste! (*Con alegría.*)
IRENE. ¡Qué mudanza!
GIRCÓN. Aun en su aflicción más honda
no hay alma que no responda
a la voz de la esperanza.
—¡Irene!
IRENE. ¡Lloráis!
GIRCÓN. ¡De gozo!
—Aunque en mi interior repruebo
el rigor, reñirle debo
por sus locuras de mozo.

Y si es que le trajo aquí
mi ventura, al fin veré
cumplido mi afán.
(*Mirando a Irene con ternura.*)
IRENE. Yo sé
que desistiréis por mí.
GIRCÓN. ¿Pues le negarás tu mano?
IRENE. Y él también: os lo prevengo.
GIRCÓN. ¿No le amas?
IRENE. Sí: yo le tengo
conmigo en lugar de hermano.
—¿No sois mi padre?
GIRCÓN. Ese nombre
que en merecerte confío,
ya lo sabes, no es el mío.
IRENE. ¿Y si os dijera: "No hay hombre
alguno a quien yo dar pueda
mi amor?" —¿Pero a qué es el dolo?
¡Sí, sí, padre! Hay uno solo
y el destino me lo veda.
GIRCÓN. Cuando tu padre postrado
tras de un combate sangriento
al dar el último aliento
te encomendó a mi cuidado,
con los ojos en mí fijos
que ya empañaba la muerte,
gritó: "Enlaza en una suerte
la suerte de nuestros hijos."
IRENE. Y os juro que resignada
con su voluntad cumpliera,
si únicamente yo fuera,
por esa unión, desgraciada.
GIRCÓN. ¿Alejo?...
IRENE. Con invencible

pasión, que sin tregua llora,
como yo también adora
una esperanza imposible.

GIRCÓN. (*Después de una pausa.*) ¡Cúmplase vuestro
Irene! [destino,

IRENE. Padre; yo os dejo.

GIRCÓN. ¿Tan pronto!

IRENE. Vendrá ya Alejo,
y que tendréis, imagino,
mucho que hablarle.

GIRCÓN. Así es:
tras una tan larga ausencia...
¿Pero huyes tú su presencia?

IRENE. ¿Yo? no; le veré después. (*Vase.*)

ESCENA II

GIRCÓN: *luego* ALEJO, *y soldados alanos que lo custodian.*

GIRCÓN. ¿Será posible! ¡Seis años
no han cambiado su semblante,
cielos! ¿no ha podido Irene
por mi desdicha engañarse?
Pero ¡si fuese verdad!
¡Si Dios de mí se apiadase
trayendo al hijo perdido
a los brazos de su padre!
—Pero aquí viene.

(*Hace una seña a los soldados, de que se retiran.*)

ALEJO. (¡Dios mío!
fuerzas y entereza dadme.)

GIRCÓN. Acercaos.

ALEJO. (El es.)

GIRCÓN. (No hay duda.)
¿Quién sois, decid, y a qué parte
camináis?
ALEJO. ¿Ya no os lo han dicho
los impulsos de la sangre?
Soy un hombre a quien el odio
de la fortuna inconstante
señaló con la ignominia
del más vergonzoso ultraje.
Seis años ha que dejando
la Tracia surqué los mares
en busca de una venganza
que Dios no ha querido darme;
y hoy con el llanto en los ojos
y el rubor en el semblante,
vengo a deciros: "Señor,
nada logré, perdonadme."
GIRCÓN. ¡Alejo! ¡No me he engañado! (*Le abraza.*)
—¡Señor!, ¡Señor! tus piedades
permiten a mis desdichas
este consuelo, aunque tarde!
ALEJO. ¡Padre!
GIRCÓN. Pero di: ¿qué agravio
es ese de que me hablaste?
¿quién te ha ofendido?
ALEJO. A saberlo,
ya tuvieran fin mis males.
GIRCÓN. No te comprendo.
ALEJO. Esta afrenta
que sobre entrambos recae,
y que el sol de nuestra honra
nubla con negros celajes,
está en nuestros pechos viva,
y en vano es que se recate,

que el color de la vergüenza
sangriento a la cara os sale.
GIRCÓN. ¡Calla!, ¡calla! ¿Quién te ha dicho,
rapaz, que hay en mi linaje
ni en obra ni en pensamiento
mancha que deba lavarse?
ALEJO. ¿Quién me lo ha dicho?
GIRCÓN. Responde.
ALEJO. Permitidme que lo calle:
vos lo sabéis.
GIRCÓN. ¿Yo?
ALEJO. Pues bien:
si lo queréis, escuchadme.
GIRCÓN. ¿Qué vas a decir?
ALEJO. La historia
de una mujer miserable
que deshonró vuestras canas.
GIRCÓN. ¡Tente, infeliz! ¡no la agravies!
ha muerto.
ALEJO. Tal vez la mano
de Dios...
GIRCÓN. ¡Oh, sí!... (*Ocultando el rostro.*)
ALEJO. ¡Padre!, ¡padre!
¡Y yo que la he maldecido
tantas veces! ¡pobre mártir!
¿por qué tú sola este crimen
con breve muerte expiaste?
¿por qué no ha querido el cielo
que tu hermano te vengase?
GIRCÓN. Mas ¿quién, Alejo, te ha dicho
ese secreto? si sabe
otro que tú nuestra afrenta...
ALEJO. No; yo os lo aseguro, nadie.
Ella misma... ¡bien sabía

cuánto mi amor era grande!
en lágrimas anegada
me reveló sus pesares.

GIRCÓN. ¿Mas no pudiste saber
de su seductor infame
el nombre?

ALEJO. No.

GIRCÓN. ¿Y es posible
que ella también lo ignorase?

ALEJO. Lo sabía.

GIRCÓN. Y ¡no lo dijo!

ALEJO. Sólo para amar fué fragil.
Esclava de su infortunio,
triste, resignada, amante,
lloró y expió su culpa
con la sumisión de un ángel.
Quejas, amenazas, todo
lo empleé, mas todo en balde:
permaneció sorda al ruego,
muda, insensible al ultraje.
Iba a herirla... una sonrisa
cubrió su rostro, inefable,
y ante aquel valor sublime,
señor..., me sentí cobarde.

GIRCÓN. Y entonces...

ALEJO. Sólo me dijo
que el autor de su desaire
era soldado y nacido
en las nieves de los Alpes.
—Seis años, ya lo sabéis,
lejos de mi patria, errante,
al burlador de mi hermana
he buscado en todas partes.
¡Inútilmente! No hallé

nada que me iluminase
de este oscuro laberinto
en la tenebrosa cárcel.
¡Ni un gesto, ni una palabra! ...
—Y aún sustentará al culpable
la tierra, y yo no he vertido,
gota por gota, su sangre!

GIRCÓN. ¿Y cuál es la causa, dime,
de hallarte con ese traje
y en tal sitio?

ALEJO. Soy soldado
y sirvo a los catalanes.

GIRCÓN. ¡Alejo!

ALEJO. Para encontrar,
desde Sicilia, pasaje,
esto fué preciso.

GIRCÓN. ¡Cielos!

ALEJO. Oculté mi nombre y clase,
y a Berenguer de Roudor
prestando el pleito homenaje,
dejé a Mesina con él
en busca de mis hogares.

GIRCÓN. Y di: si los que antes fueron
amigos, rotas las paces,
contra los tuyos un día
volvieran sus estandartes,
¿qué hicieras?

ALEJO. Hasta cumplir
el jurado vasallaje,
dar, si es preciso, la vida
primero que al honor falte.

GIRCÓN. ¿Y no sabes tú sin duda
que de ese horroroso trance
va llegando por momentos

la ocasión inevitable?
ALEJO. Lo he sospechado.
GIRCÓN. En buen hora;
pero sin duda no sabes...
ALEJO. Sí, padre mío: ya sé
de cuánto serán capaces
los griegos; bien los conozco
y no es cosa que me espante.
GIRCÓN. ¡Bien! muy bien. (¡Tiemblo de oírle!)
¡Y eso es lo que aquí te trae
sin duda!
ALEJO. ¿Qué decís?
GIRCÓN. Digo
que a averiguar nuestros planes...
ALEJO. ¡Bueno es eso, porque nada
a mi desventura falte!
—Si aquí vine... ¡el corazón
no es posible que os engañe!
—fué por dar a mis desdichas
el consuelo de este instante.
Por espía me tuvieron,
¿no es verdad? ¡pues bien! que sacien
su cólera en mí.
GIRCÓN. En la tierra
¿hay quien se atreva a insultarte!
—Mas tú te quedas conmigo.
(*Alejo hace con la cabeza un movimiento negativo.*)
No, Alejo, no me disuades.
ALEJO. Soy vasallo.
GIRCÓN. Nada importa:
yo compraré tu rescate.
ALEJO. (*Con resolución.*) Os digo que es imposible.
(*Pausa.*)
GIRCÓN. ¡Hay desdicha semejante!

Pues bien libre estás; al campo
de mis enemigos parte,
ya que la suerte lo quiere. (*Hace que se va.*)

ALEJO. ¿Os vais?

GIRCÓN. ¿Qué más pides?

ALEJO. Dadme
vuestra bendición.

GIRCÓN. ¡No, Alejo!
en tanto que esas señales
de abyección y esclavitud
a mis ojos te disfracen,
no te conozco por hijo.

ALEJO. Pues bien, apúrese el cáliz.
Yo sucumbiré a mi suerte
hasta que de mí se apiade
ese Dios que así me envía
dolores para probarme.
Fuerzas tengo y corazón
para seguir adelante
por esta senda de espinas
que el cielo a mis plantas abre.
Id con Dios, padre; id con Dios,
ya que mi amor no os persuade:
yo os obedeciera, pero...
la fe del soldado es antes.

GIRCÓN. Guarda tu fe: vuelveté
a tu campo; no te tardes.

ALEJO. ¿Y si mañana el clarín
a batalla nos llamase?

GIRCÓN. Cumplamos nuestro deber:
lo que vendrá, Dios lo sabe.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA III

ALEJO, *solo.*

¡Cuánto la esperanza yerra!
¡Con qué placer tan profundo
pisé, insensato, esta tierra,
donde para mí se encierra
cuanto hay hermoso en el mundo!
Y estos, no hay duda, estos son
los sitios en que solía
ponderarla mi pasión;
mas ¡qué trocados! María,
¿lo está así tu corazón?
Lejos ya de mi presencia,
¿has concebido tal vez
de otro afecto la violencia,
o ha resistido a la ausencia
el amor de la niñez?
¡Horrible duda! ¡espantosa!
¡tú presa en ajenos lazos
tan cándida, tan hermosa!
¡tú, María, de otro esposa
y bien hallada en sus brazos!
—¡No!, ¡no! ¡Apártate de aquí,
alevoso pensamiento!
¡ella abandonarme así
y olvidar su juramento!
¡qué fuera entonces de mí!
(*Ruido de espadas.*)

MARÍA. ¡Socorro! (*Dentro.*)
ALEJO. ¡Cielos!

ESCENA IV

ALEJO *y* CATALINA, *por la izquierda.*

CATAL. ¿No habrá
quien nos ampare?
ALEJO. Señora...
CATAL. Venid; en peligro está
quien vuestro favor implora
y que, sin él, morirá.
ALEJO. ¿Dónde?
CATAL. Seguidme.
ALEJO. Yo os fío...
(*Vuelve a oírse por un momento el ruido de armas: Catalina retrocede.*)
CATAL. ¡Ay!
ALEJO. Esperad. (*Vase por la izquierda.*)
CATAL. Son alanos.
que este es su campo. ¡Oh, Dios mío!
¡salvadla!
ALEJO. (*Dentro.*) Soltad, villanos.
CATAL. ¡No le abandone su brío!
—Mas ¿qué es esto! Ya cesó
el rumor.

ESCENA V

CATALINA, ALEJO, *que trae en brazos a* MARÍA.

ALEJO. Venid.
CATAL. ¡Qué veo!
¡en salvo! el cielo me oyó.
ALEJO. Alzadla el velo.
CATAL. Eso no.

MARÍA. ¡Ay!
CATAL. ¿Me engañó mi deseo?
¡respira! cobrando voy
aliento.
MARÍA. ¡Favor!
CATAL. Calmad
el recelo.
MARÍA. ¿Dónde estoy?
¿quién me detiene?
CATAL. Yo soy.
MARÍA. ¿Tuvieron de mí piedad?
CATAL. Sin el favor de un soldado
que a nuestro socorro vino,
vuestro fin era llegado.
MARÍA. ¿Y es?...
CATAL. ¡Mirad! (*Señalando a Alejo.*)
MARÍA. Dios sea loado,
que os trajo por mi camino.
Acercaos.
ALEJO. ¿Qué me queréis?
MARÍA. Si ese traje no me engaña,
sin duda pertenecéis
a los soldados de España
y con Roger serviréis.
ALEJO. Soldado soy de Roger.
MARÍA. Y para recompensaros
tal favor, ¿qué habré de hacer?
ALEJO. ¡Vos!... Nada.
MARÍA. Tengo poder.
ALEJO. ¡Oh! no hay para qué cansaros.
MARÍA. Sois modesto.
CATAL. (Y aun galán.)
MARÍA. ¿No habéis sufrido reveses
de la suerte?

ALEJO. ¿A qué ese afán?...
MARÍA. En ese bolsillo os dan
cien escudos genoveses.
(*Alargando un bolsillo a Catalina, que ésta ofrece a Alejo.*)
No es paga, que más virtud
presumo de vuestro pecho;
ofrenda es de gratitud:
tomad.
ALEJO. No sé qué sospecho
de tanta solicitud.
¡Mucho os pesa agradecer!
excusad la recompensa.
MARÍA. ¿Os enojáis?
ALEJO. Puede ser.
MARÍA. Si lo habéis tomado a ofensa,
yo os quiero satisfacer.
Perdonad si me engañó
el traje: os juzgué soldado.
ALEJO. ¿Quién os dice que mintió?
MARÍA. ¿No sois caballero?
ALEJO. No:
es más humilde mi estado.
MARÍA. ¡Cómo! y siendo tan impía,
según decís, vuestra suerte,
¿despreciáis la oferta mía!
y ¿por qué?
ALEJO. Preferiría
mil veces antes la muerte.
Mas si en dar alguna prenda
al soldado os empeñáis,
sin que esto favor se entienda,
sirva a mi herida de venda
ese lienzo que ahí lleváis.

MARÍA. ¡Por salvarme! ¡a tal acción
tal premio los cielos dan!
—¿Dónde?...

ALEJO. Aquí: siempre aquí son
(*Con la mano en el pecho.*)
mis heridas: todas van
derechas al corazón.

MARÍA. Mas si peligrosa fuera...

ALEJO. Por mi desventura es leve.

MARÍA. Recompensaros quisiera,
no así, mas de otra manera,
como a vuestra acción se debe.
Conservad, ya que os agrada,
ese lienzo.

ALEJO. Está mi herida
con harto precio pagada.

MARÍA. No olvidaré que a esa espada
debí esta noche la vida;
y si os place alguna vez
pedir por tan gran servicio
el premio, sed vos el juez.

ALEJO. Es muy grande mi altivez
y pequeño el sacrificio.
Sólo os pediré, si tanto
puedo yo ser venturoso,
que descubráis ese encanto
que avaro me niega el manto
de tanta dicha celoso.

MARÍA. Más me pedís que pensáis.

ALEJO. Perdonadme si indiscreto...

MARÍA. Pero si de mí fiáis,
antes de mucho os prometo
que cual pedís me veáis.

ALEJO. (Hay tal magia, hay tal poder

en su voz, que se estremece
mi corazón de placer.)

MARÍA. Quedaos aquí: ya amanece
y temo que me han de ver.

ALEJO. Pero ¿sola?...
(*Haciendo ademán de acompañarla.*)

MARÍA. No consiento (*Con entereza.*)
que de aquí paséis.

ALEJO. ¿Ya enojos?

MARÍA. O borraréis desatento
el alto merecimiento
que os recomienda a mis ojos.

ALEJO. Esa razón me reporta;
mas mirad, por vuestra vida...

MARÍA. No, no, la distancia es corta;
adiós quedad, que me importa
no ser aquí conocida.
(*Vase por la derecha seguida de Catalina.*)

ESCENA VI

ALEJO *solo.*

¡Extraña mujer! No sé
qué encanto, qué melodía
en esa voz encontré,
que jurara por mi fe
que estaba oyendo a María.
Y aunque es hoy la vez primera
que escucho y hablo a esta dama,
no sé qué extraña quimera
toda la razón me altera,
todo el corazón me inflama.
¡Deseo! en vano procuras
hallar en algún recuerdo

la causa de estas locuras.
—Inútilmente me pierdo
entre vanas conjeturas.
No es ella, ¡ilusión que adoro!
no es la voz que vertió en paz
aquí de amor un tesoro,
con el arrullo sonoro
de la paloma torcaz;
es el imperioso acento
del que subyuga y domina,
y mientras su influjo siento,
airado, me da tormento;
cariñoso, me fascina.
Mas ya moviéndose está
el campo: el deber te llama;
¡esclavo!, olvídate ya
de la misteriosa dama,
como ella te olvidará.

(*Vase por la izquierda. Empieza a moverse el campo de los masagetas, viéndose cruzar en varias direcciones algunos soldados. Se oye tocar clarines a diferentes distancias. Poco después salen por la izquierda el Emperador y Gircón, seguidos de una corta comitiva.*)

ESCENA VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL. ¿Roger mueve su campo?
GIRCÓN. Y arrogante
con su gente hacia el nuestro se encamina.
MIGUEL. ¿Qué quiere eso decir?
GIRCÓN. ¿Qué hay que os espante,

o qué insensato error os alucina?
Harto, señor, acreditado habemos
todo el temor que en nuestros pechos labra,
y harto nuestra vergüenza merecemos:
¡vergüenza y abyección! sí ¡por mi nombre!

MIGUEL. Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN. Una palabra
decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL. ¿Por qué tanto rigor y por cuál crimen?

GIRCÓN. Al Asia preguntad: sus moradores,
que vuestros hijos son, pidiendo gimen
venganza de sus nuevos opresores.
Y vos se la daréis, que aunque no os venza
del corazón la rabia comprimida,
os dolerá, señor, nuestra vergüenza.
¿Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL. Paciencia y no irritemos nuestro encono;
yo lo siento también, y sufro y callo.
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCÓN. ¿No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL. Mas si la voz de la pasión escucha
y el sentimiento del rencor la vicia,
¿quién le asegurará que en esta lucha
no venza la pasión a la justicia?
Si con mayor fortuna o más denuedo
venció Roger las bárbaras falanges
de Amurat y Carcano...

GIRCÓN. A Dios pluguiera
que al usado rigor de sus alfanjes
antes el Asia con baldón cayera.
Dobla el esclavo con dolor la frente
cuando tirano azote le castiga;
pero es más alevoso, más se siente,
señor, el golpe de la mano amiga.

No es afrenta ceder cuando se agota
de la mezquina humanidad el brío;
mas sucumbir vencido sin derrota
y el látigo besar que nos azota...
¡nunca! ¡eso excede al sufrimiento mío!

MIGUEL. No su dura altivez, no sus desmanes
irritan nuestra cólera; es la gloria
y el valor de esos fieros catalanes
que al turco arrebataron su victoria.
¿Y qué hicimos los dos? En esa tierra
que escogieron los cielos irritados
para campo y despojo de esta guerra,
¿cuántas veces probamos la fortuna
que ante la cruz de Cristo se eclipsara
el resplandor de la menguante luna?
¡Miserable pasión, pero terrible
es la envidia, Gregorio!, y si inflexible
dentro del corazón se arraiga y crece
con nuestra propia mengua alimentada,
punzante flecha en el rigor parece
del hondo pecho en la mitad clavada.

GIRCÓN. ¡En buen hora, señor! Envidia sea
o justa indignación, al fuego oculto
dejad que prenda, y que la Grecia os vea
satisfacción tomar de tanto insulto.

MIGUEL. Algún día, tal vez...

GIRCÓN. El pueblo os ama
y en la sed de venganza también arde.

MIGUEL. Mas ¡de esa suerte mancillar mi fama!...

GIRCÓN. Con más alto clamor el riesgo os llama,
y ¡ay, que a atajar el mal no lleguéis tarde!

MIGUEL. ¿Qué temes?

GIRCON. Aún Roger las afecciones
de sus antiguos dueños se concilia,

llevando con descaro en sus pendones
las armas de Aragón y de Sicilia[1].
¿Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,
creyendo que es mayor nuestra flaqueza,
veros de la corona despojado
para adornar de Jaime la cabeza.

MIGUEL. No lo puedo creer.

GIRCÓN. Y esa corona
aún no es vuestra, señor; que si ha querido
Andrónico ensalzar vuestra persona;
si ya con vos el trono ha compartido,
aun él es en sus reinos el primero,
y aceptando ese honor, ha contraído
arduas obligaciones su heredero.
(*Se oye un clarín.*)

MIGUEL. ¡Silencio!

GIRCÓN. Es el clarín que nos avisa
la marcha de Roger, y ya su gente
pasando está los vados del Murisa.

MIGUEL. Aquí su campo asentará: no quiero
dar ocasión a celos y rencores.

GIRCÓN. Se hará como decís.

MIGUEL. Así lo espero.

GIRCÓN. ¿Qué otra cosa mandáis?

MIGUEL. ¿Qué? tus alanos
en la ciudad se alojarán y cuenta
si a su ciego rencor no atas las manos,
y el muro de mi alcázar se ensangrienta.

GIRCÓN. Yo sabré refrenarlos.

MIGUEL. Ni un instante
tardes.

ESCENA VIII

MIGUEL *y su comitiva: luego* ROGER, BERENGUER *y caballeros catalanes y aragoneses.*

MIGUEL. ¡Oh, corazón!, guarda en tu centro
la saña, y que tu cárcel no quebrante
revelándose al lívido semblante
el oculto volcán que hierve dentro.
(*En este momento se presenta en la escena Roger armado a la ligera y seguido de los personajes arriba indicados.*)
¿Roger? (*Adelantándose hacia él.*)

ROGER. ¡Cómo! ¡Sois vos!

MIGUEL. Tanto merece
quien, de mi padre y mi señor honrado,
hoy añade a sus timbres de soldado
el cesáreo blasón que le engrandece.
Pero ¿qué significa esta venida
sin avisarme?

ROGER. Estando tan cercano
¿no os he debido dar mi despedida?
Muy pronto es mi partida
contra el fiero enemigo del cristiano.
Sorprenderos pensaba.

MIGUEL. Ya lo veo.

ROGER. Pero vos, como siempre, bondadoso,
habéis anticipado mi deseo
interrumpiendo así vuestro reposo.

MIGUEL. Eso merecen ínclitos varones
como vos.

ROGER. Al honrarme de esta suerte,
cadena de inflexibles eslabones
ponéis a mi lealtad.

MIGUEL. Lo sé, Rogerio,

y sé también que vuestro brazo fuerte
columna es hoy de mi abatido imperio.
ROGER. Ensalzáis mi humildad.
MIGUEL. Nada podría
recompensar valor tan esforzado,
si, dueño venturoso de María,
hoy no os uniera con la sangre mía
del parentesco el vínculo sagrado.
¿Vuestra esposa?...
ROGER. A la corte en este instante
se encamina, señor, con mis galeras.
MIGUEL. ¿No queréis reposar? que es la jornada,
y más de noche, larga y escabrosa.
ROGER. No por mí; mas mi gente fatigada
viene, y de algún descanso deseosa.
MIGUEL. Perdonadme, Roger, si otro más digno
hospedaje...
(*Señalando a las tiendas de campaña.*)
ROGER. Pues ¡qué!... (*Con extrañeza.*)
MIGUEL. Vuestros soldados
aquí estarán, Roger, aposentados,
aunque será por poco.
ROGER. No quisiera
que ese favor que la otorgáis, benigno,
en desaire mi gente convirtiera.
—¡No permitirla en la ciudad la entrada!
MIGUEL. Quiero evitar desórdenes, Rogerio,
y está por mis alanos ocupada:
no hay otra causa aquí ni otro misterio.
(*Movimiento de impaciencia y murmullos de indignación entre los caballeros.*)
BERENG. Pues ¡vive el cielo!, la razón extraño.
ROGER. ¿Qué decís, Berenguer!
BERENG. Y de ese modo,

más que atajar de la ciudad el daño,
dais ocasión a que se pierda todo.

MIGUEL. ¿Y es un vasallo quien así responde
a su señor?

BERENG. El que de fiel blasona
nunca a los reyes la verdad esconde.

MIGUEL. ¿Es caballero? (*A Roger.*)

ROGER. Y su lealtad le abona.
Berenguer de Roudor, ahora llegado
de Cataluña a vuestro imperio, viene
a ofreceros su espada: es buen soldado.

MIGUEL. Bien con su patria su altivez conviene.
—¿Es catalán?

ROGER. En los allá nacidos
se hermanan la franqueza y el aliento.

BERENG. Somos en el honor poco sufridos,
y una vez ofendidos,
no callamos verdad ni sentimiento.
Y postergarnos a tan vil canalla...

MIGUEL. Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENG. Deben ser en el premio los primeros
los que primero son en la batalla.
Si no pusieran en tan cruda guerra
el catalán y aragonés las manos,
en cuanto espacio vuestro imperio encierra
no hallaran, ¡vive Dios!, bastante tierra
donde fijar el pie vuestros alanos.

ROGER. ¡Basta!

MIGUEL. Es mi voluntad, y nadie intente
hacer a mis mandatos resistencia.

ROGER. Id, Berenguer, y repartid la gente:
nuestro deber primero es la obediencia.
(*Berenguer se dirige al fondo y figura dar órdenes a algunos soldados, los cuales se van*

en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo izquierda, se dirige adonde está Berenguer y le habla.)

ESCENA IX

DICHOS *y* ALEJO.

MIGUEL. Descansad un momento, y a mi lado
luego entraréis en la ciudad, que quiero
manifestar al pueblo alborozado
lo que estimo el valor de tal soldado,
lo que en mi amor a todos le prefiero.
ROGER. ¿Solo yo? no es posible.
MIGUEL. ¿Cómo?
ROGER. Y lo siento, a fe: Dios me es testigo.
MIGUEL. ¡Sois altivo, Roger!
ROGER. Vos inflexible.
MIGUEL. Puesto que convenceros no consigo,
os dejo aquí, pero con pena mía.
ROGER. Adiós, que os guarde.
MIGUEL. (¿Si de mí recela?)
ALEJO. (¡Guarda del tigre la caricia impía!)
ROGER. ¡Plaza al Emperador!
BERENG. (Estaré en vela.)
(*Roger acompaña al Emperador hasta que sale de la escena: luego vuelve a bajar al proscenio.*)

ESCENA X

DICHOS, *menos* MIGUEL.

ROGER. ¿Qué tienes? (*A Berenguer, que está pen-*
BERENG. La obligación [*sativo.*)
es a veces harto dura.

ROGER. ¿Qué hay?
BERENG. Que la gente murmura,
y murmura con razón.
Y si la mandan partir
sin paga...
ROGER. Ya la ha ofrecido
Andrónico.
BERENG. Convenido;
pero ofrecer no es cumplir.
ROGER. Pésame que a su codicia
escuchen.
BERENG. Yo no os arguyo;
mas lo que piden es suyo.
ROGER. Y yo ¿niego su justicia?
BERENG. ¡Si todos fueran como él!
(*Señalando a Alejo.*)
ROGER. ¿Quién? ¡Ah!
BERENG. No le tienta el oro.
Ese mozo es un tesoro:
sufrido, valiente, fiel.
ROGER. Sí.
BERENG. Y aunque tanto merece,
nada pide: ¡cosa rara!
ROGER. Es verdad.
BERENG. Y yo jurara
que es más de lo que parece.
ROGER. ¿Lo crees tú?
BERENG. ¿Si lo creo?
Y esta idea me domina
desde que le vi en Mesina.
ALEJO. Señor, hablaros deseo. (*Acercándose.*)
ROGER. ¿Es cosa urgente?
ALEJO. Señor,
sí lo es; para luego es tarde.

Roger. Di, pues.
Alejo. (¡Corazón cobarde!...)
Roger. Habla.
Alejo. (Tengamos valor.)
Quiero partir de esta tierra.
Roger. ¿Partir dices? Yo no puedo
consentirlo.
Bereng. ¿Tienes miedo?
Alejo. Sí, tengo miedo a esta guerra.
(*Con intención.*)
Bereng. Imposible.
Alejo. ¿Y si es verdad?
Roger. Mal a su deber escucha
el soldado que a la lucha
vuelve el rostro.
Alejo. Perdonad;
no es el temor a la muerte
el que me arrastra a ese extremo;
¡no, señor!, es el supremo
poder de mi injusta suerte.
Bereng. Luego en esa decisión
ocultas algún misterio.
Alejo. Cierto; y es tanto su imperio
que avasalla a mi razón.
Roger. Pues bien, yo no puedo dar
ejemplo tan pernicioso:
mientras que no haya reposo,
mientras que haya que luchar,
aquí y en cualquiera parte
donde nos llame el deber
todos debemos correr
detrás de nuestro estandarte.
Alejo. Perdonad: no se hable más
de este asunto. (¡Ay, suerte mía!)

BERENG. Alejo, ¡no lo creería
de tu condición jamás!
ALEJO. Adiós, señor. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI

ROGER, BERENGUER, *luego* MARÍA *por el fondo, a la derecha.*

BERENG. ¡Esto es nuevo!
de mi admiración no salgo.
¡Cuando digo yo que hay algo
de extraño en este mancebo!
(*Aparece María en el fondo cubierta con un velo. A mayor distancia se ve a Catalina y algunos escuderos.*)
ROGER. ¿Quién viene?
MARÍA. Quien verte ansía
y tu voluntad expresa
atropella.
BERENG. ¡La Princesa!
ROGER. Déjanos. (*A Berenguer, que se retira.*)

ESCENA XII

ROGER, MARÍA.

ROGER. ¿Tú aquí, María?
te estoy viendo y no lo creo.
MARÍA. ¡Roger!
ROGER. ¿Tú aquí?
MARÍA. No te espante;
que recelosa y amante,
¿quién resiste a su deseo?
ROGER. ¿Recelosa tú! ¿de qué?
MARÍA. Abrigan los corazones

mil necias supersticiones,
¡necias, señor! bien lo sé;
mas ¿quién, si perder sospecha
el bien que idolatra ausente
y el intenso dolor siente
de esta envenenada flecha;
quién, dime, conservaría
con tal recelo la calma,
y más si lleva en el alma
todo el amor que esta mía?

ROGER. No he dudado yo jamás
de ese amor, que es mi contento;
mas tú, ¿con qué fundamento
del mío sospecharás?

MARÍA. ¿Yo? ¡no! si posible fuera
que yo de tu fe dudara,
o la vida me quitara
o del pesar me muriera.

ROGER. Yo no alcanzo a comprenderte:
¿qué causa?...

MARÍA. Un vago temor
es no más: ¡mira, señor,
que a traición no te den muerte!
Tus enemigos...

ROGER. En paz
con todos vivo, María.

MARÍA. Ocultan su alevosía
con engañoso disfraz.
Entre las varias naciones
que han ofrecido su espada
a esta nación degradada,
donde ya no hay corazones,
hay una raza grosera,
de Europa negro borrón,

que no sé por qué razón
mi primo Miguel tolera.
Contra esos hombres villanos
abrigo sospechas graves,
y están aquí; ¡ya lo sabes,
Roger! y son los alanos.
Desde que pusiste el pie
En Tracia, inquietos parecen.
No sé por qué te aborrecen,
esposo.

ROGER. (Yo sé por qué.)
¡María!, ¿y de esto te admiras?

MARÍA. Tu fama y tu nombre insultan,
y lo peor es que ocultan
o ponen freno a sus iras.
¿De qué os servirá el valor
que noblemente batalla,
si al desnudaros la malla
os hiere puñal traidor?
¿Y qué vale la osadía
contra el pertinaz empeño
del que acecha vuestro sueño
y vuestro descanso espía?

ROGER. No imagines que me asombre
tu flaqueza: es natural;
mas lo que en tí no está mal
fuera vergüenza en un hombre.
¿Quieres que me afrente y huya
de un peligro imaginado?
¿quieres que manche el soldado
su fama, que ya es la tuya?

MARÍA. Eso no; pero si aquí
peligras, como sospecho,
ha de hallar antes mi pecho

el hierro traidor que a tí.
ROGER. ¡Venga, pues! no me acobarda
ya su rigor enemigo.
MARÍA. ¿No? ¿por qué?
ROGER. Porque conmigo
está el ángel de mi guarda.
MARÍA. ¿Angel?
ROGER. Lo eres para mí.
MARÍA. Yo sí que decir pudiera
que le tengo.
ROGER. ¡Lisonjera!
MARÍA. ¡No! no lo digo por tí.
ROGER. ¡Hola!
MARÍA. ¿Te parece mal?
ROGER. Si es del cielo...
MARÍA. ¡Desvarío!
ROGER. ¿Qué dices?
MARÍA. Que el ángel mío
es ángel muy terrenal.
ROGER. ¡Vas a asustarme! ¿algún hombre
tal vez?
MARÍA. Ya en celos te inflama.
ROGER. Tengo razón. —¿Y se llama?...
MARÍA. No le pregunté su nombre.
ROGER. No entiendo...
MARÍA. Si aquí los dos
nuestro amor entretenemos,
a su valor lo debemos.
ROGER. ¡Es posible!
MARÍA. ¡Sí, por Dios!
Pudo el temor de tu suerte
costarme anoche la vida.
ROGER. Habla.
MARÍA. Con saña atrevida

quisieron darme la muerte.
Sin defensa ya, a sus manos
llegado mi fin juzgué.

ROGER. ¿Y quién el infame fué?...

MARÍA. Presumo que eran alanos.
Esgrimiendo los aceros,
en la oscuridad cercaron
mi litera, y ahuyentaron
a mis pajes y escuderos.

ROGER. ¡Cobardes!

MARÍA. ¿Vas a enojarte?
¿qué hiciera su resistencia?

ROGER. Debieron dar la existencia
primero que abandonarte.
—Sigue.

MARÍA. A pesar de mi afán
sacábanme del camino,
cuando en mi socorro vino
un bizarro catalán.

ROGER. ¿Algún caballero?

MARÍA. No.

ROGER. ¿Adalid?

MARÍA. Simple soldado.

ROGER. Y le habrás recompensado.

MARÍA. Lo quise; mas se enojó.

ROGER. Son, como valientes, rudos.

MARÍA. A su acción agradecida
pagarle quise una herida
con un puñado de escudos.
—Fué mal hecho: no lo ignoro.

ROGER. Cuando no se satisfaga,
tendrá razón: no se paga
tan grande favor con oro.
Yo haré que le busquen.

MARÍA. Sí.
ROGER. Y como al más ganancioso,
deja el cuidado a tu esposo
de pagar deudas por tí.
Yo a pagar ésta me obligo.
—Vuelve a la ciudad.
MARÍA. No puedo.
ROGER. ¿Pues ¿qué proyectas?
MARÍA. Me quedo;
me quedo, señor, contigo.
ROGER. ¡Tú, en un palacio nacida
y a la corte acostumbrada!...
MARÍA. ¿Y qué! ¿No soy aquí amada?
ROGER. ¡Eso sí! Con alma y vida.
MARÍA. ¿Tanto como tú?
ROGER. Quizás:
tú eres todo mi embeleso.
MARÍA. Pues bien: quiéreme, y con eso
no temas que pida más.
—¿Qué me falta?
ROGER. La sombría
grandeza de tu palacio.
MARÍA. Aquí tengo más espacio.
ROGER. ¿Y tus doncellas, María?
Y ¿quién de ti cuidará?
¿quién de tu gala, amor mío?
MARÍA. De hermosura y de atavío
mi afecto me servirá.
—La que aceptó por compaña
soldado que tanto vale,
no tiene alcázar que iguale
a tu tienda de campaña;
y la que supo seguir
enamorada, tus huellas,

no necesita doncellas
que la sirvan el vestir.
Más que el boato imperial
estimo yo tu decoro
y el estrépito sonoro
de la alborada marcial.
Mejor que ceñir coronas,
de tu admiración avara,
las fábulas realizara
de las fuertes amazonas.

ROGER. Permíteme que lo extrañe.
—¿Osaras tú en la pelea?...

MARÍA. No diré tanto, no sea
que me engañe y que te engañe.
Tímida soy; pero en fin...
me ha dado miedo hasta ahora
la guerra, y ya me enamora
la ardiente voz del clarín.
Será que como es mi esposo
guerrero que el mundo admira,
acaso el amor me inspira
su espíritu valeroso:
será que en altos reclamos
tu ejemplo me da consejos.
Nosotras somos reflejos
del hombre a quien adoramos.

ESCENA XIII

DICHOS *y* BERENGUER *con un pergamino.*

MARÍA. ¿Quién es?

ROGER. Mi amigo más fiel.

BERENG. Un caballero ha venido
buscándoos, y esto ha traído

del emperador Miguel.
ROGER. A los hidalgos da entrada
(*Después de leer rápidamente.*)
en la ciudad.
BERENG. (Al fin cede.)
ROGER. Y más tarde, cuando quede
de alanos desocupada,
mañana tal vez, serán
en su interior alojados
adalides y soldados.
BERENG. (No sé si se alegrarán.)
También, como vuestro porte (*A María.*)
pide y elevada esfera,
os envía una litera
con séquito de la corte.
ROGER. Anunciadlo al campamento
y que cada cual se apronte
a seguirnos. —Tú disponte
para partir al momento.
(*Vase María. Berenguer se dirige al campamento.*)

ESCENA XIV

ROGER, *y un instante después* ALEJO.

ROGER. Dios quiera que me reporte
de Gircón en la presencia.
ALEJO. ¡Señor! ¿Es cierto? ¿Hay licencia
y entramos hoy en la corte?
ROGER. Los hidalgos nada más.
ALEJO. ¿Y a mí la excepción no alcanza?
ROGER. Tú eres mi paje de lanza:
desde hoy a mi lado estás.
ALEJO. ¡Gracias, señor! (*Vase Roger.*)

ESCENA XV

ALEJO, *luego* IRENE.

ALEJO. ¿Qué aprehensión
quimérica es esta mía?
¿Si a ver vamos a María,
de qué tiemblas, corazón?
IRENE. ¿Aún la recuerdas?
ALEJO. ¡Tú eres,
hermana mía?
IRENE. ¿Por qué
tanto has tardado?
ALEJO. ¿Lo sé
yo mismo? —Dime...
IRENE. ¿Qué quieres?
ALEJO. ¡Escucha! —¡Temblando estoy!
decirlo quiero y no puedo.
IRENE. ¿Qué te altera?
ALEJO. Tengo miedo
de lo que a decirte voy.
—¿Vive?
IRENE. Vive.
ALEJO. ¡Cielo santo,
yo tu clemencia bendigo!
—Dime; ¿y fiel para conmigo?...
IRENE. No puedo decirte tanto.
ALEJO. Explícate y mi tormento
no aumentes, ¡hermana mía!
IRENE. Sólo sé que llegó un día
en que abandonó el convento.
Entonces perdí su huella.
ALEJO. ¿Y has vuelto a hallarla?

IRENE. No ha mucho.
ALEJO. Habla: ¿no ves que te escucho?
IRENE. Segura estoy de que es ella.
ALEJO. ¿Está aquí?
IRENE. Sí.
ALEJO. Tan donosa
como en la risueña edad
de la infancia; ¿no es verdad?
IRENE. No, Alejo.
ALEJO. ¡No!
IRENE. Aún más hermosa.
ALEJO. Y ¿qué sabes?...
IRENE. Nada sé,
Alejo; ¡pero en seis años
caben tantos desengaños!
ALEJO. ¡Oh, no!
IRENE. ¡Me encanta esa fe!
ALEJO. Yo en su inocencia confío.
IRENE. ¿Y por qué no has de dudar?
ALEJO. ¿Y por qué no he de juzgar
su corazón por el mío?
Si del tiempo y la distancia
triunfó mi amante porfía,
¿no puede abrigar María
la misma noble constancia?
IRENE. Vive en esa fe.
ALEJO. ¡Me aterra
tu calma! Di...
IRENE. ¡Pobre hermano!
ALEJO. Di; ¿qué misterioso arcano
en tus palabras se encierra?
IRENE. ¡Has dado en terrible empeño!
ALEJO. ¡Oh, si tú como yo amaras!...
IRENE. ¡Yo amar!

ALEJO. ¡Si a tu bien miraras
en poder de ajeno dueño!...
IRENE. Nunca he llorado esas penas.
ALEJO. ¡Dichosa tú, Irene mía!
IRENE. Y a sentirlas, rompería
con mi vida mis cadenas,
o asiéndome a mi esperanza
con vigorosa intensión,
sublimara mi pasión
en alas de mi venganza.
ALEJO. ¿Un desdén se ha de vengar?
IRENE. Quien sufre y calla, no siente
su agravio: dile que miente
si dice que sabe amar.
ALEJO. No sé, Irene, lo que haría
en tal caso: no lo sé;
mas ¿dónde se halla?..., ¿qué haré
para encontrar a María?
IRENE. Alégrate: ese deseo
no te pide mucho espacio.
Búscala...
ALEJO. ¿Dónde?
IRENE. En palacio.
ALEJO. Luego es noble.
IRENE. Así lo creo.
ALEJO. Sin duda...
IRENE. Y cuando eso arguya
en ella cuna y riqueza,
¿qué importa si es tu nobleza
tan limpia como la suya?
ALEJO. ¡Gracias, gracias!
IRENE. El color
vas perdiendo.
ALEJO. No es extraño:

a un tiempo me has hecho daño
con un placer y un dolor.

IRENE. ¿Tiemblas?

ALEJO. De pensar que presto
voy a verla.

IRENE. ¡Estás herido!

ALEJO. ¡Calla! (*Desmayándose.*)

IRENE. ¡Se ha desvanecido!
(*Arrodillándose junto a él y descubriéndole el pecho.*)
respira... pero ¿qué es esto?
¡un lienzo... rico! además
tiene un blasón estampado...
—¿No sueño? ¡se han encontrado!
¡fortuna, no pidas más!
¡Oh, que hay momentos supremos
de irresistible alegría!
(*En este momento cruza el teatro, dirigiéndose al fondo, la litera cerrada donde se figura que va María, seguida de caballeros y cortesanos. Irene se incorpora exclamando*:)
—¡Adiós, princesa María!
¡te juro que nos veremos!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón del palacio imperial en Andrinópolis. Puertas a la izquierda y al fondo. Ventana a la derecha.

ESCENA I

ALEJO, *en la escena*: BERENGUER, *que viene por el fondo.*

BERENG. ¿Y el César?
ALEJO. Al aposento
del emperador pasó
ya ha tiempo...
BERENG. ¿Y no ha vuelto?
ALEJO. No;
esperadle aquí un momento.
BERENG. Y un año le esperaría.
ALEJO. ¿Pues?
BERENG. Ha venido un soldado
del campo.
ALEJO. ¿Y qué?
BERENG. Le ha enviado
aquí la almogavaría.
ALEJO. ¿Y qué quiere? aunque sospecho...
BERENG. La gente no está contenta,
y siente con esta afrenta
hervir la sangre en el pecho.

ESCENA II

DICHOS *y* ROGER. LOS CAPITANES ARAGONESES Y CATALANES *empiezan a aparecer en la puerta del fondo, y llenan poco a poco la escena.*

ROGER. ¿Qué es esto?
BERENG. Que los apuros
crecen: furiosa la gente
porque no se la consiente
atravesar estos muros,
soporta mal su desaire.
ROGER. ¿Se atreverán por ventura?...
BERENG. Está la atmósfera oscura
y huele a tormenta el aire.
ROGER. ¡Vive Dios! si algún osado...
BERENG. Malo es que tengan razón.
—¿Ha de ser todo opresión
para el mísero soldado?
ROGER. ¿Tienen razón?
BERENG. Cosa clara.
—Aquí os envían un hombre
para hablaros en su nombre.
ROGER. ¿Quién es?
BERENG. Perich* de Naclara.
ROGER. A mí no me asustan fieros;
pero antes de recibir
el mensaje, quiero oír
vuestra opinión, caballeros.
BERENG. Ateneos a mis informes
en lo que toca a ese asunto.

* Léase Peric.

ROGER. ¿Por qué?
BERENG. Porque en este punto
estamos todos conformes.
ROGER. ¿Hay algún noble agraviado
entre los presentes?
BERENG. No.
ROGER. En ese caso...
BERENG. Es que yo
me quejo por el soldado.
El es aquí el brazo fuerte,
—¡no me quitéis que le alabe!
—y ninguno mejor sabe
dar y recibir la muerte.
A pié, con males prolijos,
hambriento y de cualquier modo,
sabe lidiar. —Sobre todo,
mis soldados son mis hijos.
ROGER. También los míos.
BERENG. Y rabio
cuando alguno los insulta.
—¡César! a nadie se oculta
y a todos toca el agravio.
¡Sí! tras de pagar su fiel
conducta con mano avara,
les ha azotado la cara
el emperador Miguel.
ROGER. Pues yo presumo, y quizás
más que nadie el hecho siento,
que no ha tenido ese intento:
que hay un error y no más.
BERENG. Mas si persiste en su error...
ROGER. ¿Qué haremos?
BERENG. La cosa es llana:
arrojar por la ventana

palacio y emperador.
ROGER. ¡Berenguer!
BERENG. A tanto ultraje,
que ni al soldado se esconde,
yo sé cómo se responde:
rompiéndole el homenaje.
ROGER. ¿Y qué más?
BERENG. Con vuestra venia,
os diré lo que yo haría:
conquistar la Romanía
y la Natolia y la Armenia,
y agitando de Aragón
el generoso estandarte,
volver la vista a otra parte
que ya os dice el corazón.
ROGER. ¡Calla, Berenguer! desbarras.
BERENG. A esa región española
donde don Jaime tremola
las cinco sangrientas barras.
Y ¡ese! y ese es nuestro rey
natural, bravo, clemente,
bizarro, y sobre valiente,
honrado que guarda ley.
—Yo le diría: "¡Aquí estamos!
toda esta tierra traidora
nos insultó; pero ahora
somos nosotros los amos.
Si tierras ganáis ahí,
nosotros, sin darnos treguas,
conquistamos ya más leguas
que españoles hay aquí.
El pie de nuestros caballos
remachó su cautiverio:
ahí os damos un imperio

con millones de vasallos."
(*Muestras de aprobación en los capitanes.*)
ROGER. ¿Has acabado?
BERENG. Conmigo
no jugara.
ROGER. Eres mancebo.
BERENG. Lo mejor es que me atrevo
a hacerlo como lo digo.
ROGER. No tengo que preguntar
vuestra opinión, pues ya veo
que halaga vuestro deseo
proyecto tan singular:
y a haber causa, no quedara
en ilusiones por mí.
—Entre ese soldado.
BERENG. Aquí
le tenéis ya.

ESCENA III

DICHOS *y* PERICH DE NACLARA.

ROGER. Di, Naclara.
NACL. Pues... hablando con respeto,
os advierto que la gente
ha días que anda impaciente,
y murmura... y no en secreto.
Todos se llaman a engaño,
y ya con cierto descoco
dicen que el provecho es poco
aquí donde es mucho el daño.
Que esta guerra es tan cruel,
señor, tras de no ser breve,
que no hay hombre que no lleve
como reliquia la piel.

Mas de esto, como soldados
que son, nadie se lamenta:
todos se han hecho la cuenta
de morir acuchillados;
pero es terrible pensión
la de ese negro ejercicio,
y bien merece el oficio
alguna compensación.

ROGER. ¿Y la gloria, di?

NACL. La gloria
acompañará a los nombres
que han de quedar de los hombres
guardados en la memoria;
mas para un pobre cualquiera
que sangre y vida aventura
y tendrá por sepultura
lejana tierra extranjera;
que su patria desampara
por... ¡no sé qué! —¡Me confundo!
¿Qué sabrá mañana el mundo
si hubo un Perich de Naclara?

ROGER. ¿Qué pedís?

NACL. Necesidad
al par que orgullo nos mueve:
dennos lo que se nos debe
y entremos en la ciudad.

ROGER. Sois impacientes y osados:
ya otra vez cuanto os debía
pagó Miguel.

NACL. ¡Sí, a fe mía!
con escudos cercenados [2].
Les falta de su valor
más de un tercio: así nos dan
tan caro el mísero pan,

y el vino, que es lo peor.
ROGER. De mi afecto sois testigos.
¿Qué puedo hacer?
NACL. Yo diría
a Miguel el mejor día:
"Dejamos de ser amigos."
ROGER. ¿Aunque os pagara?
NACL. También:
y pues la puerta nos cierra
de la ciudad, haya guerra;
porque he oído no sé a quién,
pero soldado, decir
que en la escuela militar,
la muralla es para entrar,
la puerta para salir;
y pues Miguel se concierta
con esa infame canalla,
entremos por la muralla
y echémosle por la puerta.
ROGER. ¿Y no sabes que la muerte
puede costarte el consejo?
NACL. Por eso en el campo dejo
tantos que envidian mi suerte.
ROGER. De condición poco mansa
eres.
NACL. Tengo aborrecida
con estas cosas la vida:
¡pues! y el que muere descansa.
BERENG. Ya lo veis. (*Ap. a Roger.*)
ROGER. ¿Cómo has venido
aquí? ¿por tu voluntad?
NACL. Sí, señor; mas la verdad,
los otros me han elegido.
ROGER. Eso te valga.

NACL. (*Con indiferencia.*) Corriente.
ROGER. Pero otra vez, sin remedio
te descuartizo. (No hay medio
de poder con esta gente.)
NACL. ¿Qué respondo?...
ROGER. Les dirás
que enfrenen su orgullo loco.
NACL. ¿No más?
ROGER. No más.
NACL. Es bien poco;
pero... puesto que no hay más...
(*Hace que se va.*)
ROGER. Y si esa audacia de nuevo
a usar volvieren conmigo,
no quedará sin castigo.
NACL. Mala respuesta les llevo. (*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, *menos* NACLARA.

ROGER. ¡Señores! con amargura
vuestra conducta contemplo.
Demos al soldado ejemplo
de abnegación, de cordura.
Hablaremos a Miguel,
y veréis que os satisface
la queja.
BERENG. ¿Y si no lo hace?
ROGER. Si no... rompemos con él.
BERENG. ¡Bravo! Y será lo mejor;
pero entre tanto...
ROGER. Entre tanto,
¡silencio!
BERENG. ¡Si me atraganto

callando!
ROGER. ¡El emperador!

ESCENA V

DICHOS *y el* EMPERADOR MIGUEL.

ROGER. ¿Vos aquí? (*Adelantándose a recibirle.*)
MIGUEL. ¿Qué lo extrañas, si te cuento
entre los míos? El deber lo ordena.
ROGER. ¡Vos, señor, visitando mi aposento!
A mi cuello ponéis nueva cadena.
MIGUEL. Pero ¿qué es lo que pasa, capitanes?
¿por qué el ceñudo rostro? ¿qué os sucede?
ROGER. La vida militar toda es afanes.
MIGUEL. ¿Puede saberse lo que fué?
ROGER. Sí puede.
Traidor seré si la verdad oculto.
De lo que hicisteis hoy, con amargura,
con bullicioso ardor, casi en tumulto
mi ejército murmura.
MIGUEL. Siempre vuestros soldados los autores
son en mi imperio de insolencias tales.
ROGER. Son fieles servidores,
aunque altivos, señor.
MIGUEL. Son desleales.
ROGER. ¡Tan buenos como yo! Tal vez mejores.
MIGUEL. ¡Buenos! Dígalo el grito rencoroso
que sin cesar resuena
en mi imperio infeliz; ese impetuoso
rigor, que nada a contener alcanza;
esa soberbia, indómita pujanza
que vuestra propia autoridad no enfrena,
¿queréis que yo como virtud proclame?

¿que a ese ejército inquieto y turbulento
humille la cerviz? yo no me siento
capaz de sacrificio tan infame.

ROGER. Niño era aún, señor, de edad temprana,
cuando ceñido el cíngulo guerrero,
a la defensa de la fe cristiana
corrí anhelante y desnudé este acero.
Veinte años de fatigas
en que abatió mi brazo venturoso
por haces las banderas enemigas,
responden del soldado
que nunca vió su nombre generoso
con dudas ultrajado.
Decid, señor: ¿y el hombre
que así el esmalte puro
conserva de su honor y de su nombre,
podrá mancharle aquí? ¡no! ¡yo os lo juro!
la pasión os engaña,
y yo nunca mi fama asociaría
a gentes sin honor.

BERENG. ¡Eso, seguro!
¡Pardiez! y fuera novedad extraña
contra el mejor blasón de sus mayores,
que aquí los hijos de la noble España
se echaran el borrón de los traidores.

ROGER. Fadrique de Sicilia es buen testigo
de su lealtad, señor, cuando en Mesina,
en Génova y Provenza, con sus brazos
del francés enemigo
hicieron los ejércitos pedazos.
Él, ¡noble rey!, os contará en su abono
hazañas infinitas de esa gente,
fiera, como decís, loca, insolente,
que a vuestro padre aseguró en su trono.

MIGUEL. "¿El trono de mi padre? ¿por ventura
presume tanto vuestro orgullo loco?
El trono de mi padre se asegura
en la lealtad de Grecia y su bravura,
y en este brazo que aún tenéis en poco.
ROGER. Bien dije yo, señor: ¿por qué misterio
del turco las banderas desplegadas
pudieron una vez de vuestro imperio
con su sombra cubrir treinta jornadas?
¡Es que os bastaba vuestra fuerza sola!
Treinta jornadas, sí; toda la tierra
del Asia, que hoy nuestro pendón tremola,
y donde ayer con poderoso brío
derramaba el infiel, clamando guerra,
cristiana sangre en abundante río.
Constantinopla os contará su afrenta,
que después de cien ásperas batallas,
vió de Amurat la hueste turbulenta
con la espada sangrienta
amenazar sus débiles murallas.
Y ¡ay de vosotros, si la mar, tendiendo
de sus aguas el dique poderoso,
no encadenara el ímpetu furioso
de los hijos de Agar! pronto venciendo
el reducido espacio
con el fragor del huracán que zumba,
vuestro imperial palacio
de la griega altivez hoy fuera tumba."
MIGUEL. Eso es cierto, Roger, y yo confieso
que flacas nuestras manos
mal soportaban de la guerra el peso.

---

262 Todos los versos que van entrecomados en esta escena se suprimen para la representación.

Vanamente al ardor de los alanos
y griegos acudí, que la memoria
de cien desastres abatió su brío:
¡vuestra ha sido la gloria,
el triunfo vuestro, y el desdoro mío!
Pero decid, ¿si los que amigos fueron
a esta guerra llamados
y a nuestro lado a combatir vinieron,
con destructora saña
y más que los infieles despiadados,
nos hacen una afrenta a cada hazaña,
¿no es preferible nuestra antigua suerte
a la ignominia de que aquí nos venza
más que el hierro enemigo la vergüenza?
¿Es mejor la deshonra que la muerte?

ROGER. Doloroso ejercicio
el de las armas es; y todo gime,
todo tiembla en la tierra
donde la impía guerra
su dura planta imprime.
No hay mal que en pos no lleve,
ni crimen, ni dolor, ni sacrificio;
mas ¿quién su furia a contener se atreve?
Leyes dictad al huracán furioso
cuando sus iras con fragor desata,
y enfrenad el impulso vigoroso
del turbulento mar: sólo la mano
del Hacedor, ante quien todo cede
y el ímpetu les presta sobrehumano,
a sus preceptos sujetarlos puede.

MIGUEL. Pues bien: yo os juro aquí por mi corona
que he de ver, para ejemplo de otros reyes,
si a ese mar que de indómito blasona,
si a ese huracán que destrucción pregona

puedo yo como Dios imponer leyes.
ROGER. Su imagen en la tierra
sois.
MIGUEL. Mas dudáis de mi poder.
ROGER. No dudo;
temo, sí, que encendáis con nueva guerra
todo el furor del huracán sañudo.
De tanta hazaña en pago,
¿qué habéis dado a ese ejército valiente?
desprecio y nada más: el ceño adusto
que se retrata siempre en vuestra frente,
para nosotros es perpetuo amago.
Creedme, señor; sed justo.
y acabará el estrago.
MIGUEL. ¿Qué quieren, pues, de mí?
ROGER. ¿Qué quieren? todo
lo que ofrecido fué.
MIGUEL. ¿Falté yo en nada?
BERENG. Tres meses ha, y con esto ya se alteran,
mis pobres almogávares esperan
su mezquina soldada.
ROGER. No les tienta del oro la codicia...
BERENG. Pero el pan se les niega, y altanero,
vuestro pueblo, no sé si con justicia,
se niega a recibir vuestro dinero.
MIGUEL. ¿Es posible?
BERENG. Los griegos obstinados
y los aragoneses testarudos...
—O han de morirse de hambre mis soldados
o hay que cambiar a palos los escudos.
Aquí siempre es cuaresma, y os advierto
que sin comer no hay hombre; esto es cor-
valientes son mis españoles, cierto; [riente:
pero el hambre, señor, es más valiente.

MIGUEL. No quiero que de ingrato
se me acuse jamás, ni de que pude
dar ocasión a tanto desacato;
y porque nadie dude
que oír la voz de la razón deseo,
aunque por ello falte a mi decoro,
he de apurar hoy mismo mi tesoro
y quedarán pagados.
BERENG. (No te creo.)
ROGER. Fuerza será si os duele su pobreza
y atar queréis las rigorosas manos
a su ardiente valor.
BERENG. Pero aún no basta
si con su ley vuestro desdén contrasta;
si con público alarde, en mengua nuestra,
del amor que os merecen los alanos
hacéis, señor, tan repetida muestra.
MIGUEL. Vasallos todos son.
BERENG. Pero no hermanos.
MIGUEL. ¿Y si os prometo que entrarán mañana
en la ciudad?
ROGER. Los ganaréis con eso:
mostradles vuestra gracia soberana.
MIGUEL. Mas si se atreven al menor exceso...
ROGER. No osarán.
MIGUEL. De ese modo,
yo aseguro que puede vuestra gente
de mí esperar cuanto le plazca: todo
menos mi humillación.
BERENG. Eso es corriente.
MIGUEL. Hoy os daré mis órdenes. (*Retirándose.*)
ROGER. Y espero
que no os ha de pesar: en la promesa
del soldado fiad, del caballero.

MIGUEL. Lo sé, Roger: adiós, y en vos confío.
(*Dirigiéndose a la puerta del fondo. Roger le acompaña.*)
ROGER. Adiós, señor.
(*Se va el Emperador: los caballeros se retiran un momento después.*)
BERENG. (*A Alejo.*) Por Cristo, que me pesa
que haya acabado así; yo no me fío.

ESCENA VI

ROGER, BERENGUER y ALEJO; *éste a la puerta del fondo.*

ROGER. No, Berenguer; también yo
de su lealtad sospeché;
pero estoy desengañado.
BERENG. Quiera Dios que lo acertéis.
ROGER. No lo dudes: ¿cómo puede
tanta bajeza caber
en el corazón de un hombre?
BERENG. En ese punto, os diré.
Vos, señor, como criado
desde la inquieta niñez
de los mares procelosos
en el continuo vaivén,
no habéis tenido ocasión
de estudiar, de conocer
a este animal que llamamos
racional... no sé por qué.
Ni el ave que el aire cruza,
ni de las aguas el pez,
ni la fiera de los bosques
le igualan en lo cruel;
y si es cobarde, peor,
que entonces son de temer

las armas de su perfidia,
que hieren y no se ven.
ROGER. Es decir que tú presumes
que el emperador Miguel...
BERENG. Es cobarde.
ROGER. Y por lo tanto...
BERENG. Temible: todo es doblez.
ROGER. Pues yo, imposible es que pueda
tanta infamia comprender:
déjame que las ignore
aunque mil muertes me den.
BERENG. Mal haya la confianza
que a pícaros guarda ley,
y busca seguridades
donde no hay honra ni fe.
¡Y sufrir tanto desaire!
ROGER. ¡Vuelta a la tema otra vez!
BERENG. Cuando hay motivo...
ROGER. Te engañas.
BERENG. Que muerte un traidor me dé...
—Donde están mis catalanes
y aragoneses, ¡pardiez!,
¡ningún soldado del mundo
delante me han de poner!
Y esto que digo, señor,
aquí lo sustentaré
contra estos griegos y alanos
con un hombre para diez.
ROGER. Y si hay quien dudarlo pueda
un instante, Berenguer,
mi espada y mi sangre toda
en su probanza pondré;
pero el mundo, que asombrado
de su heroica intrepidez,

los vió en Asia y en Europa
conquistar tanto laurel,
ese será de sus hechos
más admirador que juez.
Italia, que de valientes
noble madre también es,
bajo su cielo amoroso,
como sabes, me dió el ser;
y sin embargo, a tu España
tan grande afición cobré,
que por madre la escogiera
si se escogiera el nacer.

BERENG. Pues por eso os he elegido
por mi jefe, ¡voto a quien!...

ROGER. Ese es mi mayor orgullo.
¿Dónde no podrá vencer
quien manda a tales soldados?

BERENG. Cada cual es un Luzbel.

ROGER. Sólo en ellos me disgusta...

BERENG. ¡Cómo! ¿decís?...

ROGER. Que no es bien
permitir que con excesos
lleguen su fama a perder.
La Armenia y Tracia asoladas
se lamentan...

BERENG. Bien; y ¿qué?
Vos lo habéis dicho: ¡la guerra!...
y el soldado ha menester
cierta libertad; ¡pues digo!
¿son frailes de la Merced?
¿No están vertiendo su sangre
con noble desinterés
por una nación extraña
esclava del turco ayer?

Lo que a fuerza de lanzadas
arrancamos al infiel
es nuestro, y pague la pena
el que tal no supo hacer.

ROGER. ¡Eso no! los que buscaron
en nuestro valor y fe
remedio a sus desventuras
y como a hermanos nos ven,
en su noble confianza
nos dieron la mayor prez
que estimar debe el soldado;
la recompensa es después.

BERENG. Decís las cosas de un modo...

ROGER. Marcha al punto a disponer
que en marciales ejercicios
el campo ocupado esté.
Suele ser el ocio causa
de esos males.

BERENG. Voy a hacer
lo que me mandáis.

ROGER. En breve
a vuestro lado estaré. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VII

BERENGUER, ALEJO.

BERENG. Tú, que a los griegos conoces,
¿qué opinas?

ALEJO. Que decís bien.

BERENG. Me alegro de que así pienses.

ALEJO. Velad...

BERENG. No me dormiré. (*Vase.*)

ESCENA VIII

ALEJO; *luego* MARÍA, *por la izquierda.*

ALEJO. ¿Sabes tú si el peligro me acobarda?
Yo sólo temo y con angustia lloro
mi horrible duda, y la ocasión que tarda
en llevarme a los pies de la que adoro.
—¿Será mi afán inútil? de mi empeño,
¿qué puedo prometerme? ¿dónde, dónde
la que es de mi alma y de mi vida dueño,
fortuna siempre infiel, ahora se esconde?
MARÍA. (¿Quién aquí?)
ALEJO. ¿Si el olvido o la inconstancia
rompió estos lazos? ¡ay! si esta hechicera
dulce memoria de mi loca infancia,
término acaso de mis dichas fuera!
MARÍA. ¡Ese rostro!... ¡imposible!
(*Acercándose a Alejo en ademán de reconocerle.*)
ALEJO. (*Viéndola.*) ¿Es sueño mío?
¿es ilusión que engendra mi deseo?
MARÍA. ¡Alejo!
ALEJO. ¡No, mi Dios; no desvarío!
¿Posible es que te hallé? ¿que al fin te veo?
MARÍA. (¡Desdicha mía!)
ALEJO. Mas ¿por qué de enojos
en vez de amor, se cubre tu semblante?
¿por qué no vuelves hacia mí tus ojos?
¡soy yo! ¡tu esclavo! ¡tu dichoso amante!
MARÍA. ¡Callad! (*Ocultando el rostro.*)
ALEJO. (*Con alegría.*) ¡Es el rubor que a la mejilla
con vivas tintas de carmín colora!
¡no me ha olvidado, no! pura y sencilla

la prometida fe guardó hasta ahora.
—¿No es verdad? ¿no es verdad? ¡oh, qué fiel eres!
¡qué buena y qué leal! ¡y hay quien nos jura
que no es firme el amor en las mujeres!

MARÍA. ¡Silencio, por piedad!
ALEJO. ¿Hay tal ventura!
MARÍA. ¡Insensato!
ALEJO. ¿Por qué?
MARÍA. ¡Cuánto me pesa
de lastimar su corazón!
ALEJO. ¡Dios santo!
¿olvidada tal vez de tu promesa!...
MARÍA. El tiempo y mi deber pudieron tanto.
ALEJO. No lo acierto a creer.
MARÍA. A pesar vuestro
os debo la verdad: se rompió el nudo,
sencillo lazo del cariño nuestro.
ALEJO. Te estoy oyendo y sin embargo dudo.
—¡Infiel!... ¡eres infiel!
MARÍA. Dadme ese nombre:
yo os lo perdonaré, si eso os agrada.
ALEJO. Mas solo eres crüel, y ningún hombre...
MARÍA. Os engañáis, Alejo; estoy casada. (*Pausa.*)
ALEJO. Y yo que la adoré como se adora
en la primera edad, con fe tan pura,
porque, insensato, imaginé en mal hora
que era igual su candor a su hermosura!
¿Y quién no lo dijera? ¿quién pensara
que lo que amor creyó fuesen engaños,
y que tan tierno corazón guardara
tantas perfidias en tan pocos años?
MARÍA. ¡Injusto sois! (*Con dulzura.*)
ALEJO. Pues si verdad dijiste,

dame una excusa; si tu amor fué cierto,
¿cómo torcer tu inclinación pudiste?
¿infiel acaso me juzgaste o muerto?

MARÍA. No.

ALEJO. ¿Te vendieron y el rigor padeces
del que es tu dueño?

MARÍA. No.

ALEJO. ¿Qué es lo que escucho!
Dime, por compasión, que le aborreces.

MARÍA. ¡Engañaros! ¡jamás! ¡Le quiero... y mucho!

ALEJO. ¡Maldito el día en que te vi! ¡maldito
aquel en que a la vida me arrojaron
con estrella tan pérfida, y el grito
que me arrancó el nacer en mí no ahogaron!

MARÍA. ¡Qué! ¿no hay, Alejo, a vuestro mal remedio?
el tiempo...

ALEJO. ¿Qué decís?

MARÍA. Todo lo muda.

ALEJO. ¡Oh! si entre muerte y vida hay algún medio,
tenéis razón; lo encontraré sin duda.

MARÍA. En otro amor tal vez...

ALEJO. Antes la muerte.

MARÍA. ¿Todo ha de ser a consolarle en vano?

ALEJO. ¡Imposible!, ¡imposible!

MARÍA. De otra suerte
aún me podéis amar: como un hermano.

ALEJO. ¡Oh santo amor! pero también, María,
de ese cariño el desencanto lloro;
la que hermana llamé, profanó impía
de mis mayores el mejor tesoro.
Una vendió mi amor y otra mi nombre.
¿Qué cariño, qué fe, qué confianza
merece una mujer? ¡Necio es el hombre
que en ellas pone afectos y esperanza!

MARÍA. Escuchad: cuando, niños, nos amamos,
nunca en nuestro inocente desatino
los ocultos misterios indagamos
que pudiera encerrar nuestro destino.
A vuestros ojos, yo, pobre villana
era no más.

ALEJO. Y yo, mintiendo el traje,
con mengua de mi estirpe soberana,
te oculté el esplendor de mi linaje.
—¿A qué, entonces, turbar nuestra ventura?

MARÍA. ¿A qué daros entonces tal sorpresa?

ALEJO. Compite con el sol mi raza pura.

MARÍA. Y yo soy... de los búlgaros princesa.

ALEJO. ¡Señora! ¡vos!

MARÍA. Ya veis si era insensata
vuestra afición.

ALEJO. Es cierto: ¡un imposible
ha perseguido mi fortuna ingrata!
Tras de tanto esperar ¡esto es posible!

MARÍA. Basta.

ALEJO. Sí, ya lo sé; la noble esposa
del valiente Rogerio, no es ya aquella
tierna y sencilla joven que amorosa
mi cariño escuchó.

MARÍA. No; ya no es ella.
—Y basta ya.

ALEJO. Vuestra elección, señora,
ennoblece mi amor: llamadme hermano
para que pueda serlo desde ahora
del que es dueño feliz de vuestra mano.

MARÍA. ¡Qué! ¿tanto le queréis?

ALEJO. ¡Me dió la vida!
héroe le admiro y le venero pío.

MARÍA. ¡Cómo os escucho, Alejo, agradecida!

—¡Amémosle los dos, hermano mío!

ALEJO. ¡Gracias!

MARÍA. Y si traidor alguno piensa
su sangre derramar...

ALEJO. Como un precepto
contemplaré morir en su defensa:
lo juro a vuestros pies.

(*Hincando una rodilla.*)

MARÍA. Y yo lo acepto.

ESCENA IX

DICHOS *e* IRENE.

IRENE. ¡Señora!

MARÍA. ¡Irene!

IRENE. (No fué
insensata presunción.)
Perdonad mi indiscreción.

MARÍA. ¡Indiscreción! ¿y por qué?

IRENE. Dígalo vuestra mejilla
y el rubor que en ella noto.
Sólo de amante o devoto
dobla el hombre la rodilla.

MARÍA. ¿Qué queréis decirme?

IRENE. ¿Qué? (*Con ironía.*)

MARÍA. Mi propia opinión me escuda.

IRENE. En que sois bella, no hay duda:
¿sois santa? yo no lo sé.

MARÍA. ¡Irene! (*Con altivez.*)

ALEJO. ¿Cómo, imprudente,
cómo a tan alta señora
te atreves?...

MARÍA. Como es ahora
dueña de Grecia esta gente,

no extrañéis tales ultrajes
ni que insulte mi nobleza;
todo cabe en la rudeza
de esas comarcas salvajes,
donde entre hielos prolijos,
impropios de humanos seres,
viven pueblos mercaderes
de la sangre de sus hijos.
Gentes son que nuestra tierra
deshonran; plantas extrañas
que ha arrancado a sus montañas
la convulsión de la guerra.

IRENE. Yo os confieso que es verdad:
pobres somos; maltratados
del cielo, y no acostumbrados
al ocio y la vanidad.
Y aunque encierra multitud
de altos hechos nuestra historia,
no queremos otra gloria
que la que da la virtud.
Idólatras del honor,
sin orgullosos alardes,
vendemos a los cobardes
nuestro indomable valor.

MARÍA. ¡Basta, Irene! Si indolente
Miguel, que yo no lo hiciera,
los desafueros tolera
de vuestra raza insolente;
si ciego y débil inmola
su patria a esa tiranía,
yo no soy desde este día
griega, ¡no!, soy española.
Aquí la noble altivez
de mi nueva patria siento

y desmanes no consiento;
sabedlo para otra vez. (*Vase.*)

ESCENA X

IRENE, ALEJO.

IRENE. ¡Airada va!
ALEJO. Y con razón:
la has agraviado.
IRENE. ¡Que necio
orgullo! ¡con qué desprecio,
con qué altiva presunción
ha insultado a nuestra raza!
ALEJO. ¡Oh! ¡no! el enojo la ciega.
IRENE. Yo he de vengarme en la griega
de su insolente amenaza.
ALEJO. ¿Tú? ¡qué dices! no harás tal.
IRENE. ¿No?
ALEJO. ¡No! o desde este momento
cambio en aborrecimiento
mi cariño fraternal.
IRENE. ¡Cuánto la amas!
ALEJO. ¡No lo digas!
IRENE. ¿Verdad?
ALEJO. Sí, y harto lo lloro;
amarla es poco, la adoro,
ya que a decirlo me obligas.
Pero con tan negra suerte,
que si en mi pecho cupiera
una esperanza, supiera
ahogarla yo con mi muerte.
IRENE. Y ¡amas!
ALEJO. Pese a tu ironía,
sí; mas también la venero.

IRENE. ¡Pobre amante!
ALEJO. Más la quiero
inocente que no mía.
—Déjame que en su pureza
crea.
IRENE. Tú la diste, aún niño,
todo el ardiente cariño
del hombre que a amar empieza.
ALEJO. ¡Es cierto!
IRENE. Y ya en otros lazos
olvida el amor primero.
ALEJO. Sí; pero al hombre venero
que la recibió en sus brazos.
IRENE. ¿Qué afecto es el tuyo, dí,
que ni aun con celos te inflama?
¡Ay, si ardieras en la llama
que está abrasándome aquí!
ALEJO. ¡Tú!...
IRENE. No des a tus desvelos
de amor el impropio nombre:
tú, Alejo, tú, que eres hombre,
no sabes... ni aun tener celos!

ESCENA XI

DICHOS *y* GIRCÓN, *por el fondo.*

ALEJO. ¡Mi padre!
IRENE. ¿Por qué has mudado
de color?
ALEJO. Irene, calla.
IRENE. ¿Qué es eso, padre? ¿Cuál es
de esa indignación la causa?
¿con quién tenéis el enojo?
¿es conmigo?

GIRCÓN. ¿Con quién hablas?
IRENE. Con mi hermano y vuestro hijo;
¿no le veis? ¡es cosa extraña!
GIRCÓN. ¡Mi hijo! yo no tengo ya
hijos: si miente su cara,
no miente mi corazón,
que enojado le rechaza.
ALEJO. ¡Basta, padre mío!
GIRCÓN. ¡Vete,
infeliz!
IRENE. ¡Señor! ¡ya basta!
ALEJO. No le ruegues: inflexible
como mi suerte inhumana,
ni mi razón le convence
ni mis súplicas le ablandan.
IRENE. Pero ¿qué motiva, padre,
tal rigor? ¿en qué os agravia
Alejo?
GIRCÓN. ¡Nunca volviera
para deshonrar mis canas!
¿No lo ves? de nuestros padres
olvidando la ley santa,
sigue enemigos pendones
y esgrime extranjeras armas.
ALEJO. El honor lo quiere.
GIRCÓN. Y dime:
¿si entre esa infame canalla,
¡óyeme y tiembla!, estuviera
el que deshonró a tu hermana?
ALEJO. ¿Qué decís, padre? ¡Dios justo!
—¿Qué dudáis? una palabra
pronunciad: ¡su nombre!
GIRCÓN. (¡Cómo
esa indignación me agrada!)

—¿Y si es grande?...
ALEJO. ¿Qué me importa?
GIRCÓN. ¿Y si es poderoso y manda?
ALEJO. ¿Será inmortal? pues si puede
morir, con eso me basta.
IRENE. (¡Padre! ¿qué hacéis? ¡arriesgar
su vida!...) (*Ap. a Gircón.*)
ALEJO. ¿Por qué no acaba?
¡Su nombre!
GIRCÓN. ¿Y nos vengarás?
ALEJO. La duda sola me agravia.
GIRCÓN. Necesito oírlo. —Escucha:
y si yo te digo "¡mata!",
¿matarás?
ALEJO. ¿Pues qué he buscado
seis años con vivas ansias?
Quien tanto tiempo ha sufrido
de la fortuna contraria
los reveses, renunciando
hasta al calor de su casa;
quien sufrió desnudez, hambre,
con firme, con obstinada
resolución, ¿qué podía
buscar sino una venganza?
GIRCÓN. Así te quiero.
ALEJO. Decid;
¿quién es ese hombre?
GIRCÓN. Mañana.
ALEJO. Es tarde.
GIRCÓN. ¿No has aguardado
seis años?
ALEJO. Sin esperanza,
sí; pero con ella son
las horas mucho más largas.

GIRCÓN. Ahora no es posible: sufre
entre tanto; sufre y calla.
ALEJO. ¿Mas morirá?
GIRCÓN. Si no tiembla
tu mano.
ALEJO. Tal vez airada
temblará; mas cuando sienta
el acero en sus entrañas...
GIRCÓN. A ese precio, te perdono;
¡ven a mis brazos! descansa (*Abrazándole.*)
en ellos, y cobra aliento:
se cumplirá tu esperanza.
ALEJO. ¡Oh, cómo mi corazón
se reanima! ¡gracias!, ¡gracias!
GIRCÓN. Mi sangre en tí reconozco;
hijo de una noble patria!
ALEJO. Pero ¿cómo habéis entrado
hasta aquí?
GIRCÓN. En la confianza
de verte, de reducirte
al deber, que ya olvidabas.
Ahora que en tus ojos veo
ese ardor, no importa nada
que lo sepas, ¡hijo mío!
tu ingratitud me mataba.
ALEJO. ¡Perdón!
GIRCÓN. ¡Perdonado quedas!
IRENE. ¡El emperador!
GIRCÓN. ¡Aparta!
déjanos: que ignore siempre
que hay un hombre de mi raza
entre esos hombres.
ALEJO. Sí; os dejo.
(Te vengaré, pobre hermana.)

(Vase por la derecha: inmediatamente después sale Miguel por el fondo con algún séquito, que se quedará del lado afuera de la misma puerta.)

ESCENA XII

MIGUEL, IRENE, GIRCÓN.

MIGUEL. ¿Qué me han dicho? tus soldados
¿no han de contener su audacia
ni a las puertas de mi corte?
GIRCÓN. ¡Mis soldados! pues ¿qué pasa?
MIGUEL. Esta noche han asaltado
cobardemente a una dama:
a mi prima.
GIRCÓN. Yo os prometo
indagar...
MIGUEL. Está enojada.
GIRCÓN. Haré un ejemplar castigo;
tanto, que la satisfaga.
MIGUEL. Sí, no quiero que os acusen
de la conducta inhumana
que a esos hombres, cuando estoy
decidido a castigarla.
GIRCÓN. ¿Y cómo? los catalanes
esperan entrar mañana
en la ciudad.
MIGUEL. No entrarán.
GIRCÓN. Mas tienen vuestra palabra.
MIGUEL. Ellos mismos la han de hacer
ineficaz.
GIRCÓN. ¿Por qué causa?
MIGUEL. No estamos solos.
GIRCÓN. No importa.

IRENE. Las hijas de mis montañas
de los padres heredamos
el duro temple del alma.
Odiamos lo que ellos odian,
amamos lo que ellos aman,
y despreciando el peligro
presenciamos sus batallas.

MIGUEL. Pues bien: diestros emisarios
entre los francos propagan
el descontento, moviendo
temor y desconfianza.

GIRCÓN. Pero Roger...

MIGUEL. Será el blanco
de su enojo.

GIRCÓN. Y si no basta...

MIGUEL. Bastará si en imprudente
sedición el campo estalla.
Roger irá a contenerla...

GIRCÓN. Mas si del peligro escapa...

MIGUEL. Habrá ocasión para hacerlos
alejar de estas murallas.

GIRCÓN. ¿Y Roger?

MIGUEL. Se queda.

GIRCÓN. ¿Cómo?

MIGUEL. Doy un banquete en mi alcázar
al héroe: en él hablaremos
de la próxima campaña.
—Se evita así la presencia
enojosa de las damas.
—¿Vas comprendiendo? —Se toma
ocasión de una palabra,
de un gesto: él es temerario...
y lo encomiendo a tu espada.

GIRCÓN. Otra mano más segura

le herirá: la mía flaca
puede errar el golpe.
MIGUEL. Tú
disponlo.
IRENE. (¡Que Dios le valga!)
MIGUEL. Mas por si acaso advertido,
interrumpiendo su marcha
revolviera el catalán
contra nosotros sus armas,
envié a Melich un hombre.
GIRCÓN. ¿Para qué?
MIGUEL. Para que traiga
sus turcomanos [3].
IRENE. (¡Cobarde!)
MIGUEL. Y la cabeza cortada
de esa falange, será
ya fácil exterminarla.
Mas temo que el mensajero
no ha llegado, por desgracia
o traición, a su destino.
GIRCÓN. Tal vez.
MIGUEL. Lo cierto es que tarda.
GIRCÓN. Y ¿qué queréis?
MIGUEL. Necesito
un hombre de confianza
que esta orden lleve.
IRENE. (Si llega.)
GIRCÓN. Lo tendréis.
MIGUEL. De eso te encarga.
(*Entregándole un pergamino arrollado.*)
GIRCÓN. Mas si por cualquier desdicha
el aviso no llegara...
MIGUEL. En ese caso, tendremos
que dilatar la venganza.

GIRCÓN. ¿Qué teméis?
MIGUEL. Todo lo temo.
Es valiente y temeraria
esa nación.
IRENE. En efecto,
quien quiere acertar, aguarda.
GIRCÓN. Sea.
MIGUEL. Calma tu impaciencia.
GIRCÓN. Con rencor, ¿quién tiene calma?

ESCENA XIII

DICHOS, MARÍA y ROGER *por la izquierda. Miguel se adelanta hacia ellos, y tomando la mano a María, la trae hacia el proscenio.*

MIGUEL. Ven, prima: en este momento
a Gircón he reprendido...
MARÍA. (¡Irene!)
GIRCÓN. A no haber salido,
señora, del campamento,
mi respeto o mi valor
os hubieran evitado...
MARÍA. Ya lo hizo un bravo soldado.
GIRCÓN. Usurpándome ese honor.
MIGUEL. ¡Y no me habéis dicho nada (*A Roger.*)
de esa acción escandalosa!
ROGER. Los agravios a mi esposa
los venga sólo mi espada.
MARÍA. No harás tal.
ROGER. Los que atrevidos
osaron con mano aleve...
MARÍA. El verdugo es el que debe
entenderse con bandidos.
GIRCÓN. En mi gente es maravilla

tal infamia.
MARÍA. ¿Desde cuándo?
GIRCÓN. Os juro que está asomando
el rubor a mi mejilla.
Mas yo sabré escarmentar
con rigor a mis alanos.
MARÍA. ¿Cómo?
GIRCÓN. Matando villanos.
ROGER. Muchos tenéis que matar.
GIRCÓN. Si han cometido ese ultraje,
que yo con rubor contemplo,
los vuestros dan el ejemplo
entregándose al pillaje.
De ellos toman tales mañas.
ROGER. ¿Mis soldados de Aragón
asesinos?
GIRCÓN. Esas son
sus más heroicas hazañas.
ROGER. ¡Ellos, dechado, crisoles
de honor!
GIRCÓN. Y de cobardía.
MIGUEL. ¡Basta!
ROGER. ¡No, por vida mía!
¡Cobardes mis españoles!
MIGUEL. Callad.
ROGER. ¡No, señor! No puedo.
Cuando ese punto se toca
toda mi paciencia es poca.
—¿Quién negará su denuedo?
¡El valor! ¡si esta es la joya
que mejor los engrandece!
y esta campaña oscurece
las maravillas de Troya.
MARÍA. Cierto, y con razón te quejas.

ROGER. ¡Oh, cómo estáis olvidados
de que os hallé acorralados
como asustadas ovejas!
GIRCÓN. Nadie domó nuestros cuellos.
ROGER. ¡De ira el corazón me late!
—¿Y cuándo, y en qué combate
hicisteis lo que hacen ellos?
Ya sospecho cuándo ha sido.
—Un día de su muralla,
en son de buscar batalla
os vi salir de Melido.
Mas tuvo el turco piedad
de esas turbas espantadas,
y a palos más que a lanzadas
os corrió hasta la ciudad.
MIGUEL. Eran uno para tres.
ROGER. ¿Qué importa? no es ese el cuento:
yo con uno para ciento
los he vencido después.
—¿Y el recurso de morir?
Cuando está determinado
hasta ese extremo un soldado,
¿quién le puede hacer huír?
Pero amáis tanto la vida,
que sembrasteis las llanuras,
no de sangre, de armaduras
que arrojasteis en la huída,
y en vergonzoso tropel
volvisteis a vuestro encierro.
—¿Para qué vestirán hierro
los que no pueden con él?
mejor les convienen faldas.
Mas no hay turco, ¡vive Cristo!
que se alabe de que ha visto

a un español las espaldas.
MIGUEL. ¡Basta, digo!
GIRCÓN. ¡No, señor!
dejadle, y si nos afrenta,
¿qué importa? así se alimenta
y crece nuestro rencor.
(*Mirando con intención a Roger.*)
MARÍA. ¡Rencor decís! ¿y por qué?
¿hay causa?
GIRCÓN. Yo os la diría,
mas no es posible; algún día,
señora..., tal vez podré.
ROGER. ¡Gircón! ved lo que decís. (*Ap. a Gircón.*)
MIGUEL. Si alguna vez averiguo...
GIRCÓN. El odio nuestro es antiguo,
más de lo que presumís.
MIGUEL. ¡Gircón! ¿debo recordaros
que de mi imperio es Roger
César?
GIRCÓN. No, no es menester,
señor, ¿para qué cansaros?
Mas cuando vine a esta tierra
en tiempo más peligroso,
y abandoné mi reposo
por lidiar en esta guerra,
pleito homenaje presté
a vuestro padre, y ¡él sabe
si guardé hasta donde cabe
la más acendrada fe!
mas no ofrecí respetar,
ni yo mi orgullo esclavizo,
a un oscuro advenedizo
que ni aun me puede igualar.
ROGER. ¡Desdichado!

GIRCÓN. ¿Dónde empieza
su nobleza?
MARÍA. En su renombre,
en sus hechos; para el hombre
esta es la mejor nobleza.
Y por si le es necesaria
la heredada jerarquía,
la tiene por él María,
la princesa de Bulgaria.
GIRCÓN. Esa es su mejor victoria.
MARÍA. Antes pienso que si brillo
es por el noble caudillo
que me ha prestado su gloria.

ESCENA XIV

DICHOS, BERENGUER *y* ALEJO

BERENG. Señor, vuestra orden cumplí.
ALEJO. (¡Era ella! ¡deliro o sueño!)
ROGER. ¿Y qué?
BERENG. Puse en ello empeño,
y ¡es claro! lo conseguí.
ROGER. ¿Quién es?
BERENG. En callar se empeña;
pero...
ROGER. ¿No está satisfecho?...
BERENG. Tiene una herida en el pecho;
no puede ocultar la seña.
MIGUEL. ¿Qué es eso?
ALEJO. (¡Fortuna mía!)
ROGER. En vano he solicitado
hasta ahora hallar al soldado,
al defensor de María,
y así ordené al capitán

Berenguer que en el instante
le buscase.
MARÍA. Es arrogante
con extremo el catalán.
BEREN. Esta noche no faltó
del campo otro alguno.
ROGER. Di
su nombre.
BERENG. Miradle allí. (*Señala a Alejo.*)
GIRCÓN. (¡Alejo!)
ROGER. ¿Tú eres?
ALEJO. Sí: yo.
Mas ¿qué singular proeza
fué aquella para que asombre?
¿No es obligación del hombre
proteger a la belleza?
ROGER. Señor, es su condición
más de lo que aquí parece.
MIGUEL. Tu acción es tal que merece
de mi mano un galardón,
y yo a pagarte obligado
quedo, por tí y por quien soy.
ALEJO. Yo, señor, de todo estoy
muy largamente pagado.
MIGUEL. ¿Cómo?... (*Con admiración.*)
IRENE. Dice bien, señor;
no nos robéis nuestros fueros.
Villanos y caballeros
prefieren otro favor:
y dama tan noble y bella,
harto pagará esa hazaña
si un lienzo suyo restaña
la sangre que dió por ella.
MARÍA. (¿Qué dice!)

ALEJO. (¡Me ahoga la ira!)
MARÍA. (¡Gran Dios!)
MIGUEL. Dice bien Irene:
quien tanta nobleza tiene
a recompensas no aspira.
ALEJO. Pagué una deuda sagrada. (*A María.*)
MARÍA. (¡A mirarle no me atrevo!)
ALEJO. Yo la vida también debo
de vuestro esposo a la espada.
ROGER. No, Alejo; engañado estás
en eso; tuya es la palma;
yo te debo vida y alma,
(*Mirando con amor a María.*)
y tú la vida no más.
MARÍA. (¡Qué noble y qué generoso!)
ALEJO. Basta, señor. (*Confuso.*)
MIGUEL. Es verdad.
—Adiós, prima, y descansad;
necesitáis de reposo.
—Soldado, en obligación (*A Alejo.*)
quedo.
ALEJO. ¡Inútil ha de ser!
MARÍA. (¡Santo Dios! ¡Esta mujer
ha de ser mi perdición!)
(*Se retira el emperador por el fondo, seguido de Gircón, Irene y Berenguer.*)

ESCENA XV

MARÍA, ROGER, ALEJO *en el fondo.*

ROGER. ¿María?
MARÍA. ¿Qué, señor?
ROGER. Alza tu frente.
No sé por qué, pero intranquila quedas.

MARÍA. Es cierto: las palabras de ese hombre
en mis oídos temerosas suenan.
¿Qué motiva sus iras? ¿de qué nace
su implacable rencor? ¿hay quien se atreva
a negar tu virtud? ¡mas no te odiara
Gircón, si como yo te conociera!
(*Alejo desde este momento presta cuidadosa atención al diálogo, avanzando de cuando en cuando hacia el proscenio.*)
ROGER. Injusto es su rencor.
MARÍA. ¿Pero qué dijo?
Antiguo el odio es ya... ¿no lo recuerdas?
ROGER. Y es la verdad; escucha. Guarda el paso,
(*A Alejo.*)
Alejo.
ALEJO. Descuidad; estaré alerta.
(*Con intención. Roger y María se sientan junto al proscenio a la izquierda del actor.*)
ROGER. Oye.
ALEJO. (¿Qué va a decir?)
ROGER. Cuando a la orilla
de la antigua Bizancio, en son de guerra
arribaron las huestes catalanas
llamadas del imperio a la defensa,
ya era la vez segunda que pisaba
su caudillo feliz tu noble tierra.
Años antes, salvando la estrechura
del Bósforo de Tracia, una galera,
que ostentaba la cruz de los Templarios,
en vuestras playas amainó sus velas.
Era el famoso *Halcón,* hermosa nave
a la par invencible que ligera,
orgullo del mancebo que en su espalda
desafiaba al mar y a las tormentas.

Ese mancebo, que a sus pocos años
azote ya de los infieles era,
osado y con fortuna, sonreía
a sus sueños de gloria y de grandeza.
La gloria, los peligros, el sangriento
destrozado botín de la pelea,
estos fueron los únicos placeres
de su fogosa juventud inquieta.
Pero llegó un momento en que, buscando
con instintivo afán venturas nuevas,
sintió en su corazón esa imperiosa
necesidad de amar que al hombre aqueja.
Bajo este influjo ardiente, ante sus ojos
vió un día aparecer cándida y bella
una mujer... ¡Perdona!

MARÍA. (Dios me preste
para escuchar mis celos fortaleza!)

ROGER. Ya lo dije, era hermosa, pero altiva:
vástago de esa raza masageta
de corazón fogoso, que ama y odia
con toda la intensión de su fiereza.
Y el osado marino, que arrostraba
del mar y de los cielos la inclemencia
y el horrible fragor de los combates
con alta frente y majestad serena,
tembló y palideció bajo la pura
mirada de la tímida doncella,
y hervir sintió en su pecho impetuoso
de aquel amor la sensación primera.

ALEJO. (¡Dios sostenga mi mano!)

ROGER. Llegó un día
en que la joven escuchó sus quejas,
y al contagio fatal de su cariño
facilitó del corazón las sendas.

Amó y amada fué; mas de tal suerte,
con tanta ceguedad, que pronto en ella
hondo y devorador remordimiento
el lugar ocupó de su inocencia.
(*Desde este momento, María, que ha notado la emoción de Alejo, le mira repetidas veces con zozobra.*)

ALEJO. (¿Podré dudar?...)

ROGER. Pero el dichoso amante
pagar quiso a su vez tan alta prueba
de abnegación y amor, legitimando
de aquella unión la criminal cadena.
Una mañana, respirando gozo,
llamaban los culpables a la puerta
de solitaria ermita en que vivía
lejos del mundo oscuro anacoreta.
"¡Bendecidnos!", dijeron; "nuestra falta
a los ojos de Dios disculpa tenga;
nuestras manos unid en santo nudo
y esposos castos los amantes sean."

ALEJO. (¡Ah!) (*Respirando con alegría.*)

MARÍA. ¡Bien, Roger!
(*Mirando con satisfacción a Alejo.*)

ROGER. Nuestra pesada carga
fué desde entonces plácida y ligera,
y recobró su calma y su alegría
la que expiraba de terror y pena.

ALEJO. (¡Hermana mía!)

MARÍA. Di.

ROGER. Pero una noche,
pálido el rostro, respirando apenas,
hora tras hora la angustiada niña
la vuelta en vano de su esposo espera.
Pasa otra noche y otra, y en su estancia

con afán palpitante escucha y tiembla
si algún rumor que engaña su deseo
hasta el rincón donde suspira llega.
Desusado clamor, horribles gritos
escucha un día, y desalada y trémula
a averiguar la causa lastimosa
una fatal curiosidad la lleva.
Un hombre, un criminal, con tardo paso
al suplicio camina: fija en ella
torva sonrisa, y cae la desdichada
lanzando un grito de terror.

MARÍA. ¿Quién era?

ROGER. El mentido eremita, que ocultaba
bajo el inmune manto de la Iglesia
crímenes inauditos. —Margarita
de su esposo también tuvo sospechas.
—En fin, creyóse la infeliz burlada,
y del dolor vencida y de su afrenta,
cayó a las plantas de su padre anciano,
cubierto el rostro de mortal tristeza.

ALEJO. (¡No puedo más!)

ROGER. Mostrándole su seno
preparado a la muerte y sin defensa,
su amor le confesó, lloró su culpa,
y esperó resignada la sentencia.

MARÍA. El anciano, sin duda, como padre,
perdonó.

ROGER. ¡Perdonar! tanta flaqueza...
tan noble sentimiento, no es posible
que en esos negros corazones quepa.

MARÍA. Te engañas. (*Mirando a Alejo.*)

ROGER. ¡Ya verás! La pobre mártir
al arrostrar la indómita soberbia
de aquel padre feroz, tal vez creía

encontrar el perdón de su imprudencia.
MARÍA. ¿No fué así?
ROGER. ¡No, María! desoyendo
la voz de aquel dolor, sólo a su afrenta
prestó dócil oído, y a la ira
se abandonó su corazón de hiena.
La mano de su juez desapiadado
sintió la joven en el rostro impresa,
y fué lanzada de la tribu impía
como objeto de escándalo y vergüenza.
ALEJO. (¡Margarita!)
ROGER. Al hallarse de la noche
en medio de las lóbregas tinieblas
sola, la que vivía acompañada,
pobre, la que nadaba en la opulencia,
desfalleció sin duda su constancia,
y de la muerte acarició la idea.
Vió a sus pies de repente abalanzarse
del Bósforo las aguas turbulentas,
y al otro día a la cercana orilla
las turbias ondas la arrojaron muerta.
MARÍA. Y el hombre que causó su desventura...
ROGER. No la olvidó jamás: si en apariencia,
infiel, abandonarla parecía,
no fué su culpa, no; más de su estrella.
Su deber de soldado, la imperiosa
inexorable voz de la obediencia,
súbito de su lado le apartaron
sin poderla avisar; pero a su vuelta,
palpitando de amor y de esperanza,
de Margarita en la desierta reja
una vez y otra vez, ya con zozobra,
hizo sonar la acostumbrada seña.
Y allí sin duda le encontrara el día

con su dolor luchando, si una sierva,
confidente leal de sus amores,
de su inútil afán no le advirtiera.
Por ella la catástrofe espantosa
supo el triste mancebo; ardió en sus venas
insensato furor, y ante su cólera
atropelló de la mansión las puertas.
Enfrente allí del miserable anciano,
que devorando lágrimas acerbas
tal vez de su rigor se arrepentía,
mi esposa estaba en el sudario envuelta.
¡Terrible fué aquel trance! imprecaciones,
gritos, sollozos, amenazas fieras
resonaron allí! ¡cortejo horrible
que acompañaba a mi esperanza muerta!
(*Pausa.*)

MARÍA. ¿No es verdad que ante Dios de ese cariño
los tiernos lazos renovado hubieras
a no estorbarlo de su padre el crimen?

ROGER. Lo juro por mi honor.

MARÍA. ¡Pues bien! desecha
esa memoria amarga, y cuando tanto
tu corazón y tu dolor no puedan,
para el tirano autor de tu infortunio
todo el castigo de la culpa sea.

ALEJO. Perdonadme. (*Adelantándose.*)

ROGER. ¿Qué es eso?

ALEJO. Aún no ha acabado
la triste relación de esa tragedia;
yo la sé.

ROGER. ¡Tú! ¿es posible?

ALEJO. De un hermano
de la niña infeliz la historia queda.

ROGER. Y ese hermano...

ALEJO. Buscando al que juzgaba
infame burlador de su pureza,
por vengar a su pobre Margarita
seis largos años recorrió la tierra.
MARÍA. (¡Dios nos tenga piedad!)
ALEJO. Y allá en Italia,
¡ved qué grande es, señor, la Providencia!,
al hombre a quien solícito buscaba
debió la vida sin saber que él era.
ROGER. ¡Sigue, sigue!
ALEJO. Pero hoy que de sus ojos
arrancó la verdad la torpe venda,
temblando de emoción, le dice: "¡Hermano,
la que murió por ti, por ti me ruega!"
ROGER. ¡Hermano!
(Abriéndole los brazos, en los que se arroja Alejo.)
ALEJO. ¡Gracias, gracias! —¿Veis, señora,
cómo tuvo mi afán su recompensa?
Me ha llamado su hermano, y ese nombre
vale... toda la sangre de mis venas!

ESCENA XVI

DICHOS y GIRCÓN *por el fondo.*

GIRCÓN. ¿Roger?
MARÍA. (¿Aquí este hombre?)
GIRCÓN. Vuestro campo
alborotado está y en armas queda.
ROGER. ¿Eso es posible?
GIRCÓN. Gritos y amenazas
profieren, y hablan de romper las puertas.
Quiere el Emperador, y a eso me envía,
que refrenéis al punto su soberbia,

y alejéis de los muros de su corte
esa eterna ocasión de turbulencias.

ROGER. Hoy será obedecido.

GIRCÓN. Y si no bastan
vuestro influjo y valor, dado que fuera
necesario apelar a los extremos,
con mi brazo contad: mi gente es vuestra.

ROGER. Si mi voz, si mi nombre no bastare
para hacerlos entrar en la obediencia,
hoy moriré a sus manos.

MARÍA. ¡Sé prudente!

GIRCÓN. ¡Hijo mío! (*Acercándose a Alejo, ap.*)

ALEJO. ¿Señor?

GIRCÓN. La hora se acerca.

ALEJO. ¿La hora decís?

GIRCÓN. La de vengar tu agravio,
y de tu hermana y de tu padre afrentas.

ALEJO. Cuando se acerque el formidable instante
de dar a Dios la inevitable cuenta,
no me dirá: "¿Qué has hecho de tu herma-
como dijo a Caín. [no?",

GIRCÓN. Esa respuesta...
¡Alejo!

ALEJO. ¡Adiós, señor!

GIRCÓN. ¿Y Margarita?

ALEJO. Contra su matador no tengo fuerza.
(*Se aleja de su padre; éste queda sumergido en honda desesperación.*)

ESCENA XVII

DICHOS y BERENGUER.

BERENG. ¡Señor!

ROGER. Todo lo sé.

BEREN. Bien os lo dije;
no podía faltar. —Y hay una gresca,
como jamás he visto.
ROGER. Yo prometo
que han de pagarme cara la insolencia.
MARÍA. ¡Oh, no arriesgues tu vida, que es la mía!
ROGER. ¡Hola! ¡mis pajes!
(*Estos acuden y arman a Roger a la ligera.*)
MARÍA. Cubre tu cabeza
con el casco acerado; nada olvides.
—¿Llevas también tu cota milanesa?
ROGER. Llevo tu amor.
BERENG. (*Ap. a Roger.*) Por mí, los dejaría,
no mucho: hasta que al fin me concluyeran
con el último alano; es lo que piden,
y muerto el enemigo, no hay pendencia.
ROGER. ¡Basta! basta y seguidme. Adiós, María.
(*Abrazándola.*)
MARÍA. ¡Alejo, mi cariño os lo encomienda!
¡Velad por él, velad!
GIRCÓN. (¡Iras del cielo!)
ALEJO. ¡Su existencia, señora, es mi existencia!
(*Roger se va por el fondo, seguido de Berenguer, Alejo y pajes. María, que le ha acompañado hasta la puerta, se vuelve hacia Gircón, dirigiéndole una mirada de triunfo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

CATALINA, *asomada a la ventana*: MARÍA *sale por la izquierda.*

MARÍA. ¿No vino mi esposo?
CATAL. No;
mas tranquilizaos, señora.
MARÍA. ¡Qué! ¿nadie le ha visto?
CATAL. Ahora
un soldado que llegó
del campo, le dejó en él.
MARÍA. ¿Y dónde está ese soldado?
CATAL. Partió de nuevo, enviado
por vuestro primo Miguel.
MARÍA. ¿Cesó el motín?
CATAL. Aun no está
sosegado.
MARÍA. Quiera el cielo...
CATAL. Señora, y mucho recelo
que no se apague.
MARÍA. Quizá.
CATAL. Y hoy a su ardiente violencia
Andrinópolis llorara
su fin, si no lo estorbara
de Rogerio la presencia.

¡Con qué valor y denuedo
corrió a atajar los desmanes
de esos fieros catalanes!

MARÍA. Tranquilizarme no puedo.
—Y... ¡mira! ¡es una crueldad,
Catalina! ¡un desvarío!
es un pensamiento impío
que manda en mi voluntad.
Al escuchar los clamores
de esa gente, hallé en mi pecho
simpatía a su despecho
y disculpa a sus rencores.
—Esa falange guerrera,
esos campeones fieles
que han cubierto de laureles
nuestra arrollada bandera;
que han alzado con sus manos
de Grecia el hundido trono,
hoy blanco son del encono
de griegos, turcos y alanos.
—¿Por qué en fútiles alardes
gastan la potente saña?
—Triunfe por último España
de esa raza de cobardes.

CATAL. ¡Cómo! ¿renegáis del suelo
que os vió nacer?

MARÍA. Con razón;
altivo mi corazón
ha remontado su vuelo.
Esta Grecia, que la copa
de su ignominia hoy apura,
salvada por la bravura
del mejor pueblo de Europa,
al implorar su favor

con temerosa impaciencia,
no ha comprado su existencia
sino a precio de su honor.
Así, al aceptar los lazos
que al noble Roger me unieron,
con doble afecto se abrieron
a recibirle mis brazos:
pues mi altivo corazón,
que su dicha comprendía,
a un mismo tiempo sentía
cariño y admiración.
Y ¿cómo no darle amante
lo mejor de mis deseos,
a él, que entre tantos pigmeos
se me apareció gigante?

CATAL. ¿Y si, estallando el rencor
que inútilmente se oculta,
prendiese la guerra?

MARÍA. Abulta
el peligro tu temor;
mas si así fuera, el deber
mi conducta marcaría.

CATAL. Sois la princesa María.

MARÍA. Soy la esposa de Roger.
—Y hoy más que nunca aquí siento
arraigado este amor; hoy
que tan otra y feliz soy
que me hace daño el contento.

CATAL. ¿Es posible?

MARÍA. ¡Sí! ¡dichosa
como ninguna lo ha sido!

CATAL. ¿Pues qué?...

MARÍA. Dios ha bendecido
los deseos de la esposa[4].

CATAL. Decid...
MARÍA. La esperanza ardiente
que con desusado empeño
sobresaltaba mi sueño
y acariciaba mi mente;
ese infinito placer,
esa inefable alegría
que el Hacedor nos envía
al duplicar nuestro ser,
trocaron su expresión muda
y aquella indecisa calma
en voces que escucha el alma
sin el temor de la duda.
Y a esas voces, que en sereno
concierto para mí suenan,
de ardiente gozo se llenan
mi corazón y mi seno.
Siento en ellos alentar
una vida... y no es la mía!
siento impulsos de alegría,
con deseos de llorar.

ESCENA II

DICHAS y MIGUEL.

CATAL. El emperador.
MIGUEL. ¡María!
¿qué lágrimas, di, son esas?
MARÍA. ¿Yo lágrimas?
MIGUEL. Lo comprendo:
sin duda impaciente esperas
a tu esposo; por él temes.
MARÍA. ¡Temer por él! no lo creas.
MIGUEL. Furioso estaba el soldado,

y rotos de la obediencia
los lazos, puede atreverse...

MARÍA. Parece que lo deseas.

MIGUEL. ¡Quién! ¿yo, María? me ofendes.

MARÍA. ¿Mucho?

MIGUEL. (¡Si de mí sospecha!...)
¿Pues hay en el mundo, dime,
quien al noble Roger deba
mayores obligaciones?

MARÍA. Si lo negaras, mintieras.

MIGUEL. No: si es verdad que me irrita
de los francos la impaciencia,
sé también que de tu esposo
el prestigio los sujeta.
Roger es ya mi pariente,
y en la paz como en la guerra
hombre a quien nadie aventaja
en ánimo y en prudencia.

MARÍA. ¡Cierto! y ¡yo que te creía
su enemigo!

MIGUEL. Injusto fuera
si con agravios pagara
al que ha salvado a la Grecia.

MARÍA. ¡Bien, bien!

MIGUEL. Sin él, ¿qué sería
de esta generosa tierra?

MARÍA. Es verdad.

MIGUEL. Sin él, ya estaba
por el suelo mi diadema.

MARÍA. Bien dices, ¡oh!; y tú no sabes,
al par que me lisonjea,
¡cuánto me complace oír
que haces justicia a sus prendas!
Tan leal como valiente

es Roger.
MIGUEL. Bien le ponderas;
pero así le necesito
para acabar esta empresa.
MARÍA. Mañana parte.
MIGUEL. ¿Mañana
dices? ¿por qué esa impaciencia?
Los turcos, ya derrotados,
ni le combaten ni esperan,
y hay enemigos mayores...
MARÍA. ¡Qué escucho!
MIGUEL. Y que están más cerca.
MARÍA. ¿Qué quieres decir?
MIGUEL. Que ya
la intolerable soberbia
de esos alanos ha hallado
con el fin de mi paciencia.
MARÍA. Y con razón; ese pueblo,
de inclinaciones groseras,
es para tu imperio culto
un peligro y una afrenta.
MIGUEL. Es cierto, y por eso intento
que a sus montañas se vuelvan.
MARÍA. Bien, Miguel.
MIGUEL. Es ya preciso:
si no de grado, por fuerza.
MARÍA. Se volverán, yo lo fío;
¿pero cómo, si eso intentas,
dicen que a los catalanes
de nuestros muros alejas?
MIGUEL. No me comprendes, María.
Antes que el sol dé la vuelta,
al rayar la nueva aurora,
aquí entrarán de sorpresa;

y los turcomanos, fieles
aliados de la Grecia,
vendrán también.
MARÍA. Pues ¿qué temes?...
MIGUEL. No está demás la prudencia.
Quiero evitar que Andrinópolis
campo de batalla sea.
MARÍA. Tienes razón.
MIGUEL. Ya conoces
de ese Gircón la soberbia.
MARÍA. ¡Si yo pudiera explicarte
qué grave peso, qué pena
me quitas del corazón!
¿Hay ventura como esta?
—Perdóname.
MIGUEL. ¿Qué, María?
MARÍA. Dudaba de tu nobleza,
como si fuera posible
en ti... ¡vamos, qué demencia!
Desde hoy más estrecharemos
los lazos que nos acercan.
Dueño del mejor imperio
que se conoce en la tierra,
tú ensalzarás una estirpe
que el mundo juzgaba muerta.
Roger será el brazo armado
que sostendrá tu grandeza,
y extendiendo tus conquistas
hará por mi amor proezas.
Y yo, orgullosa por ser
de tal hombre compañera,
por tener la noble sangre
que también corre en tus venas,
diré a Dios, agradecida:

"Bendita tu Providencia!
ya parece que permites
la resurrección de Grecia."

ESCENA III

DICHOS *y* ALEJO *por el fondo.*

MIGUEL. ¿Quién es?
MARÍA. ¡Ah!
MIGUEL. Tu salvador.
ALEJO. Vuestro siervo.
MIGUEL. ¿Nos traes nuevas?
ALEJO. Mi señor os las envía
por mí.
MARÍA. Sin duda son buenas.
ALEJO. Marchando va al campo, y todo
tranquilo y sumiso queda.
MARÍA. ¿Y mi esposo?
ALEJO. Satisfecho
de su fácil obediencia,
me mandó a tranquilizaros,
en tanto que da la vuelta.
MARÍA. Ya lo ves, Miguel; ¿estás
satisfecho?
MIGUEL. De manera
que ha de saber hoy tu esposo
adónde mi afecto llega.
—Adiós, soldado, y advierte
a tu señor que le esperan
una esposa y un amigo,
ambos con mucha impaciencia.
(*Vase con María por la izquierda.*)

ESCENA IV

ALEJO, *luego* IRENE.

ALEJO. En cuanto a la esposa, digo
que fácilmente convengo;
que por lo demás, no tengo
la misma fe en el amigo.

IRENE. ¡Alejo! el cielo te envía.

ALEJO. ¿Qué?

IRENE. ¡Bendita su clemencia!
Dime, ¿estimas la existencia
de Roger?

ALEJO. Más que la mía.

IRENE. Pues no pierdas un momento.

ALEJO. Mas...

IRENE. De razones acorta.
Lo que quiero, lo que importa
es salvarle, y eso intento.

ALEJO. ¿Tú?

IRENE. Deja cálculos vanos.
—Escucha: un hombre ha salido
no ha mucho para Planido:
allí están los turcomanos.

ALEJO. Sigue, sigue.

IRENE. De Miguel
para Melich lleva un pliego:
este necesito; luego
verás su traición en él.

ALEJO. Pues ¿qué intenta?

IRENE. Asesinar
al que hoy estrecha en sus brazos:
preparando está los lazos
en que le pretende ahogar.

ALEJO. ¿A mi hermano!
IRENE. Sí.
ALEJO. ¿A Roger!
IRENE. Pero teme en este instante
no tener fuerza bastante
para afrontar su poder.
Ese temor, indeciso
le tiene, y es mi esperanza;
atajamos la venganza
mientras no llegue el aviso
ALEJO. ¡Irene! crimen tan feo...
IRENE. ¿Que le calumnio supones?
ALEJO. Eso no; en punto a traiciones,
todo de Miguel lo creo.
IRENE. Bien dices.
ALEJO. No es cosa nueva.
IRENE. ¿Vendrá el pliego?
ALEJO. ¿Lo has dudado?
aunque lo traiga manchado
con sangre del que lo lleva. (*Hace que se va.*)
—Mas..., ¡permite que me asombre!...
Di; ¿qué causa te ha impelido
a salvar...
IRENE. ¿No has conocido
que estoy amando a ese hombre?
ALEJO. ¿Tú?
IRENE. Yo: seis años de lucha
sufridos llevo hasta ahora,
de dolores que él ignora,
de suspiros que no escucha.
Yo en la pendiente fatal
de esta inclinación maldita,
rival fuí de Margarita
y de María rival.

ALEJO. Temo...
IRENE. ¿Qué? de mi fiereza
no esperes jamás el dolo;
pero ¡ay del que toque a un solo
cabello de su cabeza!
¡Sálvale, sí! ¿me lo ofreces?
triunfe esa mujer altiva;
no importa; pero que él viva
aunque yo muera mil veces.
ALEJO. ¡Desdichada!
IRENE. Entre los dos
quede este horrible secreto.
¿Lo prometes?
ALEJO. Lo prometo.
IRENE. Corre, Alejo.
ALEJO. Adiós. (*Vase.*)
IRENE. Adiós.

ESCENA V

IRENE, *sola.*

Escuchemos al deber.
Si amante y esperanzada
soñé con dichas ayer,
hoy nada me queda, nada,
sino llorar y ceder.
¡Ceder! mas ¿con qué derecho
mi rival aborrecida,
cuando de su fe sospecho,
querrá que me rasgue el pecho
para que tenga ella vida?
—¿Y qué sospecho? ¡afán loco!
pues ni me rindo a la duda
ni a la evidencia tampoco;

pero a mi clemencia invoco
y mi clemencia está muda!
¡Su amor correrá en bonanza,
y yo humillada a sus pies
completaré su venganza!
¡Imposible! esto ¿no es
renunciar a la esperanza?
¿Y cuándo? cuando la pide
la suerte opuestos deberes
y su familia divide.
¡Ay corazón! eso quieres
y eso esperas: que le olvide.
No trocará por la guerra
que va a asordar el espacio
y a ensangrentar esta tierra,
las seducciones que encierra
la vida de su palacio.
Es griega, y presuntüosa,
siente su origen altivo,
y antes princesa que esposa,
se envolverá desdeñosa
en el orgullo nativo.
—Pero además, ¿no sería
fácil también que, traïdora,
le engañase? ¡Di, María!
¿has salido vencedora
en la amorosa porfía?
¿Nunca en tu voz, en tu aliento,
el suspiro se ha mezclado
de algún torpe sentimiento?
¿no te mancha ni el pecado
liviano de un pensamiento?
Mas ¿no quiso en la niñez
a Alejo? pues ¿qué otro nombre

tiene esto, sino doblez?
—No ha debido amar ese hombre
a quien ya ha amado otra vez.
El merece por su brío,
por su nobleza infinita,
todo entero un albedrío
cual lo fué el de Margarita,
y en fin... como lo es el mío.

ESCENA VI

IRENE. ROGER *por el fondo.*

ROGER. ¡Irene!
IRENE. La misma soy.
Os buscaba.
ROGER. Y yo temía
hallaros...
IRENE. ¿Por qué? no es día
de reconvenciones hoy.
ROGER. Explicaos.
IRENE. No es tiempo ahora
de quejas.
ROGER. Yo no os entiendo.
IRENE. Sino de burlar huyendo
alguna intención traidora.
—Negro festejo os prepara
quien vuestra muerte desea:
huíd, Rogerio, no sea
que os salga el daño a la cara.
¡Huid, señor!
ROGER. Pero en fin...
IRENE. Quien os estima os lo advierte:
sentada estará la muerte
a la mesa del festín.

ROGER. ¡Irene!...
IRENE. ¿Dudáis quizá?
ROGER. Sí.
IRENE. Consúmese el delito.
ROGER. Una prueba necesito.
IRENE. La prueba no tardará.
ROGER. ¿Cuándo?...
IRENE. Va un soldado fiel
tras el hombre que la lleva.
ROGER. ¡Oh! si me dais esa prueba,
¡ay de Grecia! ¡ay de Miguel!
IRENE. ¿Aún tenéis desconfianza?...
ROGER. Mas ¿quién es de tal perfidia
capaz?
IRENE. El odio y la envidia:
¡ved qué terrible alianza!
Y... acaso porque así Dios
a castigaros comienza,
los vuestros tienen vergüenza
de vuestra cuna y de vos.
ROGER. ¿Vergüenza de mí? no quiero
ni imaginarlo.
IRENE. De fijo.
¡César del imperio, el hijo
de Ricardo el halconero!
—¿Sabéis por qué se os desprecia?
lo diré en una palabra:
porque ya el miedo no labra
en el corazón de Grecia.
Esta es la verdad, Roger,
de que mi afecto os avisa;
vuestro pecado es la prisa
que os habéis dado a vencer.
Miguel es vuestro enemigo;

¡perderos es su deseo!
burladlo, pues —aunque creo
que merecéis tal castigo—.
Romper el lazo fatal
en que vuestra unión reposa,
quiere; tenéis por esposa
mujer de sangre imperial.

ROGER. Y a salvarme de su insana
traición, ¿qué causa os incita?

IRENE. ¿No era yo de Margarita,
más que una amiga, una hermana?
Fuerza es que a su intercesión
este interés atribuya.
¡Oh, sí! una voz que es la suya
resuena en mi corazón.
"¡Sálvale —me dice—, o va
a morir!"

ROGER. ¡Mártir querida!

IRENE. ¡Sálvale! dale la vida,
aunque ofendiéndome está.

ROGER. ¿Yo la ofendo?

IRENE. Sin doblez,
¿quién hermana afectos tales?
los corazones leales
sólo quieren una vez.
Mas quien osó con malicia
la honra ajena amancillar,
¿qué es lo que puede esperar
del cielo, sino justicia?
A otra robasteis la calma,
y el alma partís en dos:
¿no pudiera ser que a vos
os dieran partida el alma?

ROGER. ¡Que! ¡mi esposa!...

IRENE. No iracundo
la acuséis.
ROGER. ¿Quién lo osaría?
IRENE. También vos para María
fuisteis el amor segundo.
ROGER. ¡Ah!
IRENE. Pero no tengáis celos;
harto luchando acrisola
su inocencia, quien se inmola
obedeciendo a los cielos.
ROGER. Corro a hablarla.
IRENE. ¡No! partid
al punto; pero sin ella:
no la pongais con su estrella
en desesperada lid.
Su origen no se concilia
con su deber: es princesa,
y hoy todo concierto cesa
entre vos y su familia;
y en la fortuna contraria,
no ayudará —no lo espero—
al hijo del halconero
la Princesa de Bulgaria.
ROGER. Pero ella no puede ser
cómplice...
IRENE. Ni yo lo digo:
vos lo veréis; no me obligo
ni a acusar ni a defender.
ROGER. Daislo a entender, y en María
no cabe tanta vileza.
IRENE. ¡No! ni en mi naturaleza
la torpe superchería.
Habladla: afecto más fiel
acaso en su pecho quepa,

y es posible que no sepa
los proyectos de Miguel;
y si ella os sigue, a pesar
de todo, decid que os ama;
decid que es tan noble dama
como podéis desear.

ESCENA VII

DICHOS *y* ALEJO, *agitado y con un pergamino en la mano.*

IRENE. ¡Alejo! (*Corriendo hacia él.*)
ALEJO. Aquí está: ¡dijiste
verdad! ¡era cierto, Irene!
aquí de una infamia viene,
hermano, la prueba triste.
IRENE. ¿Lo veis?
ALEJO. Al hombre alcancé:
negóse al soborno, al ruego;
reñimos, en fin, y el pliego
con la vida le arranqué.
—Vedlo: de intentos villanos
la prueba con él os doy.
Huíd, señor; ya por hoy
no vendrán los turcomanos.
Mas no perdáis un momento:
huíd de aquí.
ROGER. Sí, lo haré. (*Abatido.*)
ALEJO. De aquella colina al pié
está vuestro campamento.
De todo, secreto aviso
a vuestras gentes he dado;
inquieto queda el soldado
y todo el campo indeciso.

ROGER. (*Lee.*) "Para un proyecto que callo,
porque peligrara escrito,
buen Melich, te necesito
con tus hombres de a caballo.
Cuando todo esté en reposo,
ven; pero guarda el secreto,
que es importante el objeto
y el contrario poderoso."

IRENE. ¡Ya veis!...

ROGER. Dejadme los dos.

ALEJO. ¡Animo!

IRENE. ¡La prueba es ruda! (*Vanse.*)

ROGER. ¡Has sembrado aquí la duda!
¡No te lo perdone Dios! (*Mirando a Irene.*)

ESCENA VIII

ROGER, *que va a entrar por la izquierda, y* MARÍA, *que le sale al encuentro.*

MARÍA. ¡Roger!

ROGER. ¡María!

MARÍA. ¡Mi señor! ¡mi dueño!

ROGER. ¿Me estabas esperando?

MARÍA. Cuidadosa,
hasta verte salir del arduo empeño.
—Pero estás fatigado: ven, reposa.
(*Viendo que permanece inmóvil y sombrío.*)
—Mas... ¿por qué ese semblante rigoroso?
¡Tu silencio me asusta!
Dime: ¿por qué mi esposo
vuelve a mis brazos con la frente adusta?

ROGER. ¡María!

MARÍA. ¡Tú padeces!

ROGER. ¡Ay, María!

¡solo el prestigio de tu acento blando
puede calmar la angustia, la agonía
que está mi corazón despedazando!
No te busco princesa; cariñosa
amante, sí te quiero.

MARÍA. Pues bien; antes que nada soy tu esposa,
y es la obediencia mi deber primero.

ROGER. Y dime: si en el seno generoso
de tu imperial estirpe se abrigara
tal reptil venenoso
que vuestra propia sangre emponzoñara...

MARÍA. ¡Qué dices!

ROGER. Si con pérfida cautela
me tendiera Miguel cobardes lazos...

MARÍA. ¡Calla! ¡calla, Roger! antes recela
que son dogales mis amantes brazos.
¿Con qué razón atentará a tu vida?

ROGER. Envidioso tal vez de mi fortuna...

MARÍA. Respetos debe un príncipe a su cuna,
y obligaciones que jamás olvida.
¿Qué gana con tu muerte?
antes... ¡óyeme bien! antes espera
de tu espíritu noble y pecho fuerte
la gloria y salvación del Asia entera.
¡Calla, Roger! y ¡Dios no te demande
cuenta de tu culpable desatino!
Muy pequeño es Miguel, pero aún es grande
para ser ni cobarde ni asesino.
—¿Qué te obliga a dudar? dilo.

ROGER. (¡No me ama!)
—Un mensajero de fatales nuevas
puso en mis manos de la horrible trama
el indicio mejor.

MARÍA. Dame esas pruebas.

ROGER. A más de esos alanos
que son mis enemigos, de repente
llamados son aquí los turcomanos.
MARÍA. Es que de hoy más, o débil o indolente,
su fortuna Miguel pone en tus manos.
Amigos son; no temas su presencia:
en tu ayuda mi primo los convoca.
De Gircón y sus hordas la insolencia
es lo que teme y su rigor provoca.
El lustre antiguo volverá a su corte
y su esplendor... ¡verás como te engañas!
y esos salvajes que nos manda el Norte
empujados serán a sus montañas.
—¡Ya verás, ya verás!
ROGER. ¡Tan poco fía
de mi esfuerzo y poder! yo basto solo...
MARÍA. Por evitar azares...
ROGER. ¡No, María!
(¡No puedo ya dudar! ¡Cierto es el dolo!)
¿Crees?...
MARÍA. Que tu sospecha es ilusoria.
ROGER. Y si, a pesar de todo, prefiriera
huír de aquí?
MARÍA. Para salvar tu gloria
y evitar una mancha a tu memoria,
obedecerte acaso resistiera.
ROGER. Quien ama, desconfía.
MARÍA. Mas quien tiene
con su deber y con tu fama cuenta,
mirar debe por tí.
ROGER. (Bien dijo Irene.)
MARÍA. La fe ennoblece y la malicia afrenta.
(*Pausa.*)
ROGER. Dudé, esperé; pero la duda acaba.

—No temas que deberes te reclame.
—Mentira es la esperanza que abrigaba;
verdad la que juzgué sospecha infame.

MARÍA. ¿No deliras?

ROGER. Mas nada hay que me asombre.
Extranjero y soldado advenedizo,
de César y de amigo obtuvo un hombre
el título y el nombre;
¡nombre irrisorio y título postizo!

MARÍA. ¡Calla!

ROGER. No le bastó tanta grandeza
y tan excelso honor: tálamo augusto
quiso también y cándida belleza,
y olvidó de su cuna la bajeza.
¿Verdad, señora, que el castigo es justo?
Impuso un día de la Grecia al duelo
su firme voluntad; pero hoy, lanzado
el turco de este suelo,
¿quién necesita del audaz soldado?

MARÍA. ¡Mira que desvarías! ¡que me ofendes
y ofendes el honor del pueblo griego.
¿Qué has pensado de mí?

ROGER. ¿Qué?... que me vendes.

MARÍA. ¡Santa Madre de Dios!

ROGER. Que estaba ciego;
que en ese corazón doble y profundo
nunca arraigó mi amor! —¡Era segundo!

MARÍA. ¡Oh, vuelve en ti, Roger! ¿Quién extravía
de esa manera tu razón? advierte
lo que diciendo estás.

ROGER. ¡Calla, María!

MARÍA. ¿Tú dudas de mi fe? dame la muerte;
menos que ese baldón la sentiría.
—¡Amor se llama el inocente juego

que de nuestra existencia en los albores
remeda, sin turbar nuestro sosiego,
de ese afecto esperanzas y temores!
Yo pensaba también que amor tenía;
pero llegó el instante
en que el deber y la fortuna mía
me pusieron delante
al sol de la nobleza y bizarría!
Y se cubrió mi frente de sonrojos;
temblé con tus palabras lisonjeras,
y me miré en las niñas de tus ojos,
y me dije: "ahora sí que amo de veras!"

ROGER. ¡Oh, qué bien sabe el que en engaños trata
endulzar el veneno
y el cuchillo dorar con que nos mata!
Mirad su rostro cándido y sereno
y atreveos a decir que engaña y miente,
que es su semblante, de dulzura lleno,
la máscara falaz del delincuente!

MARÍA. Por ese Dios que mi inocencia mira,
te juro...

(*Arrodillándose en actitud de invocar a Dios.*)

ROGER. ¡Mientes y a tu Dios engañas!

MARÍA. ¡Por tu amor!... ¡por mi amor!

ROGER. Era mentira.

(*María se levanta radiante de orgullo y felicidad.*)

MARÍA. ¡Por el hijo que llevo en mis entrañas!

ROGER. ¡María! ¿es cierto? ¡y con sospecha loca
tu corazón aflijo!
—¡Una madre no miente cuando invoca
el nombre de su hijo!

MARÍA. ¡Dudar de mí cuando le quiero tanto!

ROGER. ¡No! ya no dudo; se cerró el abismo

que abierto ante mis pies me daba espanto.
Preso de tu palabra en el encanto,
tu noble indignación siento yo mismo.

MARÍA. Mas sin duda hubo causa...

ROGER. ¡No, ninguna!
¿Pudo haberla jamás para que osara
mi sospecha importuna
poner en duda tu inocencia clara?

MARÍA. ¿Quién te pudo inspirar?... mas ¡lo sospecho!
Una mujer inexorable, impía,
la duda y el temor sembró en tu pecho.

ROGER. ¡Es verdad, es verdad!

MARÍA. ¡Lo presumía!
Mas ¿por qué me aborrece?
¿será porque te quiero y soy tu esposa?
¡Mira, mira, Roger! ¡ahora parece
que soy yo la celosa!

ROGER. (¡Oh, qué rayo de luz!)

MARÍA. Sin duda es eso;
pero nada me importa, lo confieso.
Eres padre, Roger, y estás ahora
en el calor de mi cariño preso
y mi voz te seduce y te enamora.
¡Es imposible ya, fuera locura
querer arrebatarme mi ventura!

ROGER. Otro interés mayor...

MARÍA. O a todo precio
ponerte quiere en rebelión abierta
con el imperio.

ROGER. ¡Puede!

MARÍA. Y los alanos
hoy mirados con ira o menosprecio,
volverían a ser nuestros tiranos.

ROGER. ¡Sí, sí! bien dices.

MARÍA. Se apagó su estrella
ante la luz gloriosa de la tuya:
su muerte y su baldón miran en ella,
y acaso a sus rencores contribuya
vuestra antigua querella.
ROGER. Cierto; no digas más. —¿Ves qué sencilla
es la verdad?
MARÍA. Y nuestro error se empeña
en eclipsarla más cuanto más brilla!
ROGER. No solo esa mujer, sino un villano
a quien abrí mi corazón, y ciego
el nombre di de hermano...
MARÍA. ¿Alejo?
ROGER. El mismo me entregó este pliego.
MARÍA. El, que te guarda singular cariño;
él, que por ti se lanzará a la muerte
y hasta el amor que me juró de niño
por ti en respeto y sumisión convierte.
ROGER. ¡Es él!
MARÍA. Sí: mi enemiga le ha engañado;
¡no pensemos tan mal! me causa pena
creer que es un malvado...
ROGER. El que arrastró sumiso tu cadena.
MARÍA. ¿Por qué no? del amor en los extremos
se muestra siempre el corazón distinto,
y en la infancia tenemos
para querer y odiar claro el instinto.
ROGER. ¡No conoces al mundo!
MARÍA. ¡Triste ciencia
que los arranques generosos calma!
¡mal haya la experiencia
que moderando la expansión del alma
puede hacernos dudar de la inocencia!
ROGER. Escucha: más que en el recelo mío,

más que en mi corazón, en tu fe creo
A tu instinto leal mi vida fío:
esta es mi voluntad y tu deseo.
MARÍA. ¡Ah, Roger!
ROGER. Pero basta...
MARÍA. ¿Qué?
ROGER. Ya es hora
y no quiero que espere un solo instante
tu primo y mi señor. —¿Tiemblas?
MARÍA. Ahora
tu recelo no más tengo delante.
ROGER. ¿Sí?
MARÍA. Y a medida que el momento avanza,
no sé qué dudas...
ROGER. El temor desecha.
MARÍA. ¡Ha penetrado en mi alma tu sospecha!
ROGER. Y en la mía tu noble confianza.
—¡Adiós!
MARÍA. ¿Volverás pronto?
ROGER. ¿Estás llorosa?
MARÍA. Nada hay sin ti que a mi contento cuadre.
—Pero ¡ay! ¡que ofendo a Dios! ¡soy tan
Vete, y si tardas, hallará la esposa [dichosa!
consuelo en las delicias de la madre.
ROGER. Así te quiero. —¡Adiós! (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IX

MARÍA, *sola.*

MARÍA. ¡Partió! y si es cierto
que el corazón no engaña y que revela
sucesos por venir, ¿qué dice el mío?
¡Duda! ¡y la duda hiela
con punzador y penetrante frío!

ESCENA X

María. Alejo, *por la derecha.*

ALEJO. ¿Dónde está Roger? (*Agitado.*)
MARÍA. Mi esposo...
ALEJO. ¡Le tiene el emperador
a su mesa! ¡está perdido!
MARÍA. ¡No puedo creerlo, no!
¡Mentira! ¡mentira infame!
¡Quien ha merecido a Dios
una corona, no puede
cometer tan vil acción!
ALEJO. ¡No me cree! (*Desesperado.*)
MARÍA. Ya os lo he dicho.
ALEJO. No sufráis nunca el dolor
que me estáis causando.
MARÍA. Alejo,
ya lo veis; tranquila estoy.
(*Alejo se acerca a la ventana, adonde se dirige también María.*)
ALEJO. Venid; ¿veis? por todas partes
gente armada: en derredor
del palacio, triple muro
de hierro se levantó.
MARÍA. Es cierto. (*Con tranquilidad.*)
ALEJO. Los turcomanos,
obedientes a la voz
de los traidores, invaden
la ciudad en confusión.
MARÍA. ¿Qué importa?
ALEJO. ¡No me ha entendido!

ESCENA XI

DICHOS y BERENGUER.

MARÍA. ¿Quién viene?
ALEJO. ¡Llegad, Roudor!
convenced a la Princesa.
BERENG. ¿Vuestro esposo?...
ALEJO. Despreció
mi aviso.
BERENG. ¡Desventurado!
Por todas partes la voz
corre ya de que se intenta
aquí nuestra destrucción.
Los turcomanos anuncian
con alegría feroz
el cobarde asesinato.
MARÍA. ¿Quién lo oyó, Berenguer?
BERENG. Yo.
MARÍA. ¡Dios mío, me harán dudar
de mi propio corazón!
BERENG. Mire Grecia lo que intenta,
o por siglos, ¡juro a bríos!,
se acuerda de Cataluña
y sueña con Aragón.
MARÍA. ¿Cómo he podido fiarme
de Miguel? ¡qué necia soy!
¡si es imposible que tenga
ni entrañas, ni ley, ni Dios!
¡Infame! ¡y de qué manera
tan pérfida me engañó!
Mas yo corro...
BERENG. Ya no es tiempo
sino de vengarnos; voy
a dar el aviso de esta

indigna maquinación.
MARÍA. ¿Cómo?
BERENG. Como estamos ya
con recelo, se pensó
en una señal que diera
aviso de la traición.
MARÍA. ¿Y de qué modo?...
BERENG. En la torre
frontera del Salvador,
doce campanadas... —Corro.
MARÍA. Berenguer, todavía no.
A la sala del festín
voy; si tuvieran valor
para consumar el crimen
estando presente yo...,
¿veis esa ventana? está
frente a la torre.
BERENG. Una voz...
MARÍA. Aguardad: si en ella brilla
de una luz el resplandor,
es señal de que mi horrible
desgracia se consumó.
BERENG. Voy a esperar la señal.
(Vase por el fondo, derecha.)
MARÍA. Y yo a estorbar la ocasión.

ESCENA XII

ALEJO: *luego* GIRCÓN *por el fondo izquierda.*

ALEJO. Yo no puedo ni aun vengarle,
que adivino el matador.
—Mas si lograra María
con su llanto, con su voz,
con su hermosura, inspirar

a esos hombres compasión...
Jurara que allá en la sala
del festín... ¿me engaño? ¡no!
(*Acercándose a la puerta del fondo y aplicando el oído.*)
¡Oigo voces! ¿son de gozo,
de cólera, o de qué son?
—¡Mi padre! (*Viéndole salir.*) ¿Qué signi-
ese lejano rumor? [fica

GIRCÓN. Que está deshecho el encanto.
ALEJO. ¡El crimen se consumó!
GIRCÓN. Se consumó mi venganza;
ya está sin mancha mi honor.
Lo que tu acero no pudo
este mío lo acabó.
ALEJO. ¡Apartaos!
GIRCÓN. ¿Huyes de mí?
ALEJO. ¡Sí, padre! ¡Me dais horror!
MARÍA. (*Dentro.*) ¡Traición!
GIRCÓN. ¡Aquí la Princesa!
ALEJO. Huid.
MARÍA. (*Lo mismo.*) ¡Infame traición!
ALEJO. ¡Apartaos! Tened al menos
lástima de su dolor.
(*Gircón se retira adonde está la ventana.*)

ESCENA XIII

DICHOS *y* MARÍA, *que sale por la izquierda, pálida y dominada por el terror.*

ALEJO. ¡Ah!
MARÍA. Desoí tu consejo:
murió mi esposo y tu hermano.
¿Qué infame acero; qué mano

le ha herido? —¡Venganza, Alejo!
—No mata el mayor afán
ni el dolor, puesto que existo.
Alejo. ¡Desgraciada! ¿Le habéis visto?
María. Ni ese consuelo me dan.
Hallé las puertas cerradas;
sin embargo, a mis oídos
llegaron sordos gemidos
y lúgubres carcajadas.
De aquella sangrienta escena
la confusión se adivina.
"¡Muera la gente latina!"
es el grito que resuena.
Y luego, de terror presa,
oí un eco vago, incierto,
que decía: "¡ha muerto, ha muerto!
¡ay, desdichada Princesa!"
¡Quise entonces compartir
su suerte!
Alejo. (¡Pobre María!)
María. Yo, por mí... ¡yo moriría!
¡pero no debo morir!
—¡Ah, Grecia, Grecia! ¡hoy acaba
tu vida con esa vida!
¡serás de Dios maldecida!
¡serás miserable esclava!
Alejo. ¡Señora!
María. ¡Y querrás en vano
salir de tu infame abismo!
¿cómo podrás, si Dios mismo
te ha dejado de su mano?
Griegos, vestid los arneses,
que ahora empiezan los horrores.
¡Roger! nuestros vengadores

serán tus aragoneses.
ALEJO. Muerto Roger, ¿qué esperanza
nos queda ya?
MARÍA. Yo no cejo.
¡Qué! ¿no me entendéis, Alejo?
¡quiero venganza, venganza!
ALEJO. ¿De quién?
MARÍA. De su matador.
ALEJO. En él mi espada no corta.
MARÍA. ¡Es Gircón! —¡Pues bien, no importa!
A mí me sobra el valor.
(Coge la luz y se dirige a la ventana, donde descubre a Gircón, que retrocederá a medida que ella avanza.)
¿Gircón aquí?
GIRCÓN. (¿Qué pretende?)
MARÍA. ¡Sangre destila esa espada!
¡sangre veo en la mirada
con que mi cólera enciende!
No quiera Dios que el malvado
goce en su crimen.
(Avanzando hacia la ventana.)
ALEJO. ¡Señora!
(Llega María a la ventana y levanta la luz.)
GIRCÓN. ¿Qué es eso?
MARÍA. ¿Qué?
(Un momento de silencio: después se oye la campana del Salvador.)
¡Que la hora
del exterminio ha llegado!

ESCENA XIV

DICHOS *y el* EMPERADOR MIGUEL.

MIGUEL. Gircón, la venganza ofrece
a tu ira fácil camino.
¡Sorprende el campo latino!
la noche nos favorece.
MARÍA. ¿Sorprender? ¡Empresa vana!
MIGUEL. ¿Cómo?
MARÍA. Como saben ya
que la fe quebrada está.
¿Qué te dice esa campana?
Ese tañido veloz,
de mis iras mensajero,
va a despertar el acero
del almogávar feroz.
MIGUEL. ¿Cierto? esa señal extraña
anuncia...
MARÍA. ¡Pregunta necia!
¡anuncia el fin de la Grecia!
¡anuncia el rencor de España!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Interior de la ciudad de Apros, con muro al frente, de poca altura, y una plataforma anterior, a la que se sube por tres o cuatro gradas de piedra. A la derecha, en el fondo, y ocultándose en su mayor parte, el castillo que defiende la ciudad: a uno y otro lado del teatro, casas aisladas, que forman calles entre sí. Al levantarse el telón, estará Alejo subido en la plataforma y recostado sobre el muro. Perich de Naclara sale por la derecha recatándose, y se dirige hacia la plataforma. Es de noche.

ESCENA I

ALEJO, NACLARA.

ALEJO. ¿Quién va?
NACL. ¿Quién es?
ALEJO. El que oculta
la cara con tal misterio,
es traidor o es enemigo.
NACL. ¿Enemigo? hay algo de eso;
traidor, jamás.
ALEJO. Yo conozco...
—¡Perich de Naclara!
NACL. ¡Alejo!
ALEJO. ¿Tú aquí?
NACL. Con mayor razón
preguntártelo yo puedo,
que ha mucho que no te he visto
por allá. ¿Estás prisionero?

dímelo y te llevaré.
—Está cerca el campamento.
ALEJO. Ya sabes que no he nacido
español; cumplí mi empeño
y abandoné tus banderas.
NACL. ¡Ah, ya! pero no eres griego.
ALEJO. No.
NACL. En ese caso, aunque seas
genovés... te lo consiento.
ALEJO. Pero ¿cómo habéis podido
quedaros en este suelo
enemigo?
NACL. Aunque quisiera
alguno, que no queremos,
no hay retirada posible,
sino morir como buenos.
ALEJO. Por mar...
NACL. Echamos a fondo
las galeras desde luego,
que fué decisión honrada.
Y a no subirnos al cielo,
o arrojarnos a la mar,
o descender al infierno,
no hay sino morir matando
hasta soltar el pellejo[5].
Y lo daremos con gusto;
mas por esta vez no hay miedo,
que son pocos y cobardes.
ALEJO. ¿Pocos, dices?
NACL. Ya lo creo.
ALEJO. Doce mil hombres.
NACL. ¿No más?
Nosotros, tres mil, o menos.
Pero es tan grande el pavor

que les ha entrado en el cuerpo,
que con sólo oír el grito
de ¡Aragón! ya están corriendo.
ALEJO. ¿Y a qué has venido?
NACL. A matar
a un hombre; a explorar el pueblo
y el número de soldados.
ALEJO. ¿Y qué has visto?
NACL. Mucho y bueno.
En primer lugar, está
el emperador con ellos,
lo cual ha de estimular
el apetito a los nuestros.
Sé también que no han llegado
todas las tropas; el grueso
está a tres leguas de aquí.
—¡Tres leguas, ya ves!
ALEJO. No es lejos,
y en breve...
NACL. Yo te aseguro
que no les daremos tiempo.
ALEJO. ¿Y qué más has visto?
NACL. He visto
que es fácil ganar el cerro
donde está el castillo: un paso
he hallado...
ALEJO. ¡Perich, lo siento!
pero has visto demasiado
para no quedarte ciego.
NACL. ¿Es chanza?
ALEJO. No, por desdicha.
NACL. ¿Me quieres explicar eso?
ALEJO. Soy tu enemigo.
NACL. ¿Enemigo?

¿pues no me has dicho?...

ALEJO. Y no miento:
soy alano.

NACL. ¿Si? pues voy (*Desenvainando.*)
a matarte como a un perro.

ALEJO. ¡No sabes cuánto me duele
reñir contigo! (*Lo mismo.*)

NACL. ¡Lo creo!
yo también lo siento mucho;
pero es preciso, y a ello.
(*Hacen ademán de arremeterse.*)

ALEJO. Espera.

NACL. ¿Qué quieres?

ALEJO. Dime:
la princesa, ¿qué se ha hecho?

NACL. ¿Quién? ¿la princesa María?
no debe de andar muy lejos.

ALEJO. ¡Di!

NACL. No sé; mas no hay jornada
que no presencie, ni incendio,
ni acción... —¡Parece que huele
la sangre como los cuervos!
Y al verla llevar el luto
por el que fué nuestro dueño,
se enciende en los corazones
de la venganza el deseo.
Y no faltará; ¡imposible!
hoy es el día supremo
de la expiación. Aún no habrá
rayado el sol en el cielo,
cuando poblará los aires
el cántico de San Pedro,
y esos campos espantados
oirán el "*¡Despierta, hierro!*"

¡Gran día va a ser!
ALEJO. Perich,
lo malo es que no has de verlo.
NACL. ¿Cómo? ¡Ah, ya! ¡pobre muchacho!
Lo peor es que en dos credos
voy a despachar tu asunto.
—¿Empezamos?
ALEJO. Empecemos.

(*Cuando van a acometerse sale María por la izquierda. Al reconocerla, bajan uno y otro las espadas.*)

ESCENA II

MARÍA, ALEJO, NACLARA.

MARÍA. ¡Alto, Alejo! ¡Alto, Naclara!
NACL. ¿Qué voz es esa?
ALEJO. ¡María!
MARÍA. Sí.
NACL. ¡Cuando yo lo decía!
Imposible es que faltara.
MARÍA. ¡Sí, Perich, tienes razón!
Hoy menos que nunca puedo
faltar a vuestro denuedo;
hoy, día de expiación.
¡Vete y a tu gente inflama
con mi queja lastimosa!
Venganza os pide una esposa,
y una madre, y una dama.
Para eso dejé mi encierro;
¡ea, ministros de la muerte!
suene el clarín, y despierte
del almogávar el hierro!
¡Pelead mientras yo envío

mi queja al Juez de los jueces!
mientras dirijo mis preces
por el muerto esposo mío.

ALEJO. Señora, es justo el dolor
que sentís; pero ese hombre
o muere, o me deja el nombre
y la mancha de traidor.
—¡No estorbéis este combate,
señora!

MARÍA. Que no, os he dicho.

NACL. ¡También es fuerte capricho
empeñarse en que lo mate!

MARÍA. ¡Abajo el hierro!

ALEJO. Es estrecho
el deber.

NACL. No huyo la cara.

MARÍA. Entre ese acero y Naclara
siempre encontraréis mi pecho.

NACL. Es mengua de mi valor,
señora, y no lo permito.

MARÍA. ¡Perich!

NACL. Yo no necesito
corazas de ese valor.
La de mal curtido cuero
que llevo, y ¡sin espaldar!
no la ha podido horadar
villano ni caballero.
Su dureza no la abona
contra lanza o cintarazo:
lo que la abona es el brazo
que defiende a mi persona.

ALEJO. Dios sabe que con dolor
le hiriera.

NACL. Lo mismo digo.

Le matara como amigo:
con fe, pero sin rencor.

ALEJO. Vuestra presencia le valga.

NACL. No te estoy por la merced
obligado.

ALEJO. Pero haced
que luego del muro salga.
—¿Lo haréis?

MARÍA. Saldrá; yo os lo fío,
y ¡adiós!

ALEJO. ¡Adiós! (¡Ay, memorias
de aquellas pasadas glorias!
¡dormid en el pecho mío!) (*Vase.*)

ESCENA III

MARÍA, NACLARA.

MARÍA. Di, Pedro: ¿cómo has entrado
aquí?

NACL. Si me dais licencia...

MARÍA. El valor no es la imprudencia.

NACL. Os diré lo que ha pasado.
Esta noche, estando yo
dormido en mi pobre ruedo,
sentí un hombre que muy quedo
hasta mi lado llegó.
Echéle un taco, y no flojo.
Los soldados, ya se ve,
nos acostamos de un pié
y nos dormimos de un ojo.
—"¡Silencio!", con ademán
misterioso y voz severa
murmuró aquel hombre, que era
Berenguer, mi capitán.

En el fiero regocijo
que su rostro iluminaba,
casi vi lo que pensaba.
—"¡Levántate y ven!", me dijo.
"Una hazaña peligrosa
intento; pero son breves
los instantes: di, ¿te atreves?"
—¡Preguntarme a mí tal cosa!
Ya andando, le pregunté:
—"¿Y qué es?" —"Matar al villano
que puso traidora mano
en el que tu dueño fué."
—"¡Hablarais para mañana!"
—Maté al sueño de un bostezo,
y llegamos sin tropiezo
al pie de una barbacana.
Dormían como unos santos
los guardas, por nuestro bien,
y a éste quiero, a éste también,
despachamos no sé cuántos.
Viendo que tan a mansalva
el proyecto facilita
la suerte, nos dimos cita
para aquí y antes del alba.
Desesperado de hallar
a mi hombre, al muro volví;
me hallé con Alejo aquí,
y nos quisimos matar.
No era grande este deseo
ni el encono entre los dos:
¡qué diablos! vinisteis vos,
y mediasteis, y... *¡laus Deo!*

MARÍA. Vuélvete a tu campo; estás
libre ya.

NACL. No puede ser:
¿yo dejar a Berenguer
en el peligro? ¡Jamás!
MARÍA. Vete, digo.
NACL. ¿Y si perece
en la empresa?
MARÍA. Yo lo mando.
NACL. Sin embargo...
MARÍA. ¿Desde cuándo
Naclara no me obedece?
Yo del capitán la vida
y la libertad protejo.
NACL. Mirad, señora, que dejo
mi fama comprometida.
MARÍA. ¡Alguien se acerca!
NACL. Testigo
sois de que el campo abandono
sin voluntad.
MARÍA. Yo te abono.
NACL. Adiós. (*Se dirige al muro.*)
MARÍA. El vaya contigo.
—¿Pero por dónde?... ¿estás ciego?
(*Viendo que se ha subido al muro y pretende descolgarse por él.*)
NACL. Ya veis.
MARÍA. ¡El muro es tan alto!
NACL. ¡He dado yo cada salto
más peligroso!... —Hasta luego.
(*Se deja caer del otro lado. María ha subido a la plataforma y se asoma al muro.*)
MARÍA. ¡Perich, Perich! (*En voz baja.*) La explanada
corriendo atraviesa. —Ya era
(*Mirando a la izquierda.*)
tiempo. —Con gente tan fiera

¿se puede dudar de nada?
(*Se dirige por la misma plataforma hacia la derecha, hasta desaparecer. Inmediatamente después salen por el lado opuesto Miguel, Gircón y algunos Guardias.*)

ESCENA IV

MIGUEL, GIRCÓN *y Guardias.*

GIRCÓN. ¿Vos levantado a estas horas?
¿vos, esquivando el tranquilo
sueño?
MIGUEL. ¿Qué mucho, si sabes
que de todos desconfío?
GIRCÓN. ¿De todos?
MIGUEL. No te lo niego:
de todos... y de mí mismo.
GIRCÓN. ¿Qué teméis? cuando haya alguno,
está lejano el peligro.
MIGUEL. ¿Y si te engañas?
GIRCÓN. ¿Pues qué
podemos temer?
MIGUEL. Me han dicho
que está ya sobre nosotros
el campo de los latinos.
GIRCÓN. ¡Imposible! y harto harán
en resistir nuestro brío
tras de los cerrados muros
de Galípoli.
MIGUEL. ¡Delirio!
¡No conoces a esa gente,
Gircón! tú no los has visto
en los días de batalla,

para ellos de regocijo.
GIRCÓN. No digo que no: valientes
serán; pero reducidos
por los frecuentes combates
a número tan exiguo,
¿qué pudieran intentar?
MIGUEL. Abreviarnos el camino.

ESCENA V

DICHOS y ALEJO.

ALEJO. ¿Señor?
MIGUEL. ¿Qué es eso?
ALEJO. Que estamos
poco menos que vendidos.
Espías de los contrarios
dentro del muro se han visto.
MIGUEL. Gircón, recorre los puestos;
manda a tus más atrevidos
guerreros a descubrir
si hay en el campo enemigos.
GIRCÓN. Voy, señor. (*Vase por la derecha.*)
MIGUEL. Tú los conoces;
¿qué opinión tienes?...
ALEJO. Opino
que aunque son pocos, son buenos.
MIGUEL. ¿Nos esperarán?
ALEJO. De fijo.
MIGUEL. Eso creo. (*Sale Gircón.*)
GIRCÓN. Nuestra gente,
gran señor, ha sorprendido
a un hombre.
MIGUEL. ¿Quién es?
GIRCÓN. Miradle.

ESCENA VI

Los MISMOS *y* BERENGUER, *conducido por algunos soldados.*

MIGUEL. ¿Aquí Berenguer?
BERENG. El mismo.
MIGUEL. ¿Tú armado contra mí?
BERENG. ¡Pues!...
¿de qué os admiráis?
MIGUEL. Me admiro
de que te llames hidalgo.
BERENG. ¿Y quién duda, vive Cristo?...
MIGUEL. ¿Recuerdas del Salvador
la torre? [6]
BERENG. Nunca la olvido.
MIGUEL. Berenguer, un hombre osado,
agraviando a un enemigo
poderoso, mereció
el perdón de su extravío.
Pudo arrancarle mil veces
la existencia el ofendido:
mas de su valor prendado,
"¡Vete en buen hora!", le dijo.
¿Es noble, dime, volver
agravios por beneficios?
BERENG. Oídme: cierto hombre honrado,
en la casa de un amigo,
—¡amigo falso!— dormía
en paz; es decir, tranquilo.
Nunca pudo imaginar
que allí existiera peligro,
donde era todo alegría
y protestas de cariño.

El falso amigo una noche
blandiendo un puñal, le dijo:
"¡Ya ves, no tienes defensa,
puedo matarte, eres mío!
Sin embargo, te perdono,
y, o quedas agradecido
a mi buena acción, o eres
cuatro dedos más que un pícaro."
Y ahora digo yo: ¿no debe
agradecerse a sí mismo
ese hombre, que no le llame
su conciencia mi asesino?
Pues si a todos los mortales
que a traición no me han herido
debo gratitud... ¡qué diablos!
¿pues en qué mundo vivimos?

MIGUEL. ¿Y ahora? di.

BERENG. Ya es otra cosa;
vine aquí como enemigo
a cortar una cabeza (*Mirando a Gircón.*)
o a morir. —¡Yo juego limpio!
Hemos echado aquí un lance
de azar, y yo lo he perdido;
cobráis, y en buena moneda.
Estamos en paz. —He dicho.

MIGUEL. Es decir, que te parece
justo mi rigor.

BERENG. Justísimo.

MIGUEL. De modo que si hoy quisiera
salvarte...

BERENG. ¡No, por Dios vivo!
eso era atarme las manos
cuando más las necesito.

MIGUEL. ¿Para qué?

BERENG. Para mataros.
MIGUEL. Gircón, me encanta ese brío. (*Ap. a Gircón.*)
—¡Fieros son los de tu tierra!
BERENG. Todavía no habéis visto
la mitad... Nuestra memoria
va a quedar aquí por siglos.
Hoy, cuando quieren las madres
amedrentar a sus hijos,
con nombrarnos solamente
lo tienen ya conseguido.
"*¡Venganza de catalanes*[7]
te alcance!" tal es el grito,
la maldición con que ahora
se saluda a un enemigo.
MIGUEL. ¡Pues bien! ha llegado el día
en que de tantos delitos
vengue a mis pobres vasallos,
cansados ya de sufriros.
Venganza fiera, implacable,
piden con hondo quejido
las ciudades asoladas,
los campos en sangre tintos.
Echadle desde el más alto
torreón de ese castillo,
y a los suyos nuncio sea
de su próximo exterminio.

ESCENA VII

DICHOS *y* MARÍA.

MARÍA. Bien haces, Miguel.
MIGUEL. ¡María!
MARÍA. No le perdones, te digo;
es un hombre, y no otro agravio

es de tu saña el motivo.
Le matas porque le temes.
MIGUEL. ¡Temer!
MARÍA. ¡Sí, mi imperial primo!
Y porque tiembla un cobarde
(*Mirando a Gircón.*)
de que a matarle ha venido.
¿Del valiente aprisionado
quién osa romper los grillos?
¡Nadie, no! —Por si te importa,
ahí tienes un asesino. (*Señalando a Gircón.*)
No manchará sus blasones,
que asesinar es su oficio,
mas por la espalda, que tiene
el rencor asustadizo.
GIRCÓN. ¡Señor, señor! Si la fe,
si la lealtad con que os sirvo
merece una recompensa...
MIGUEL. ¿Qué pides?
GIRCÓN. A ese hombre os pido.
MIGUEL. Ahí le tienes.
GIRCÓN. Libre salga.
BERENG. ¡Mas sin ningún requisito
ni condición!
GIRCÓN. Que en el campo
has de encontrarte conmigo.
BERENG. ¿Nada más?
GIRCÓN. Eso me basta.
¿La admites?
BERENG. ¡Que si la admito!
¡Qué pregunta! pues ¿qué vine
a buscar en este sitio?
GIRCÓN. ¿Qué señal?...
BERENG. Sin la celada

saldré al campo.
GIRCÓN. En tal bullicio...
BERENG. Somos tan pocos, que de una
mirada estamos ya vistos.
GIRCÓN. Te hallaré: vete. —Acompaña (*A Alejo.*)
al capitán, hijo mío.
BERENG. ¡Tú!... (*Reconociendo a Alejo.*)
ALEJO. Vamos. (*Con gravedad.*)
BERENG. (¿Cómo es que tiene
tan mal padre tan buen hijo?)
(*Vase Berenguer por la izquierda precedido de Alejo.*)

ESCENA VIII

MARÍA, MIGUEL y GIRCÓN.

GIRCÓN. Otra gracia os pido.
MIGUEL. ¿Cuál?
GIRCÓN. Que, guardando la muralla,
no salga Alejo a batalla.
MIGUEL. ¿Qué temes?
GIRCÓN. Temo gran mal.
MIGUEL. ¿Y es?
GIRCÓN. El reto presenció.
MIGUEL. Cierto.
GIRCÓN. Mi temor es ese:
no quiero que se atraviese
entre mi enemigo y yo.
MIGUEL. No saldrá; yo te lo fío.
GIRCÓN. ¡Gracias! —Ya veréis, Princesa,
que para mayor empresa
que asesinar tengo brío.

ESCENA IX

MARÍA, MIGUEL.

MIGUEL. María, ¿qué es esto, di?
¿qué venida inesperada?...
MARÍA. ¿No es cierto que una jornada
sangrienta se espera aquí?
MIGUEL. ¿Y qué buscas?
MARÍA. El tributo
acostumbrado.
MIGUEL. ¡Eso es nuevo!
MARÍA. A cada combate, llevo
con menos dolor mi luto.
Yo presencié los reveses
que mis airados hermanos
han causado a tus alanos
y griegos y genoveses.
Yo, del Dios de las venganzas
guiada tal vez, yo he visto
de Recrea y de Redisto
las espantosas matanzas.
MIGUEL. ¿Ha de ser tu odio invencible,
María?
MARÍA. ¿Qué puedo hacer,
mientras no olvide a Roger,
y olvidarle es imposible?
Y a su hijo, cuyo destino
en vela siempre custodio,
yo le educaré en el odio
de su cobarde asesino.
El sabrá cómo acrisolas
de tu estirpe el blasón puro,
cuando le tenga seguro
en regiones españolas.

Y cuando su esclarecida
estirpe saber intente,
yo le diré: —Hay hacia Oriente
una nación corrompida,
nación pérfida, cristiana
en nombre, mas no en la fe,
que gemía bajo el pie
de la raza musulmana.
Su rey lloraba con ciego,
mas con impotente encono,
viendo cercado su trono
por lagos de sangre y fuego.
Y tan cerca tuvo un día
del turco el temido azote,
que, desde su lecho, el trote
de los caballos oía.
Pero al fin de esta nación
los mutilados pedazos
de un hombre en los fuertes brazos
hallaron su salvación.
Llegó este hombre; la eclipsada
de Dios verdadera luz,
brilló otra vez en la cruz
de su vencedora espada.
Pero, pasado el temor,
vencidos los enemigos,
esos que fueron testigos,
y no más, de su valor,
viendo en su gloria una ofensa,
—que merecerla no osaron—,
de noche le asesinaron,
descuidado y sin defensa.
¡Hijo! a Dios así le plugo,
y ¡de esos dos hombres vienes!

sangre a un mismo tiempo tienes
del mártir y del verdugo.
Y hoy otra vez el monarca,
perdiendo tanta conquista,
se estremece, y con la vista
su mermado imperio abarca;
y otra vez ve a sus vasallos
del turco bajo el azote,
y oye, como antes, el trote
de sus feroces caballos.

MIGUEL. La que a su patria desprecia,
baldón es de sus mujeres;
por eso te infaman, y eres
escándalo de la Grecia.
Las madres que sin reposo
gritos de dolor exhalan,
a sus hijas te señalan
como ejemplo vergonzoso.

MARÍA. ¡No lloraban cuando yo,
hecho el corazón pedazos,
perdí los tiernos abrazos
del dueño que Dios me dió!
Que celebraron... ¡lo sé!,
con fiestas y luminarias,
las escenas sanguinarias
en que manchaste tu fe.
¡Qué villanos regocijos!

MIGUEL. ¡Tú de tu patria reniegas!

MARÍA. Nunca nacieran las griegas
para tener tales hijos!

MIGUEL. ¿Quién desdeña, quién no ama
a la tierra generosa
de Leónidas? ¡Y hay quien osa
poner en duda su fama!

MARÍA. ¡No! la historia la atestigua;
¿mas cómo a invocar se atreve
esta Grecia indigna, aleve,
los recuerdos de la antigua?
De esas madres no respondas,
jueces del honor ajeno;
ninguna llevó en su seno
Leónidas ni Epaminondas.
Y hasta el pueblo que encadenas,
a pesar de su ignorancia,
sabe que hay mucha distancia
de Constantinopla a Atenas.
MIGUEL. ¿Y cómo su cautiverio
sufre?
MARÍA. Porque no se hermana
la virtud republicana
con el fango de tu imperio.
Ya no quedan ni aun indicios
de ese pueblo; no lo dudes.
—Hay épocas de virtudes,
pero hay reinados de vicios.
MIGUEL. Mas tú, en fin, ¿dónde has nacido?
MARÍA. En los brazos de Roger.
La patria de la mujer
es el amor del marido.
Y más la que consiguió
en él tantas dichas juntas.
¿Tú, Miguel, tú me preguntas
dónde mi vida empezó?
En la gloria de sus hechos,
en su cariño aquí fijo;
en su grandeza; ¡en el hijo
que he alimentado a mis pechos!
(*Empieza a amanecer.*)

ESCENA XI

DICHOS, GIRCÓN *y* ALEJO.

MIGUEL. ¿Qué hay, Gircón?
GIRCÓN. ¡El enemigo!
MIGUEL. ¿Está cerca?
GIRCÓN. A la verdad,
tan cerca, que hasta se puede
sus capitanes contar.
MIGUEL. ¡Ya lo ves!
GIRCÓN. Mas de rodillas,
y al cielo vuelta la faz,
el cántico de San Pedro
a coro entonando están.
(*María, durante esta relación, sube a la plataforma, procurando descubrir el campo. Poco después desaparece de la escena.*)
¿Imploran vuestra clemencia,
o es que resignados ya
se disponen a morir
negándose a pelear?
MIGUEL ¡Gircón! ¡Gircón! ya te he dicho,
y muy luego lo verás,
que tu desdén es injusto
y aun puede serte fatal.
Prepárate a conocerlos
de cerca.
GIRCÓN. Vamos allá.
—¿Qué me ofrecisteis? (*Ap. a Miguel.*)
MIGUEL. ¡Alejo!
ven aquí.
ALEJO. ¿Qué me mandáis?
MIGUEL. La suerte de los combates

es varia: por si un azar
cualquiera nos acontece,
tú nos guardas la ciudad.

ALEJO. ¿Qué decís? yo...

MIGUEL. Te lo mando.
Quien no intenta asegurar
la retirada, no cumple
el deber de capitán.

ALEJO. Pero...

MIGUEL. Basta.

ESCENA XI

ALEJO, *luego* IRENE.

ALEJO. No ha podido
un tormento imaginar
más cruel! (*Con abatimiento.*)

IRENE. ¡Alejo! ¡Alejo!
¿qué es eso? ¿por qué ese afán?
tú en un día de combate...

ALEJO. ¡Tengo miedo! ¿lo creerás?

IRENE. ¿Por qué?

ALEJO. Mi padre ha retado
a combate singular
a Berenguer de Roudor,
y pronto se encontrarán.
¡Y no estoy allí! amarrado
a la cadena fatal
de mi obligación, no puedo
proteger su ancianidad.
¡Yo defender estos muros! (*Con desespera-*
No soy griego, y además, [*ción.*)
si pierdo a mi padre, ¿qué
me resta ya que guardar?

IRENE. ¡Temes!... ¡está acostumbrado
a vencer, y vencerá!
¿quién lo duda?
ALEJO. Mi desdicha.
IRENE. Yo no me abato jamás.
(*Desde la plataforma.*)
¡Mira con qué gallardía
los nuestros corriendo van
a su encuentro! ya se ha dado
de arremeter la señal.
ALEJO. ¡Gran Dios!
IRENE. Breve es el espacio
que los separa.
ALEJO. ¿Qué más?...
IRENE. Nada más veo: entre el polvo
que el revuelto galopar
de los caballos levanta,
sólo el pendón imperial
veo que avanza, llevando
los escuadrones detrás.
ALEJO. Esos hombres... (*Irene baja.*)
IRENE. ¿Qué se ha hecho
de tu valor? si es verdad
que son de hierro, también
el hierro suele quebrar.
(*Aparece por el fondo María, llena de ansiedad.*)

ESCENA XII

DICHOS *y* MARÍA.

IRENE. ¿Aquí María?
ALEJO. (Sedienta
de nuestra desdicha viene.)

IRENE. ¡María!
MARÍA. ¿Sois vos, Irene?
ALEJO. ¡Esta ansiedad me atormenta!
(*Se dirige al muro.*)
IRENE. Yo soy.
MARÍA. Largo tiempo hacía,
desde que dejó la esposa
más feliz de ser dichosa,
Irene, que no os veía.
IRENE. ¡Perdón, señora!
MARÍA. ¿De qué?
murió Roger, y su muerte
en amigas nos convierte.
IRENE. ¡Es que le amaba!
MARÍA. Lo sé.
IRENE. ¿Y no me odiáis?
MARÍA. No: ¡testigos
son los cielos! —Si eso hiciera,
¿con qué derecho pudiera
odiar a sus enemigos?
IRENE. ¿Qué buscáis aquí? mirad
que la batalla trabada...
MARÍA. Eso busco.
IRENE. ¡Desgraciada!
MARÍA. Muy desgraciada; es verdad.
Pobre víctima de engaños
y culpables desvaríos,
contrarios llamo a los míos
y amigos a los extraños.
IRENE. ¡Es posible!
MARÍA. Y si mis ruegos
oye Dios, será este día
tan feliz para María
como fatal a los griegos.

IRENE. ¡Oh, no! ¡Si esta vez altivos
combaten!...
ALEJO. ¡Irene, calla!
aún no empieza la batalla
y ¡ya vienen fugitivos!
IRENE. ¡Cobardes!
ALEJO. Ve lo que dices.
MARÍA. ¿Y por qué, si eso es verdad?
Quédese la vanidad
para las almas felices.
ALEJO. ¡Irene!
IRENE. ¿Qué?
ALEJO. ¡La victoria
por nosotros se declara!
MARÍA. ¡El cielo nos desampara!
IRENE. ¡Día de eterna memoria!
MARÍA. ¡Os alegráis!
IRENE. ¡Ah, perdón!
¡es mi tribu, son mis gentes,
mis amigos, mis parientes!
MARÍA. Es verdad; tenéis razón.
No ocultéis vuestro alborozo:
campo dad a la alegría
y al bien que el cielo os envía,
que dicen que mata el gozo.
IRENE. ¡Quiero ocultarlo y no puedo!
ALEJO. ¡Calla, Irene! Me engañaba,
o ¿son los nuestros?...
IRENE. ¡Acaba!
ALEJO. Tengo de decirlo miedo.
La escasa luz de la aurora
me ofusca, y...
IRENE. ¡Recelos vanos!
ALEJO. Se desbandan los alanos;

no puedo dudarlo ahora.
IRENE. ¡Mientes, mientes!
ALEJO. ¡Oh, no!
IRENE. ¡Mientes!
ALEJO. ¡Ay, hermana! ¡en vano esperas!
puedo contar sus banderas.
IRENE. ¡Vencidos!
ALEJO. Son nuestras gentes.
MARÍA. ¡Ah! (*Con alegría.*)
IRENE. ¿Os alegráis?
MARÍA. Sí: ya veo
que vos... —Perdonad, Irene;
pero aquí cada cual tiene
su temor y su deseo.
IRENE. ¡Que extranjeros son, olvida
sin duda, los vencedores!
MARÍA. Pero son los vengadores
del hombre que fué mi vida.
ALEJO. ¿Qué es esto?
IRENE. ¿Vienen? ¿son ellos?
¡Tus dudas me martirizan!
¡Habla!
ALEJO. ¿No ves que se erizan
con el terror, mis cabellos?
IRENE. ¿Pero qué has visto?
ALEJO. Sobre haces
de rotas lanzas, cubierto
de banderas, traen a un muerto.
IRENE. En matarme te complaces.
¿Quién es? ¿quién es?
(*Dirigiéndose al muro.*)
ALEJO. Trae la faz
lívida y ensangrentada;
pero el escudo y la espada...

—¡ Padre! (*Cae de rodillas.*)
IRENE. Es él. (*Apoyándose en el muro.*)
LOS DOS. ¡ Dios te dé paz!
MARÍA. ¡ Haced que mis emociones
pueda ocultarles, Señor!
¡ que no insulte yo el dolor
de esos pobres corazones!
ALEJO. ¡ Ven, Irene, cariñosa
y única familia mía!
¡ ven!
IRENE. ¡ Oh, día infausto!
(*Vanse los dos por la derecha.*)

ESCENA XIII

MARÍA, *luego* MIGUEL.

MARÍA. ¡ Oh día
feliz! ¡ aurora gloriosa!
tú coronas la campaña
más grande que ha visto el mundo.
Campo es la Grecia fecundo
en laureles para España.
—¡ Miguel!
MIGUEL. Calla.
MARÍA. Fugitivo,
roto, vencido... ¿no es cierto?
MIGUEL. Mil veces me juzgué muerto,
y aun no creo que estoy vivo.
¿Quién presta el feroz empuje
a esa arrogante milicia?
MARÍA. La espada de su justicia
que sobre tu frente cruje.
MIGUEL. ¡ Tal vez!
MARÍA. Tu traición la inflama.

MIGUEL. ¡Tal vez!
MARÍA. Y atando tus manos
extermina a tus alanos
y nuestra sangre derrama.
Implacable como yo,
cuando contrición sintieras,
cuando perdón le pidieras,
te diría... no! no!..., no!
MIGUEL. ¡Calla! ¡ya vengo vencido,
María! tus iras calma.
MARÍA. Tengo tu infamia en el alma.
MIGUEL. ¡No digas más! ¡vengo herido!
(María, desarmada, se dirige a él manifestando interés.)
MARÍA. ¿Tú herido? ¿Tú, emperador,
peleando entre los buenos?
¡Bien! ¡bien! tienes a lo menos
una virtud: el valor.
MIGUEL. Con ira esgrimí el acero;
prodigios hice en abono
del decoro de mi trono
y el honor del caballero.
Todo inútil, todo en vano:
¿quién su saña contrarresta,
si la justicia les presta
el aliento sobrehumano?
MARÍA. ¿Lo conoces?
MIGUEL. ¡Por mi mal!
—¡Pero vengo perseguido!
MARÍA. Cierto.
MIGUEL. Un momento perdido
pudiera serme fatal.
MARÍA. Huye.
MIGUEL. Aún está mi pendón

en el castillo.
MARÍA. ¡Quimera!
—¡Huye! ¿no ves la bandera
de don Jaime de Aragón?
¿no distingues sus caudillos?
—Aunque por los campos yerres,
vete de aquí: no te encierres
en ciudades ni en castillos [8].
¡Vete!
MIGUEL. ¡Adiós! (*Vase por la derecha.*)
MARÍA. Pero a caballo,
(*Hablando hacia dentro.*)
¡que se acercan! ¡oigo el ruido!
No fíes de hombre nacido,
ni enemigo ni vasallo. (*Baja a la escena.*)
—¡Roger, tu asesino muerto,
tu enemigo castigado!...
¿Quieres más? ¡ya estás vengado!
ya estás contento, ¿no es cierto?
(*Gritos dentro algo lejanos.*)
DENTRO. ¡Aragón, Aragón!
MARÍA. Di;
¿no es verdad que tú conoces
esas placenteras voces
que van volando hacia ti?
(*En este momento salen por la izquierda y asaltando el muro por diferentes puntos los almogávares, trayendo a su frente los estandartes de Aragón y Sicilia, y en medio de éstos, otro con la imagen de San Pedro.*) [9]

ESCENA XIV

MARÍA, *en medio de la escena*: BERENGUER DE ROUDOR, PERICH DE NACLARA, CAPITANES y SOLDADOS.

BERENG. ¡Aragón!
MARÍA. ¡Bien, Berenguer!
¡Gracias!
BERENG. Satisfecho quedo.
Hoy sí que deciros puedo:
"Hemos vengado a Roger."
MARÍA. Cierto.
BERENG. Si mira a la tierra,
verá un castigo ejemplar.
—En sangre puede nadar
el ataúd que lo encierra.
MARÍA. ¡Bien habéis cumplido, hermanos
de aquel varón noble y fuerte!
habéis cansado a la muerte!
estáis con razón ufanos.
¡Bien puede estar satisfecho
el justo y terrible enojo!
todo un imperio es despojo
del valor de vuestro pecho.
Ya podéis volver a España
cruzando sin pena el mar,
y a los vuestros, al contar
tanta portentosa hazaña,
decidles: "De nuestros pies
coronas han sido alfombra.
Vencido el Oriente, nombra
con miedo al aragonés.
Llorando queda, y mañana,

aun después de enjuto el llanto,
recordará con espanto
la *venganza catalana.*"

FIN DEL DRAMA

NOTAS

1 E los Almugauers portauen vn panó ab lo senyal del senyor Rey Darago, e en la dauantera de la fila un panó del senyal del Rey Fraderich: e axi se ho emprengueren ells comfaeren omenatge al Megaduch. (En RAMON MUNTANER, Chronica o descripcio dels fets e hazanyes del Inclyt Rey D. Jaume, Primer Rey Darago, de Mallorques e de Valencia: Compte de Barcelona e de Muntpesiler: e de molts de ses descendents. Capítulo CCIII.)

2 E com aquesta pau fo feyta, lo Magaduch dix al Emperador que donas paga a la companya, e Lemperador dix queu faria e feu batre moneda en manera de ducat Venecia, que val VIII diners Barceloneses cascu. E axsi ell feu ne fer que hauien nom Vincilions e no valia tres diners la hu: e volch que correguessen per lo preu daquells qui valien VIII diners, e mana a cascu que prenguessen dels Grechs caual, o mul, o mula, o viandes, o altres coses que haguessen ops: e que pagassen daquella moneda E aço feu per mal vici, ço es q̃ entras hoy e mala volentat entre los pobles e la host: que tantost que ell hach son enteniment de totes les guerres, volgra quels Franchs fossen tots morts, e fossen fora del Imperi.—MUNTANER, cap. CCX.

3 Xor Miqueli hach feit venir a Andrinopol Gircon cap dels Alans, e Milich cap dels Turcoples: axi que foren entre tosts IX milia homens de cauall.—MUNTANER, cap. CXV.

4 E perço la muller del Cesar no passa ab ell al Natuli, com era prenyada...—MUNTANER, cap. CCXIII.

5 Palabras casi textuales de Muntaner.

6 E puix per la ciutat mataren tots quants ab lo Ce-



sar eren venguts, que non escaparen mas tres, que sen muntaren en vn campanar. E daquells tres la hu era en Ramon Alquer fill den Gilabert Alquer caballer de Cathalunya, nadiu de Castallo Dampuries: e laltre un fill de caualler de Cathalunya per nom G. de Tous: e laltre Bñ de Roudor qui era de Llobregat. E aquest foren al campanar combatuts, e defensaren tant que fill del Emperador dix que pecat seria si murien: e axi assegura los, e aquests tantsolament ne escaparen.—MUNTANER, cap. CXV.

7 Quedó entre los griegos hasta nuestros dias por refrán: "La venganza de catalanes te alcance." (*Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos,* por don FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona, cap. XXXVII.)

8 Retirado Miguel dentro de Apros, no se tuvo por seguro, y aquella misma noche se salió y se fué a Panfilo, y de allí a Didimoto...—MONCADA, cap. XXXVI.

9 Levantaron un estandarte, antes de salir a pelear, con la imagen de San Pedro.—MONCADA, cap. XXXV.

JUAN LORENZO

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAS.

BERNARDA.
LA MARQUESA DE BIAR.
JUAN LORENZO, *pelaire*.
GUILLÉN SOROLLA, *tejedor*.
EL CONDE DE ***
VICENTE, *albardero*.
FRANCÍN, *escudero del Conde*.
AGERMANADOS Y DESMANDADOS.

La acción pasa en Valencia, en 1519.



ACTO PRIMERO

Sala baja en la casa de Juan Lorenzo. En el fondo, a la izquierda del actor, una pieza con grande entrada, y una cortina que estará descorrida. También en el fondo, y en el lado opuesto, una escalera que comunica con las habitaciones del piso alto. A la derecha, puerta y ventana que dan a la calle, y a la izquierda la alcoba de Lorenzo. En el ángulo de la derecha, y pendientes de escarpias, algunos instrumentos del oficio de pelaire, y una espada. En la habitación del fondo, un pequeño estante con libros, un retrato del cardenal Cisneros, una mesa y un sillón de baqueta: más hacia el proscenio y cerca de la alcoba de Lorenzo, una mesa con algunos objetos de devoción, como cuadros con imágenes de santos, colocados contra la pared, y un Crucifijo, alumbrado todo por una lámpara. Al levantarse el telón, estará Lorenzo en la habitación del fondo leyendo: otra lámpara arde sobre su mesa, aunque debe figurarse que es ya de día.

ESCENA I

LORENZO; BERNARDA, *que viene por la puerta del fondo izquierda.*

BERN. ¿Qué haces, Lorenzo?
LOR. ¡Qué! ¿es tarde?
BERN. ¡No has dormido!
LOR. No he dormido:
tienes razón; distraído...
BERN. ¡Es posible! (*En tono de reconvención.*)
LOR. Como aún arde



mi lámpara!... en mi avidez
por leer, ni aun las horas cuento.

BERN. ¡Yo acortaré el alimento
a tu lámpara otra vez.

LOR. ¿Te has enojado?

BERN. Sí, hermano:
tu salud se debilita.

LOR. ¡Mi salud!

BERN. Y ¿necesita
de ciencias un artesano?

LOR. No aspiro a más beneficio
que al que mi afición me guarda,
y sabes muy bien, Bernarda,
si amante soy de mi oficio;
yo, de vanidad desnudo,
aunque me tengan por bajo,
estimo en más mi trabajo
que algún hidalgo su escudo.
Sabes que aunque no nos sobre,
nuestra ambición es medida,
y para tan pobre vida
nos basta mi hacienda pobre.
Si estudio, no es que me venza
del medro el cuidado ansioso:
es que me cansa el reposo;
que el ocio me da vergüenza;
que de los gustos primeros
queda siempre la semilla.
—Ya sabes que fuí en Castilla
familiar del gran Cisneros;
y como aspiraba a entrar
en la Iglesia con su amparo,
me fué preciso, está claro,
aplicarme y estudiar.

Mi padre con mano franca
me ayudaba, y decir puedo
que no le robé en Toledo
ni le afrenté en Salamanca.
Pero fué inútil mi afán.
Recuerdo, y de ello me ufano,
cuando al noble franciscano
acompañaba en Orán.
Un día, en una empeñada
función, no sé cómo fué
que en la batalla me entré
y a un muerto cogí la espada,
y la esgrimí de manera,
que me dijo el Cardenal:
"¡Muy bien, Lorenzo! y muy mal;
¡si has errado tu carrera!
Pues no importa que alborote
el clarín tu pecho honrado
que más vale buen soldado
que mediano sacerdote."
—No he nacido para fraile;
mi genio es inquieto, activo;
lo cierto es que alegre vivo
en mi oficio de peraile.
Ocupando por sistema
mi tiempo, a todo me amaño,
y lo mismo cardo un paño
que me engolfo en un problema.

BERN. Mas tu salud delicada
¿resistirá a tanto exceso?
¿y si te murieras?

LOR. Eso
¿qué me importa? poco o nada.

BREN. ¿Qué dices, Juan! no haces bien

en hablarme de esa suerte.
Si no te importa la muerte,
¿no habrá quien la sienta?
LOR. ¿Quién?
BERN. ¡Qué pregunta!
LOR. ¿Digo mal?
(¡Esta prueba es inhumana!)
BERN. O no me llames tu hermana,
o trátame como a tal.
Tu duda cruel me ofende.
LOR. (Con ella tu afecto pruebo.)
Ya sé el amor que te debo.
BERN. No lo sabes. (No me entiende.)
LOR. Si temes que la vigilia
te robe en plazo temprano
al que con nombre de hermano
es tu amigo y tu familia,
ensaya en casa el poder
de tu autoridad suprema:
ríñeme, Bernarda, y quema
mis libros, si es menester.
BERN. No tanto: jamás tocara,
aunque estimo tu reposo,
al pábulo generoso
de tu inteligencia clara.
Sé que te da noble guerra
tu ingenio en alzado vuelo;
mas desciende de tu cielo
alguna vez a la tierra.
Mira lo que en ella pasa;
que es triste y penoso estado
saber que vivo a tu lado
y encontrarme sola en casa.
LOR. Lo que quieras ha de ser.

BERN. Alegrarte es mi intención.
(No lee en mi corazón.)
LOR. (No me quiere comprender.)

ESCENA II

DICHOS *y* GUILLÉN SOROLLA, *por el fondo derecha.*

SOROLLA. ¿Se puede entrar?
LOR. El lo vea.
BERN. ¡Guillén!
LOR. ¿Qué Guillén?
SOROLLA. Tu amigo.
Bernarda, Dios sea contigo.
BERN. Sorolla, en tu guarda sea.
LOR. ¿Sorolla has dicho?
SOROLLA. No creo
que me desconocerá
Lorenzo.
LOR. ¡Como hace ya
(*Alargándole la mano.*)
un siglo que no te veo!
SOROLLA. Y penas y desengaños,
¡es verdad! acaban mucho.
LOR. ¿Tú penas, Guillén? ¡qué escucho!
SOROLLA. Que matan más que los años.
LOR. Mas ¿dónde has estado?
SOROLLA. Ausente,
y hoy he venido a Valencia
por verte, aunque mi presencia...
—¿No me das en qué me siente?
(*A Bernarda.*)
BERN. Perdona, Guillén.
(*Va a tomar una silla para presentársela a Guillén, pero se lo estorba Lorenzo.*)

LOR. ¡Aguarda!
y ten, amigo, entendido,
que nunca fué ni ha nacido
para mí sierva, Bernarda.
En mi casa no hay bambolla,
y ella y tú, y todo el que acierta
a entrar por mi humilde puerta
es aquí dueño, Sorolla.
SOROLLA. Perdona si te ofendió...
LOR. Has sido poco oportuno.
Cuando hay que servir a alguno,
para eso estoy aquí yo.
(*Coge una silla y se la presenta a Guillén.*)
SOROLLA. ¿Qué vas a hacer? (*Queriendo impedírselo.*)
LOR. Satisfecha
tu voluntad está ya.
SOROLLA. ¡Gracias, amigo! (Esto va
despertando mi sospecha.)
BERN. Lorenzo... perdón si aquí
a darle la razón vengo,
que en ese punto más tengo
que agradecerle que a ti.
LOR. ¿Qué has dicho?
BERN. O soy tu criada
o nada soy: te lo aviso.
Soy honrada, y es preciso
que me tengan por honrada.
LOR. Oye: más de un año habrá (*A Sorolla.*)
que sabiendo el grave estado
de mi madre, desalado
vine aquí desde Alcalá.
Era tarde; sólo había
donde era todo placer
en mi infancia, una mujer

a quien yo no conocía;
pero mi duda cesó
al verla junto a aquel lecho,
ronco y lacerado el pecho
y llorando más que yo.
Me puse a su lado: unidas
nuestras lágrimas corrieron,
y a poco se confundieron
en aquel dolor dos vidas.
Mas luego la vi volver,
su pobre ajuar bajo el brazo,
diciendo: "con este lazo
se desligó mi deber.
Dios lo ha querido: bendito
El, que sus bienes reparte;
voy a buscar a otra parte
el calor que necesito."
Yo la dije: "¡no te irás!
tu antiguo puesto recobra,
y si es que alguno aquí sobra
yo soy el que está de más."
Es la alegre compañera
que en tu vejez, madre mía,
pasó la noche y el día
velando a tu cabecera.
En fin, ¿no era cosa fuerte,
era acción noble y honrada
cerrar a esa desdichada
la puerta que abrió la muerte?

BERN. En el caso en que me encuentro
tal vez es lo que conviene...

LOR. ¡Hermana! la honra no viene
de fuera; sale de adentro.

BERN. Pero...

LOR. ¡Vaya una ocurrencia!
¡Bernarda, nada te aflija!
mi madre te llamó su hija:
yo acepto la consecuencia;
y si por cosa tan parva
te infama algún insolente,
yo le probaré que miente
por la mitad de la barba.

SOROLLA. ¡Bravo! ¡eso está muy bien dicho!

LOR. Y esto sin que yo la prive
de libertad; aquí vive
cada cual a su capricho.
¿No es cierto?

BERN. Ni lo será,
y por eso, humilde esclava,
un favor de ti esperaba.

LOR. Tenlo por logrado ya.

BERN. A la Virgen sin mancilla
celebra toda Valencia.

LOR. ¿Qué quieres?

BERN. Con tu licencia,
ir a su santa capilla.

LOR. ¿Pues tienes necesidad
de ella?

BERN. Dámela, Lorenzo.

LOR. De imaginar me avergüenzo
que no tienes libertad.
Ve, pues, y por mí la reza.
(*Al pasar Bernarda al lado de Sorolla, le dice este aparte*:)

SOROLLA. (El mismo favor invoco.)

BERN. No lo necesitas poco. (*Vase.*)

SOROLLA. (Siempre la misma aspereza.)

ESCENA III

JUAN LORENZO y SOROLLA.

LOR. ¿Qué te decía?
SOROLLA. Donaires.
(Si sospecha...) A verte vengo
con peligro de mi vida.
LOR. ¡Con peligro! ¿cómo es eso?
SOROLLA. Ando a sombra de tejado
por temor a un caballero
que jura que ha de matarme.
LOR. ¡Ah!
SOROLLA. Y es muy capaz de hacerlo.
LOR. ¿Le has dado causa?
SOROLLA. Ninguna,
si no lo es que nos hacemos
competencia.
LOR. ¿En qué?
SOROLLA. En amores.
LOR. ¿Tan alta la mira has puesto
de tu ambición?
SOROLLA. Al contrario;
no me tengas por tan necio.
¡Amar a una hidalga! fuera
no ya sólo atrevimiento,
sino ocasión de sufrir
su castigo o su desprecio.
La persuasión es inútil;
el rapto, crimen horrendo.
Del mísero Gil Quiñones
diciéndolo está el ejemplo.
LOR. Ese es delito de muerte.
SOROLLA. Para nosotros, es cierto:

así la Juana Corella
costó al buen Gil el pescuezo.

LOR. La mujer que tu rival
pretende...

SOROLLA. Es hija del pueblo.

LOR. ¡Siempre lo mismo! esos hombres
no tienen ley ni respeto
que ataje sus demasías.

SOROLLA. Es verdad; mas ¿qué le haremos?

LOR. ¡Eso preguntas! pues ¡qué!
¿no ha de llegar el momento
en que rompamos la infame
sujeción en que nos vemos?

SOROLLA. ¿Qué dices, Juan? ¿qué demencia
te inspira esos pensamientos?
¡Estás delirando!

LOR. ¿Quién
me los inspira? primero
mi corazón, que no está
a tratos indignos hecho;
después, el que largos años
fué mi padre y mi maestro;
el que humilló las cabezas
de esos próceres soberbios;
el que abatió tantas veces
bajo su cordón de hierro
a Ureña y al Infantado,
y a Alburquerque y a otros ciento.
Bien se ve, Guillén Sorolla,
bien se conoce que ha muerto
nuestro padre y nuestro amparo,
el franciscano Cisneros.

SOROLLA. Si te digo la verdad,
¡eso es para mí tan nuevo!

diré más, ¡tan imposible!
¡Vamos! ¡que no lo comprendo!
LOR. ¿Y por qué? ¿porque desmiente
cuanto has visto?
SOROLLA. Y cuanto veo,
y lo que veré.
LOR. ¡Quién sabe!
hay mucho que hablar en ello.
SOROLLA. Si es natural... Jerarquías
creó Dios hasta en el cielo:
¿no ha de haberlas en la tierra?
LOR. Hay jerarquías: es cierto.
Dios al repartir sus dones
nos hace a todos diversos;
y esto es de su omnipotencia
clara señal: nada ha hecho
que desmienta la admirable
variedad del universo.
Mas también quiso mostrarnos
su voluntad y por eso
todo trae la indeclinable
sanción de su augusto sello.
Al uno le da la fuerza,
al otro le da el ingenio;
mas ¿con qué señal nos dice:
"Tú eres noble y tú plebeyo?"
SOROLLA. Eso es decir que tú niegas...
LOR. Entiéndeme: lo que niego
no es la razón con que gozan
los bienes de sus abuelos.
Ni me importan sus blasones
ni de su orgullo me ofendo:
lo que me ofende es que toquen
a mis naturales fueros.

Me indigna que ante la absurda
invención del privilegio,
prevarique la justicia
y retroceda el derecho.
Tú mismo, ¿no estás ahora
su injusto rigor sufriendo?
y eso no es solo: el peligro
de la vida es lo de menos.
¿Qué hermana, qué hija, qué esposa
guardan nuestros pobres techos
que pueda decir mañana:
"¡honrada soy; quiero serlo!"
Tu honor, tu caudal, tu fama,
nada es tuyo; todo es de ellos,
y quéjate y pide amparo
a jueces que tienen miedo.

SOROLLA. Eso es verdad; sin embargo,
como no hay otro remedio,
callaré y tú callarás.

LOR. ¿Callarme yo? lo veremos.
¿Imaginas que soy hombre
para sufrir en silencio
una injusticia, un agravio,
no digo propio, ni ajeno?

SOROLLA. ¿En qué piensas?

LOR. Tengo ya
en favor de mis proyectos
imaginada la traza
y preparado el terreno.

SOROLLA. ¿Y cómo?

LOR. Ya han comenzado
a ensayarse nuestros gremios
en alardes belicosos
y en ejercicios guerreros.

El moro, que nuestras costas
ha llevado a sangre y fuego
mil veces, fué la ocasión,
o mejor dicho, el pretexto.
Y una vez que la costumbre
haga del cortante acero
dócil medio en nuestras manos
y familiar instrumento,
veremos si nos insultan
esos hidalgos: veremos
si aprenden a respetarnos.

SOROLLA. Siento verte en ese empeño.
LOR. ¿Qué me puede suceder?
SOROLLA. Aventurar el pellejo.
LOR. Ya lo sé; por eso mismo
de mis bienes he dispuesto,
y dejo dueña a Bernarda
de todo cuanto poseo.
SOROLLA. ¡Hola!
LOR. No tengo parientes.
SOROLLA. ¿Has hecho ya testamento?
LOR. Sí.
SOROLLA. Ya ves, eso me prueba
lo temerario, lo expuesto
de tu empresa.
LOR. No es posible
que me disimule el riesgo.
Pues por lo mismo, si tiene
mi sacrificio algún mérito,
es que de antemano estoy
a padecerle dispuesto.
Solo a Dios pido que sea
a sus ojos tan acepto
como es puro, como está

de toda ambición exento.

SOROLLA. ¿No tienes ambición?

LOR. ¿Yo?
ninguna.

SOROLLA. Te lo confieso:
tu desinterés admiro.
(Y diré más: no lo creo.)

ESCENA IV

DICHOS *y la* MARQUESA.

MARQ. ¿Juan?

LOR. ¿Vos aquí y a esta hora?
algo extraordinario pasa
para que mi pobre casa
honre tan noble señora.
¿Cómo está su señoría
en la mansión de un villano?

MARQ. Por fuerza, puesto que en vano
te he llamado yo a la mía.
Por segunda vez Francín
vino a verte...

LOR. Harto me pesa.

MARQ. No quisiste, y la Marquesa
tuvo que ceder al fin.

LOR. Es que temí, y con razón,
que reconvenirme fuera
vuestro intento.

MARQ. Acaso.

LOR. Y era
inútil reconvención.

MARQ. Es decir, que tú apadrinas...

LOR. Y de ello no me avergüenzo.

MARQ. Este es el fruto, Lorenzo,

de tus extrañas doctrinas.
Y como nadie la guarda
y es de agraciada persona,
Bernarda se nos entona.

LOR. ¿Qué habéis dicho de Bernarda?
¿y qué tiene ella que ver
en esto?

MARQ. ¿No has entendido?

SOROLLA. (Yo la entiendo.)

LOR. Había creído...

MARQ. Se trata de esa mujer.
¿Cómo este paso interpreta?

LOR. Como en campos y ciudades
se introducen novedades
y el pueblo bajo se inquieta,
como sabéis que sustento
su fé, que a su lado estoy
y que gozoso le doy
mi vida y mi pensamiento,
imaginé que juzgando
mi convicción menos firme,
intentabais persuadirme
a abandonar ese bando.

MARQ. Menos vano te creí.
Tranquila estoy, no lo dudes:
esas locas inquietudes,
si me importan, es por ti:
que siento que tu despecho
te lleve a una demasía.
—Nunca olvidaré que un día
tu madre me dió su pecho.
—Mas ¿qué harán esos desmanes
en almas de origen noble?
Para eso ha nacido el roble:

para arrostrar huracanes.
LOR. Pero no siempre es feliz:
que cuando lo quiere el cielo
más de un roble viene al suelo
arrancado de raíz.
Mas, pues que no os interesa
esto, dejémoslo a un lado.
¿En qué Bernarda ha agraviado
a la señora marquesa?
MARQ. Con pretensión orgullosa,
—¡mire que mal no le salga!—
se nos quiere entrar a hidalga
por los blasones de hermosa.
LOR. (¡Dios mío!) ¿La nueva es cierta?
SOROLLA. Cierta es, Lorenzo.
LOR. ¡Por Cristo!...
MARQ. ¿Cómo es que al galán no has visto
en el umbral de tu puerta?
¡Si tarde, noche y mañana,
publicando sus amores,
cubren papeles y flores
los hierros de su ventana!
LOR. Pero ella ¿da a su deseo
alas? ¿acaso permite?...
MARQ. Yo no te diré si admite
o rechaza el galanteo;
pero se dice en Valencia
que irrita su pasión loca,
con el desdén en la boca
y en los ojos la indulgencia.
LOR. ¿Pensáis que le ama?
MARQ. Quizás.
LOR. ¿En qué lo veis?
MARQ. Anda triste.

LOR. Y sin embargo, resiste.
MARQ. Para asegurarlo más.
LOR. ¡Generosa rectitud!
pensad siempre de ese modo:
creed de nosotros todo
lo que no fuere virtud.
Es decir, que ame o no ame,
es culpable: ¡fuerte cosa!
Si resiste, es ambiciosa,
y si sucumbe es infame.
Las que a la ingrata fortuna
debéis ese humilde estado,
sobre el que pesa el sagrado
privilegio de la cuna,
¿cómo, degradados seres,
os atrevéis a agradar?
¡Si Dios no ha debido dar
ni hermosura a las mujeres!
MARQ. Mas dado que fuera vano
el temor con que te advierto,
no por eso es menos cierto
que ha enloquecido a mi hermano.
LOR. ¡Es él!
MARQ. Que no puede nada
poner a su audacia coto,
y que por Bernarda ha roto
su boda ya concertada.
La mujer a quien ha herido
con su injusta negativa,
es poderosa, es altiva,
y es deuda de mi marido.
Hay dos familias que están
a riesgo de una querella,
porque la muchacha es bella

y temerario el galán.
¡Ea, pues! ve si concilias,
de tu honor en testimonio,
la paz de mi matrimonio
y la unión de dos familias.

ESCENA V

DICHOS *y* VICENTE, *apresurado.*

VIC. ¡Lorenzo, corre!
LOR. ¿Qué gritas?
VIC. ¡Qué gusto! ¡se ha armado ya!
LOR. ¿Qué hay, Vicente?
VIC. Una de palos
en la fiesta... (*Lorenzo hace ademán de salir.*)
SOROLLA. ¿Adónde vas?
LOR. A ver qué es eso.
VIC. ¡Con tiento!
LOR. ¿Por qué?
VIC. Para todos hay:
no ha llovido tan menudo
desde San Isidro acá.
LOR. Perdonadme; esto me importa,
y mucho.
SOROLLA. Cuidado, Juan.

ESCENA VI

DICHOS, *menos* JUAN LORENZO.

SOROLLA. ¿Por qué ha sido la pendencia?
VIC. Por una barbaridad.
—Figuraos... esto se dice:
que allí mismo, en el umbral
de la iglesia, han pretendido

a una doncella robar.
MARQ. ¿Quién?
VIC. ¿Quién? ¡vaya una pregunta
rara! ¡pues dicho se está!
¿Quién se atreve aquí a esas cosas?
Un hombre de calidad.
Poniéndola sobre el cuello
de un poderoso alazán,
al noble bruto espolea
desgarrándole el ijar;
y viendo que se le opone
la gente, con ademán
resuelto esgrime la espada
gritando: "¡Canalla, atrás!"
Pero el pueblo avanza, ruge,
se encabrita el animal,
y en un momento cien brazos
con él en el suelo dan.
De una y otra parte acuden;
con espadas los de allá,
los nuestros con argumentos
de acebuche y de nogal.
Hasta los chicos, ¡pardiez!
peleaban; yo vi un rapaz
romper murallas de hidalgos
con balas de pedernal.
Un David era el chiquillo,
y te puedo asegurar
que a golpe de peladilla
cayó más de un Goliat.
MARQ. (¡Cielos!)
VIC. ¡Bueno anda el granizo!
Yo quise curiosear,
y me alcanzó un garrotazo.

SOROLLA. ¿También?
VIC. Pero ¡magistral!
Entonces comprendí que era
cosa de mucha entidad,
jarana completa, y dije:
"voy a avisárselo a Juan."
MARQ. Es decir, que la semilla
fructifica en la ciudad.
VIC. Sí, señora: esos hidalgos
son el mismo Barrabás;
y entre tanto que no ahorquemos
al último, no habrá paz.
SOROLLA. ¡Necio, mira con quien hablas!
es la marquesa de Biar.
VIC. ¿La marquesa?
MARQ. ¡Desdichado!
VIC. ¡Ah, señora, perdonad!
(*Afectando sentimiento.*)
Conque vos sois la marquesa
de... ¡Si soy un animal!
SOROLLA. ¡Es cierto!
VIC. Pero no tanto
como podéis sospechar.
Yo no he dicho que es su hermano
el autor de este desmán.
MARQ. ¡Mi hermano!
VIC. Tampoco he dicho
que puede pasarlo mal;
que está acorralado...
MARQ. Basta.
(*Vase precipitadamente.*)

ESCENA VII

SOROLLA *y* VICENTE.

SOROLLA. ¿Sabes que has estado audaz?
VIC. No lleva mal sinapismo.
SOROLLA. Pero ¡es cosa singular!
Os hallo a todos inquietos.
VIC. ¡Pues qué! ¿no te han dicho ya?...
SOROLLA. Algo me explicó Lorenzo:
¿pero es verdad?
VIC. ¿Si es verdad?
Puede que no tardes mucho
en verlo; no tienes más
que preguntarlo a los tuyos.
SOROLLA. ¿Los míos?
VIC. A tu hermandad.
SOROLLA. Los tejedores de lana...
VIC. ¡Qué! ¡si los vieras marchar
de pífanos y tambores
al redoblado compás!
Todos los gremios se ensayan
en el arte militar.
SOROLLA. ¡Hola!
VIC. Hasta los albarderos,
que vamos siempre detrás.
SOROLLA. ¿Y conoces el objeto
de tanto apresto marcial?
VIC. Yo no lo sé a junto fijo,
aunque me lo explica Juan
muchas veces; pero yo
echo mis cuentas acá.
Del tío Martín Puyades
nada tengo que esperar.

SOROLLA. ¿Por qué?
VIC. Me aborrece, y yo
le pago: estamos en paz.
Los nobles, son todos ricos:
es decir, salvo tal cual
pelagatos, que no cuenta;
pero yo pienso contar.
Vencemos a los que tienen,
que por regla general
los más vencen a los menos,
y los pobres somos más.
Los despojos del vencido
son del vencedor: ¿qué tal?
¡digo yo! porque estas cosas
sin amo no han de quedar;
y puesto que yo he pasado
diez años das que le das
sobre mis albardas, creo
que me toca descansar.
SOROLLA. ¿Sabes, Vicente, que tienes
un talento natural!...
—No me convenció Lorenzo:
pero...
VIC. ¡Calla! aquí están ya.

ESCENA VIII

DICHOS, BERNARDA y JUAN LORENZO.

LOR. Ven.
BERN. Sosiégate.
LOR. ¡Si estoy
tranquilo ya! ¿no lo ves?
(O expira bajo mis pies
o Juan Lorenzo no soy.)

SOROLLA. (¡Ella fué!...)
LOR. Guillén, amigo...
SOROLLA. ¿Qué es eso?
LOR. Que han agraviado
a Bernarda, y no he llegado
a tiempo para el castigo.
BERN. Vuelve en ti: cese el rencor.
SOROLLA. ¿No dicen que ha habido lucha?
¿que ha corrido sangre?
LOR. Y mucha.
BERN. Esa es mi pena mayor.
LOR. Esa lucha rencorosa,
¡pueblo infeliz! es acaso
solamente el primer paso
de una campaña afanosa:
sobre esa sangre primera
en que tu pié se resbala,
la muerte ha batido el ala
saludando tu bandera.
BERN. No digas eso.
LOR. ¿Tendrás
compasión?...
BERN. Yo sólo puedo
decirte que tengo miedo
y lástima, y nada más.
LOR. ¡Del pueblo eternizar quieres
las cadenas vergonzosas!
BERN. ¿Qué sabemos de esas cosas
nosotras, pobres mujeres?
LOR. Mujeres hay que en el fuego
se encienden de este amor santo.
BERN. No pienses que yo me espanto
por eso; ¡si no lo niego!
mas si hay mujer semejante

a quien la guerra no aflija,
yo la diré: "si eres hija,
esposa, madre o amante,
¿cómo la mortal zozobra
que yo siento no te asalta?
¿No lo eres? todo te falta;
sólo la vida te sobra.
Con tu soledad, la guerra
bien sus terrores concilia;
mas la que tiene familia
ama la paz en la tierra."

SOROLLA. Pues bien, Bernarda; tú que eres,
por tu mal o tu fortuna,
huérfana, ¿no serás una
de esas heroicas mujeres?

BERN. ¿Qué has hablado de orfandad?
¿yo huérfana? ¡qué capricho!
Lorenzo, ¿oyes lo que ha dicho?
responde que no es verdad.

LOR. No, hermana, mientras Dios quiera
que sangre en mis venas arda.
Huérfana serás, Bernarda,
el día en que yo me muera.

BERN. Pues si tengo tanta parte
en tu amor, ¿cómo te atreves?...

LOR. Esto es preciso.

BERN. ¿No debes
para tu hermana guardarte?

LOR. Piensa en que el pueblo por mí
esa bandera tremola.

BERN. Piensa en que me quedo sola
cuando me quede sin ti.

LOR. ¡La soledad te da afán!
yo te buscaré un marido.

BERN. ¡Oh! ¡jamás! (¡No me ha entendido!)
SOROLLA. (¡Dios mío! ¿si se amarán!)
¡Alienta! desde este instante
en que su agravio la mueve,
ya no le queda a la plebe
sino marchar adelante.
LOR. ¿Tú quieres participar
del peligro?...
SOROLLA. ¿Y qué he de hacer?
(Yo no tengo que perder
y aquí hay mucho que ganar.)
LOR. ¡Bien! ¡bien! (*Apretando la mano a Gui-*
BERN. Y ¿qué va a venir? [*llén.*)
VIC. Mañana será otro día.
LOR. La vida está en la osadía;
retroceder es morir.
Ve, Guillén; tú eres sagaz,
animoso, inteligente.
Puesto que es para esa gente
la razón ineficaz,
alienta a nuestros hermanos,
y Dios confunda al que ceje
o por un momento deje
el acero de las manos.
SOROLLA. Voy. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IX

DICHOS, *menos* SOROLLA.

LOR. Tú, Vicente...
VIC. ¿Hay que hacer?
LOR. Corre; avisa que esta tarde
hemos de hacer nuevo alarde
de nuestra unión y poder.
(*Vase Vicente.*)

ESCENA X

BERNARDA *y* LORENZO; *poco después el* CONDE.

LOR. Hoy verá el juez cohibido
que el pueblo siente su afrenta
y quiere justicia, a cuenta
de lo mucho que ha sufrido;
pero si el oro le vicia
o le acobarda el poder,
de modo que venga a ser
oprimida la justicia,
pronto en su socorro armadas
acudirán nuestras gentes,
marchando a cajas batientes
y banderas desplegadas. (*Sale el* CONDE.)
BERN. ¡Dios nos ampare! (*Viéndole.*)
LOR. ¡Qué veo!
¡es el Conde! —Ese trabajo
(*Descolgando la espada.*)
me ahorráis; sin duda aquí os trajo
el poder de mi deseo.
¡En guardia!
CONDE. ¿Qué haces, villano?
BERN. ¡Juan, detente! (*Interponiéndose.*)
LOR. ¡Dios le valga!
¡no saldrá como no salga
castigado de mi mano!
BERN. ¡No!
LOR. Te ha insultado y no puedo...
BERN. ¿Quieres que muera a tus pies?
CONDE. Suéltale, digo; ¿no ves
que palidece de miedo?
LOR. ¿Yo? (*Pugnando por desasirse.*)

BERN. Perdóname que impida...
(*Abrazándose a las rodillas de Lorenzo.*)
CONDE. ¡El tonsurado es vehemente
y gasta espada! ¡valiente
incensario, por mi vida!
LOR. ¿No os defendéis?
CONDE. ¡Temerario!
tiembla, que mi mano airada...
LOR. Mejor esgrimo la espada
que manejo el incensario;
mas puesto que quiere Dios
que imposible por hoy sea
mi venganza, que no os vea.
CONDE. Nos hallaremos los dos.
LOR. Salid de mi casa.
CONDE. Tengo
que hacer...
LOR. ¿No queréis salir?
CONDE. Antes me es fuerza el cumplir
una palabra: a eso vengo.
En un caballero es ley
y a una mujer interesa.
LOR. ¿Y qué es?
CONDE. Hice una promesa
a mi hermana y al virrey.
Para atajar estos males
me lo ordena un padre viejo,
después de oír el consejo
de personas principales.
A disculpar mi locura
(*Dirigiéndose a Bernarda.*)
vengo, cual si no bastara
a excusarla, de tu cara
la tentadora hermosura.

LOR. Basta.
CONDE. Mis locos amores
me hicieron buscarte ciego;
me rechazaste y no niego
que son justos tus rigores.
Tu humildad es la razón
de tu esquivez; ¡eres justa!
tu humildad, que no se ajusta
con mi altiva condición;
mas viendo que he de perderte,
con mi nobleza enojado,
mil veces he deseado
participar de tu suerte.
LOR. Caballero...
BERN. A mí me toca
hablar.
CONDE. Será con rigor;
pero no importa: mejor
quiero oírlo de tu boca.
BERN. ¡Caballero... principal!
mucho os habéis extasiado
en pintar de nuestro estado
la condición desigual.
Yo os perdono ese desaire,
si lo es, que somos, al cabo,
vos de vuestro nombre esclavo
y yo libre como el aire.
Y o mi indignación me ofusca,
o nada, señor, os debe
esta mujer de la plebe,
que ni os codicia ni os busca.
Pero hay para ese amor loco
otro obstáculo.
CONDE. Ya espero

que lo digas.
BERN. Que no os quiero:
¿lo oís? ni mucho ni poco.
LOR. Y añadid al que ha ultrajado
a una mujer buena y casta...
BERN. ¡Calla!
CONDE. Sigue.
LOR. Que no basta
la satisfacción que ha dado.
CONDE. Pues ¿qué más quieres?
LOR. ¿Qué más?
CONDE. Habla.
LOR. Un público escarmiento.
CONDE. ¿Hay mayor atrevimiento?
LOR. Justicia.
CONDE. ¿Y la pedirás?
LOR. Señor... con toda mi fe;
y os juro que si hay malicia,
que si no me hacen justicia...
CONDE. ¿Qué harás?
LOR. Me la tomaré.

ESCENA XI

DICHOS y SOROLLA.

SOROLLA. ¡Lorenzo! ¡vengo admirado!
—¿Quién es? ¡ah!
CONDE. Si no me engaña
mi vista... —Gracias a Dios
que nos vemos.
LOR. ¿Por qué gracias?
CONDE. Porque he encontrado por fin
alguna sangre villana
en que desahogar mis iras

y comenzar mi venganza.
SOROLLA. ¡Lorenzo! ese es mi enemigo.
LOR. Yo te juro que en mi casa
no ha de tocarte a un cabello
si primero no me mata.
BERN. Conde...
CONDE. ¿Qué vas a decir?
BERN. Que estáis ofendiendo...
CONDE. Calla
y no intercedas por él,
que tu protección le daña.
Pero más que me repugna,
tu necia elección te agravia,
que para tan vil marido
vales tú mucho, Bernarda.
LOR. ¡Con que era por ella! (¡Y yo
que insensato imaginaba!...)
BERN. No es tiempo ni es ocasión
de desengañaros; basta
deciros...
LOR. Que es un sagrado
para todos mi morada;
que ha mucho que estáis haciendo
campo libre de esta sala,
y es tiempo ya de que cese
intenvención tan extraña.
CONDE. Dices bien; mas te aconsejo,
Guillén, que de aquí no salgas;
que de mis iras no estás
seguro en calle ni en plaza;
y primero que consienta
en tan absurda alianza,
el amor con que la insultas
te arrancaré con el alma. (*Vase.*)

ESCENA XII

Los MISMOS, *menos el* CONDE.

BERN. No vayas a imaginar... (*Ap. a Lorenzo.*)
LOR. ¡Bien, bien!; déjanos. (*Con severidad.*)
BERN. No vayas
a suponer que he podido
jamás...
LOR. ¿Te digo yo nada?
(*Procurando dulcificar su aspereza. Bernarda se aleja con muestras de abatimiento, y se ocupa en su labor durante los dos siguientes diálogos.*)
¿Qué has hecho, Guillén? ¿qué has visto?
SOROLLA. ¡Lo que nunca imaginara!
un pueblo que se despierta.
Pero...
LOR. ¿Qué?
SOROLLA. Nos faltan armas.
Mas para suplirlas, todas
las artes de la paz cambian
sus instrumentos pacíficos
en dardo, cuchillo o lanza.
Los de mi gremio, reunidos
en fiero tumulto estaban;
para que mejor me escuchen
invoco tu nombre, y callan.
Como aún iba resonando
el eco de tus palabras
en mi corazón, sentí
que mi aliento se ensanchaba.
Hablé... sin duda fuí el eco
de tu elocuencia gallarda:

inflamé sus corazones
y halagué sus esperanzas.
No sé cómo fué, que al cabo
de mi calurosa plática
me vi en los brazos robustos
de aquella gente bizarra.
Por su mensajero vengo:
los tejedores de lana
ofrecen vidas y haciendas
de la libertad en aras.

ESCENA XIII

DICHOS y VICENTE, *que sale muy alborotado.*

VIC. ¡Ya vienen! Lorenzo, sal.
Los gremios todos se ofrecen
a ti; soldados parecen
en el aspecto marcial.
LOR. ¿Todos?
VIC. Todos vienen hoy
a dar de su afecto muestra.
Bernarda es hermana nuestra.
BERN. (¡Qué desventurada soy!)
VIC. Toma tus armas y corre:
ya dan aliento al motín
en las calles el clarín
y la campana en la torre.
(*Se oye tocar una campana a rebato, y al mismo tiempo rumor de clarines y tambores.*)
¿Oyes ese repiquete?
es la parroquia.
SOROLLA. Si hay lucha,

servirá de doble.
(*Suena otra campana más cerca.*)
VIC. ¡Escucha!
ahora empieza el Miguelete.
LOR. Voy al punto. (*Entra en su habitación.*)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* LORENZO. *El ruido de los clarines y tambores se va haciendo más perceptible.*

VIC. ¡Ya lo ves! (*A Sorolla.*)
SOROLLA. No creyera...
VIC. Solo en mi arte
faltamos la mayor parte
supuesto que somos tres.
SOROLLA. ¿Por qué?
VIC. Francisquet se queja:
dice que siente mareo
y náuseas; pero yo creo
que su mujer no le deja.
Tampoco es del rebullicio
Pons, que su Inés le acobarda;
y es que ambos llevan la albarda,
costumbre ya del oficio.

ESCENA XV

DICHOS *y* LORENZO, *que vuelve a salir con capacete y broquel; toma a su salida la espada, que pende de la pared.*

VIC. ¡Lorenzo! bizarro estás.
LOR. Id delante: pronto os sigo.
(*Vanse Sorolla y Vicente.*)
—Necesito hablar contigo.
(Por última vez quizás.)

Lo que a tu ventura cuadre
es mi obligación primera.
Tú has sido mi compañera
desde que perdí a mi madre.
Reconocido a este bien
debo pagar tus mercedes,
y quiero que hoy mismo quedes
desposada con Guillén.

BERN. ¡Si no le amo!

LOR. ¿No? ¡Qué escucho!

BERN. Que no.

LOR. Si eso me aseguras,
yo te juro...

BERN. ¿Qué me juras?

LOR. Que te lo agradezco y mucho.

BERN. (¡Es posible!)

LOR. Si en el blando
corazón tuyo no cabe
tan loco amor. —En fin, sabe... (*Vacilante.*)
—Pero me están esperando.

BERN. Antes explícame... Aguarda.

LOR. ¿Ya al Conde no lo has oído?

BERN. ¿Qué es?

LOR. Que para ese marido
vales tú mucho, Bernarda.
(*Vase apresuradamente.*)

ESCENA XVI

BERNARDA; *luego* SOROLLA.

BERN. ¿Qué quiere decir? Sospecho
que en su mirada... ¡ilusión!
¿Mas por qué mi corazón
se quiere salir del pecho?

(*Asomándose a la reja. El ruido de los clarines y tambores se va alejando por momentos.*)

Aquel es. —¿Qué capitán
se le compara en el brío?
¡Qué airoso va el dueño mío,
qué bizarro y qué galán!
Como reinas en mí, seas
el sol del plebeyo bando.
¿Si me irán ya contagiando
sus peligrosas ideas?
¡Si era preciso! Mi suerte
¿no va con la suya unida?
Yo he de vivir con su vida
y he de morir con su muerte.

SOROLLA. Allí está: ¿qué mira?
(*Saliendo con precaución.*)

BERN. Siento
pasos. —¡Ah!

SOROLLA. Siempre ese adusto
semblante.

BERN. ¡Guillén!

SOROLLA. ¿Te asusto?

BERN. Sal de aquí; sal al momento.

SOROLLA. Apártate de esa reja,
menos que tu pecho dura.

BERN. ¡No: vete!
(*Agarrándose a los hierros con terror.*)

SOROLLA. Escuchar procura
por última vez mi queja.
Pero no; no vengo a eso,
aunque mis celos atroces
me asesinan. —Ya conoces
de mi pasión el exceso.

Con Lorenzo desde aquí
a arrostrar peligros voy:
soldado del pueblo soy
por tu cariño, por ti.
Si tu piedad me concede
una esperanza no más,
habla, Bernarda, y verás
lo que el amor en mí puede.
Si esa esperanza me quitas...

BERN. Pues yo...

SOROLLA. ¡Deja que concluya!
—Te lo juro: con la tuya
mi desgracia precipitas.
Del mal o el bien en un punto
se abren las sendas opuestas.
¿Me quieres o me detestas?
¿cuál seguiré, te pregunto?
Ángel o demonio soy:
elige.

BERN. Vete.

SOROLLA. No, elige.

BERN. Sorolla, ya te lo dije
mil veces.

SOROLLA. La última es hoy.

BERN. ¿Es preciso?

SOROLLA. Acaba ya
y señálame el camino.

BERN. ¡Te abomino! ¡te abomino! (*Con exaltación.*)

SOROLLA. Yo sé quien lo pagará.
(*Se aleja lentamente dirigiendo a Bernarda miradas rencorosas. Bernarda permanece agarrada convulsivamente a la reja, y dominada por el terror.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio de la Audiencia de Valencia. En el fondo, a la izquierda, gran escalera que conduce a la sala del tribunal: en medio, puerta que da salida a la calle, y otra a la derecha que se figura que comunica con el piso alto por medio de una escalera excusada. Al levantarse el telón está ocupado el teatro por diferentes grupos, entre los que reina grande agitación. Vicente está en medio de uno de los más numerosos, cerca del proscenio.

ESCENA I

VICENTE; *pueblo.*

VIC. ¡Nada! aun no se sabe nada;
mas lo sabrán, Dios mediante,
nuestros nietos, si comienzan
con dilaciones y trámites
como siempre... verbigracia:
con el traslado a la parte,
la apelación, el recurso
y otras mil trampas con que hacen
en provecho de letrados
las causas interminables,
es posible que esto dure
por siglos y eternidades.

No extrañaré que los jueces
le absuelvan, y casi, casi,
me alegraría, ¡qué diablos!
es preciso que esto acabe,
y acabará, yo os lo fío.
En tanto, no hay que apurarse:
imperturbabilidad,
mala intención, y ¡adelante!
este es mi sistema. —Vienes
en buena ocasión.
(*A Sorolla, que sale por la izquierda.*)

ESCENA II

GUILLÉN SOROLLA, VICENTE *y pueblo.*

SOROLLA. ¿Qué haces?
VIC. Estoy atizando el fuego:
preparo las voluntades
del pueblo menudo. Hoy juzga
la audiencia al conde.
SOROLLA. ¿Y qué sabes?
VIC. Nada; mas si no se atreven
sus jueces a condenarle;
si le dejan sin castigo,
entonces va a ser el baile.
—¿Estás decidido?
SOROLLA. A todo.
VIC. ¡Bueno! voy a presentarte
a los nuestros.
SOROLLA. ¿Para qué?
VIC. ¡Toma! para que les hables.
Después de Lorenzo, tú eres
uno de los más capaces...
SOROLLA. ¿Quieres que verdad te diga?

yo no trabajo por nadie.
Más claro: no estoy contento.
VIC. Puedes tomar el portante,
y luego: aquí no se quieren
conspiradores de lance.
SOROLLA. ¿Desconfías?
VIC. Sí.
SOROLLA. ¿Me juzgas
tibio, traidor o cobarde?
VIC. Me pareces sospechoso:
¡o dentro o fuera! ¡qué diantre!
Ya ves como yo hablo claro.
SOROLLA. Yo lo haré también..., más tarde.
Tú nada aventuras.
VIC. ¿Cómo?
SOROLLA. Aventuras lo que vales.
¿Qué arriesgas aquí?
VIC. El pellejo.
SOROLLA. ¿Quién lo ha de querer de balde?
Tú eres solo, y con perderte
no das que sentir a nadie.
Tampoco tiene Lorenzo
afectos que le embaracen.
VIC. ¿Y tú?
SOROLLA. Yo tengo familia.
VIC. Guillén, basta de romances.
SOROLLA. ¡Qué! ¿no es cierto?
VIC. ¡Para el caso
que haces tú de tu linaje!
Casteluí, ¡que has renegado
hasta el nombre de tu padre!
Ensálzate: no me opongo;
mas no intentes compararte
conmigo.

SOROLLA. La diferencia
es, en efecto...
VIC. Importante.
Yo tengo, como es notorio,
al hermano de mi madre:
soy su propincuo heredero.
SOROLLA. Mas no piensas heredarle.
VIC. Eso es verdad: ¡viejo avaro!
más rico que cien abades...
SOROLLA. Que te odia.
VIC. También es cierto:
el cuarto que yo le atrape...
SOROLLA. Vicente, vamos a cuentas:
no tengo por qué negarte
que soy ambicioso: tú
padeces del mismo achaque.
Mas yo tengo otra flaqueza:
que no quiero que me mande
ninguno de los que han sido
hasta el día mis iguales.
¡Pero si tú me ayudaras!
siendo yo jefe, ¡quién sabe!...
Lorenzo es ya el capitán
y el alma de los pelaires:
¿no es natural que yo aspire
a serlo de mis cofrades?
Los tejedores de lana
forman un gremio importante,
numeroso; mas compuesto
de gentecillas vulgares.
Si yo fuera capitán
de esa familia, es probable
que antes de mucho mandara
en Valencia sin rivales.

VIC. ¿Y yo?
SOROLLA. Tú irás a mi lado
haciendo tu aprendizaje,
y como tienes talento...
VIC. ¡Mira, mira! esas son frases.
SOROLLA. Pues ¿qué es lo que quieres?
VIC. Yo,
en teniendo lo bastante,
no pido más; no me gustan,
ni quiero superfluidades.
Me contento con la herencia
de cualquiera de esos grandes:
yo escogeré. —Por lo pronto
conozco unos olivares...
SOROLLA. Dame esa mano.
VIC. ¿Y tú?
SOROLLA. Yo,
con tal que no se me escape
el conde, por hoy no tengo
deseo más apremiante.
VIC. Pero después...
SOROLLA. ¿Qué he de hacer
si viene rodado un lance?
VIC. ¡Así me gusta! —Lorenzo
nos habla de libertades,
de leyes y de otras cosas
que están fuera de mi alcance:
así es que me quedo a oscuras;
mas tú tienes un lenguaje
más llano; lo que tú dices
me parece más palpable.
¡Vamos a ver! ¿en qué puedo
ayudarte y ayudarme?
Di.

SOROLLA. Pintándome a los ojos
de esos pobres badulaques
como un hombre perseguido.
—El pueblo adora a los mártires.
Háblales de mi talento;
ensalza mis cualidades,
y mi honradez sobre todo:
ya sabes que soy un ángel.
Pero dejemos que vaya
el buen Lorenzo delante...
por ahora.
VIC. Bien, bien.
SOROLLA. Que arrostre
las primeras tempestades.
Así un experto piloto
puede observar el semblante
del tiempo, y buscar el rumbo
que más convenga a su nave.
VIC. ¡Es verdad!
SOROLLA. Y como yo
soy de flexible carácter,
si él acierta, le acompaño;
si se estrella, rumbo aparte.
¿Entiendes?
VIC. ¡Vaya si entiendo!
La verdad, ¡eres buen sastre!
SOROLLA. ¿Te convengo?
VIC. Me convienes;
pero es preciso que ganes
la voluntad de la plebe.
SOROLLA. ¿Qué quieres decir?
VIC. Que hables;
que grites, que esta es la mina
de más de cuatro tunantes.

(Aparecen en la puerta de entrada Juan Lorenzo y Bernarda, rodeados de gente del pueblo, a quien Lorenzo dirige las primeras palabras.)

ESCENA III

DICHOS, JUAN LORENZO y BERNARDA.

LOR. ¡Nada! mientras haya asomos
de esperanza, calle el labio.
—Hoy va a servirnos tu agravio
(*A Bernarda.*)
para saber lo que somos.
SOROLLA. Pero si con nueva afrenta
nos respondieran, primero
que sufrirla...
LOR. No; yo espero
que han de darnos buena cuenta.
VIC. Ya verás.
SOROLLA. Sobre la ley
está el miedo.
VIC. Ya me abraso
de impaciencia.
LOR. En todo caso,
cerca tenemos al Rey:
en Barcelona.
SOROLLA. ¿Osarás
hablarle?
LOR. Tendré valor
para decirle: "¡Señor,
tu pueblo no puede más!
No quebranta tu obediencia
aunque justicia reclame,
ni al romper su yugo infame

te desconoce Valencia;
pero quiere averiguar
en sus tormentos prolijos,
si no nos llamas tus hijos,
¿qué nombre nos quieres dar?"

SOROLLA. El de esclavos.

LOR. Es muy bravo
el corazón que sustento
para sufrir un momento
ni la apariencia de esclavo.
Pero ese temor te engaña;
conoce el rey nuestra historia,
y sabe que no hay memoria
de tal oprobio en España.
Subamos: nuestra presencia
adviertan, y si es preciso,
sirva al tribunal de aviso
al pronunciar la sentencia.
(*Suben todos por la escalera.*)

ESCENA IV

LA MARQUESA *y* FRANCÍN. *Vienen de la calle.*

MARQ. Ha empezado ya, y me inquieta
esa pavorosa nube
de gentes del pueblo; sube
por la escalera secreta.
(*Dando a Francín varios billetes.*)

FRAN. ¿Y por allí?

MARQ. ¡Si te ven
esos bandidos feroces!...
—No, por acá: ya conoces...

FRAN. A todos, señora. (*Vase por la izquierda.*)

MARQ. Bien.

—Temblando estoy; ¡singular
pavor! yo no soy cobarde;
pero el belicoso alarde
del partido popular,
bien podrá hacer que se tuerza
la ley; que adversa o propicia,
anda muy mal la justicia
donde amenaza la fuerza.

ESCENA V

La Marquesa y el Conde. *Este viene de la calle.*

Marq. ¡Félix! ¿tú aquí? ¡qué demencia!
¿quieres provocar las iras
del pueblo?
Conde. ¿De qué te admiras?
vengo a saber mi sentencia.
Marq. Cuando te juzgaba oculto...
Conde. ¿Por tan cobarde me tienes!
Marq. ¿Tan leve es tu error que vienes
a remachar el insulto!
Conde. Sí, hermana.
Marq. ¡Y en qué ocasión
el disgusto has provocado!
¡Hallo al pueblo en un estado
de febril agitación!
Conde. ¡Clara! riñe lo que quieras:
cuanto me digas es poco;
mas lo cierto es que estoy loco.
Marq. Enamorado.
Conde. Yo de veras.
Acostumbrado a vencer
y por condición altivo,
me desespera el esquivo

desamor de esa mujer.
No diré que no me pesa
de haber provocado el lance;
pero más siento el percance
de haber errado la empresa.
Dices que el pueblo por esto
se mueve; pero ello había
de suceder algún día:
ya estaba a hacerlo dispuesto.
Vendremos luego a las manos:
con eso aquí y en Castilla
se extirpará la semilla
que han sembrado los villanos.

MARQ. ¿Y si te condenan?

CONDE. ¡Calla!
No habrá, ¡fuera cosa nueva!
letrado que a dar se atreva
la razón a la canalla.
Ya recordarán primero
que guardan nuestro decoro
en nuestras arcas el oro
y en nuestra cinta el acero.

MARQ. Es ese un error profundo
que nos traerá grandes males:
no son esos dos metales
únicos dueños del mundo,
ni tan inflexibles son
que otro poder no los tuerza.

CONDE. ¿Y cuál es?

MARQ. Tiene más fuerza
que el acero, la razón.

CONDE. Sin respeto, ¡adiós, poder!
y eso es lo que hay que lograr.

MARQ. Hagámonos respetar,

pero haciéndonos querer.
CONDE. El pueblo levanta el cuello
y el rigor es necesario,
y que no piense.
MARQ. Al contrario;
¿qué mal encuentras en ello?
Tanto mejor.
CONDE. No lo creas.
Obedezca por costumbre.
Le daña a la muchedumbre
el pasto de las ideas.
Si el rigor no es oportuno,
yo no conozco otros modos...
—El día en que piensen todos
no va a entenderse ninguno.
Y no tienes que cansarte;
que erremos o que no erremos
nosotros siempre tenemos
la razón de nuestra parte.
MARQ. Mas si ante el pueblo este día
los jueces muestran flaqueza...
CONDE. Se las ha con la nobleza
toda la chancillería.
No hay sino las cuchilladas
para alcanzar estos fines:
veremos si los latines
pueden más que las espadas.
MARQ. Lo mejor es al derecho
fiar nuestra causa.
CONDE. ¿Andar
en súplicas?
MARQ. Sí, y hablar
a los jueces, y eso he hecho.
He buscado tu salud,

más que en sangrientos azares,
de los mismos populares
en la soberbia actitud.
Hice ver que si al clamor
del pueblo irritado cede
el juez, su sentencia puede
traducirse por temor.
Esto es lo más eficaz,
hermano.

CONDE. ¡Por vida mía!...

MARQ. Apela a la cortesía
y deja a la espada en paz.

CONDE. Me es imposible.

MARQ. Estás ciego,
y acaso tu mal te labras.

CONDE. No conozco las palabras
con que se envilece el ruego.
Pues que debo a la fortuna
los privilegios de hidalgo,
deja que los muestre: en algo
se ha de conocer la cuna.

MARQ. ¿Quién viene?

ESCENA VI

DICHOS y FRANCÍN.

CONDE. ¡Estás temerosa!

MARQ. ¿Qué hay, Francín?

FRAN. Que se ha resuelto
el asunto.

MARQ. ¿Cómo?

CONDE. Absuelto;
¿puedes pensar otra cosa?

FRAN. Os condenan...

CONDE. ¿Tan osados
son, que nos buscan querella?
FRAN. A pagar a la doncella...
CONDE. ¿Cuánto?
FRAN. Quinientos ducados.
CONDE. ¡Ya lo ves! (*A la Marquesa.*)
MARQ. Corre, Francín,
y a nuestros deudos avisa
del caso.
CONDE. No te des prisa;
ya esperaban ese fin.
(*Vase Francín. Ruido por la escalera.*)
MARQ. ¿Oyes?
CONDE. Sí: por la escalera
bajan ya.
(*Se ve a Guillén Sorolla que baja por la escalera seguido de Juan Lorenzo, Bernarda, Vicente y pueblo.*)
MARQ. Vamos adentro:
debes evitar su encuentro.
CONDE. Te juro que no quisiera.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA VII

BERNARDA, JUAN LORENZO, SOROLLA, VICENTE
y pueblo.

LOR. Ya lo veis, hermanos; ¡no hay
insolencia más enorme!
el tribunal nos ha dado
por libre y absuelto al conde.
¡Absuelto, sí! que estrechando
de la ley los horizontes,
cuando justicia pedimos

con oro se nos responde.
Bien hace el que nos agravia:
así pueden esos nobles
tratarnos como a rebaño
de esclavos y galeotes.
Juguete de sus caprichos
deben ser, y este es el orden,
nuestro honor y nuestra vida,
únicas prendas del pobre.
¡Maldito desde ahora sea
quien busque bella consorte!
¡maldito el que de su seno
fruto codiciado logre!
que nace ya destinada
nuestra miserable prole,
las hembras para mancebas
y para esclavos los hombres.
Para dulce compañera
de vuestros castos amores,
ya lo sabéis desde ahora,
más bella es la más deforme.
Mujer a quien Dios otorga
entre sus preciados dones
la hermosura, es mucha prenda
para tan rústicos goces;
y cuando no os la arrebaten
del día a los resplandores,
os la arrancarán del lecho
en la mitad de la noche.
—¿Qué es esto? ¡nadie contesta!
¿adónde vamos? ¿adónde?
¿posible es que todo un pueblo
sufra tantas sinrazones?
¿Cómo es, decid, que en la frente

de sus duros opresores
las cadenas que le infaman
desesperado no rompe?
¡Ea! ¡sus! puesto que han sido
tanto tiempo nuestros cómitres,
restalle sobre su espalda
alguna vez el azote.
De otro modo, merecemos
que nuestras hembras deshonren,
que nuestra sangre derramen,
que insulten nuestros dolores.

SOROLLA. Habla, Lorenzo: ¿qué quieres?
todos aquí te conocen;
todos te escuchan, latiendo
de rabia los corazones.

LOR. ¿Qué quiero! si a esa pregunta
cada cual no se responde,
morir nada más deseo.
¿Cuál es de mi afán el móvil?

SOROLLA. La venganza.

LOR. ¡No, Sorolla!
libertad tiene por nombre:
aclamadla, y que del seno
de nuestras desdichas brote.
Acabe la inútil queja
y los cobardes clamores:
males que tanto lastiman
no se remedian con voces.
Cuando la justicia calla
y la razón se desoye,
¡la fuerza, Guillén! la fuerza
es el único resorte.

SOROLLA. Pero ¿los medios?...

LOR. Los medios,

aunque escondidos e informes,
los da la naturaleza
y la industria los dispone.
Para el bisoño soldado
dan fortalezas los montes;
de hierro son nuestras rejas
y las campanas, de bronce.
Demos la señal, hermanos,
y enjambres de labradores
van a afilar el acero
de sus encorvadas hoces.
Unámonos, pues: hagamos
con inteligencia acorde
una hermandad de plebeyos,
y acábense los señores;
y ya que de la justicia
los fueros se desconocen,
y tienen lugar de leyes
glosas e interpretaciones,
nombremos quien la administre
con sola razón por norte;
por arbitrio de prudentes,
no por trampas de doctores.
Estos que deben poner
remedio a tanto desorden
han de ser trece, en memoria
de Cristo y de sus apóstoles.

SOROLLA. Cuenta conmigo.

LOR. Eso espero.
—¿Estamos todos conformes?

TODOS. ¡Todos!

LOR. Bien; en la inmediata
cofradía de San Jorge
se haga la elección.

SOROLLA. Marchemos.
LOR. ¡Guillén!
(*Estrechándole la mano y animándole con el ademán.*)
SOROLLA. De mi cuenta corre.
LOR. Norabuena: yo entre tanto
voy a arrancar a esos hombres
la prueba del fallo injusto
que motiva mis rencores.
(*Sube la escalera y desaparece.*)
SOROLLA. (*Ap. a Vicente.*) ¿Ves esa puerta, Vicente?
VIC. ¿Qué quieres?
SOROLLA. Ahí está el conde.
Que no salga de la Audiencia;
guarda los alrededores.
(*Sorolla, Vicente y el pueblo se van por la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII

BERNARDA, *luego la* MARQUESA.

BERN. ¡Y nada puedo! el agravio
es mío; mas si quisiera
perdonar, tal vez creyera
Juan... ¡No! sellemos el labio.
¡Ni aun me ha hablado! ¿pondrá en duda
la fe que aquí se acrisola?
¡Supremo Dios!...
MARQ. Está sola. (*Asomando.*)
BERN. Tú lo sabes; tú me escuda.
MARQ. Bernarda.
BERN. ¿Quién es?
MARQ. ¡Qué! ¿tanto
es tu enojo... ¡no lo creo!

que te ha cegado?
BERN. No; os veo;
pero a través de mi llanto.
MARQ. ¿Te duele lo que aquí pasa?
BERN. ¡De ello mi pena os responde!
MARQ. ¿Y perdonarás al conde?
BERN. ¡Maldigo a mi suerte escasa!
No puedo, señora.
MARQ. Vas
a provocar con tu impía
crueldad...
BERN. La culpa no es mía.
MARQ. Sé generosa.
BERN. Jamás. (*Haciéndose violencia.*)
De mi rigor me avergüenzo:
soy muy cruel, ya lo sé;
mas si perdonara, ¿qué
pensara de mí Lorenzo?
MARQ. Quizá en sus rencores locos
te imbuirá temerario.
BERN. ¡Qué! ¡no, señora! al contrario:
¡si es muy bueno! como hay pocos.
MARQ. La Audiencia tiene cercada
esa multitud bravía:
intercede...
BERN. Bien querría:
pero ¡si no puedo nada!
MARQ. Público fué tu desdén,
y así el perdón te enaltece.
BERN. No sé; pero me parece
que no me estuviera bien.
MARQ. No daña el amante arrojo,
cuando halla noble defensa.
BERN. No, si mi mayor ofensa

es de Lorenzo el enojo.
MARQ. ¿Es acaso algún tirano
contigo?
BERN. ¡Vaya una idea!
Mas no quiero que me crea
prendada de vuestro hermano.
MARQ. ¡Ya!
(*La Marquesa la mira con intención. Bernarda baja los ojos.*)
BERN. No vayáis a pensar
por el afán que me tomo,
que yo... ¡qué! ¡ni por asomo!
¡Vaya!
MARQ. ¿Lo puedes jurar?
BERN. Lo que es a eso no me atrevo.
MARQ. Prendió de amor la centella...
BERN. ¿Qué estáis diciendo?
MARQ. Eres bella,
y él cariñoso y mancebo.
BERN. Me está sofocando adrede.
MARQ. No fuera tanta locura.
Confiésalo.
BERN. ¿Por ventura
sé yo lo que me sucede?
MARQ. Mujeres somos las dos.
¿Si él te quisiera, hija mía,
le amaras?
BERN. No pediría
más felicidad a Dios.
MARQ. Tal vez yo te desperté:
acaso sabes ahora
que le amas.
BERN. ¡Ay! ¡no, señora!
Hace tiempo que lo sé.

Mas de mi secreto avara,
aquí guardado le dejo.
¡Pues si me miro al espejo
y me lo niego en mi cara!
MARQ. Y a él ¿lo ocultarás?
BERN. De modo
que...
MARQ. Sigue.
BERN. Ni aun lo barrunta;
pero si él me lo pregunta,
la verdad antes que todo.
MARQ. Aquí viene.
(*Viendo a Lorenzo, que baja por la escalera.*)

ESCENA IX

DICHOS, *y* JUAN LORENZO.

BERN. Por Dios vivo
no sepa...
MARQ. (¡Cuánto le adora!)
LOR. ¿Qué buscais aquí, señora?
MARQ. ¿Quieres saber el motivo?
Sé que tienes en tu mano
mi paz.
LOR. Decís que yo tengo...
MARQ. Mi tranquilidad, y vengo
por el perdón de mi hermano.
LOR. No creo que os ha de costar
conseguirlo mucha pena:
Bernarda es buena.
MARQ. Muy buena;
mas se niega a perdonar.
LOR. ¿Está airada?

MARQ. No está airada
ni al conde profesa encono;
mas para decir "perdono"
tiene una razón sagrada.

LOR. ¿Cuál?

MARQ. Con el temor se escuda
de que cómplice la crea
tal vez...

LOR. Nadie habrá que sea
capaz de abrigar tal duda;
y si alguno en tal desliz
diere, tiene adelantado
bastante para malvado
y mucho para infeliz.

BERN. ¿Lo oís?

LOR. Y, o yo le convenzo,
o se las habrá conmigo.

MARQ. ¡Bien, Lorenzo!

BERN. ¡Cuando os digo
(*Ap. a la Marquesa.*)
que hay pocos como Lorenzo!

LOR. Que esa sospecha bastarda
no te ocupe un solo instante.
¡Si yo creo en tí!

MARQ. Bastante
tiene con eso Bernarda.
Su cariño galardona; (*Al oído de Lorenzo.*)
no le digas nada más
que un "¡yo te quiero!" y verás
qué fácilmente perdona.

LOR. ¿Qué queréis decirme!

MARQ. Mira
el rubor que hasta su frente
sube; el latido frecuente

BERN. ¿Has acabado?
LOR. Sí tal.
BERN. ¡Pobre hermano mío! (*Sonriéndose.*)
LOR. ¿Te ríes?
BERN. Caso es de risa.
LOR. ¿Por qué?
BERN. Porque se va a ir
al infierno a toda prisa
el que no oyere otra misa
que la que tú has de decir.
LOR. Pero...
BERN. No apruebo ese paso.
LOR. Pues ello alguno hay que dar.
BERN. (Ya en impaciencia me abraso.)
LOR. ¿Y qué dirás si me caso?
BERN. (Por fin, empiezas a hablar.)
Digo que será bien hecho:
a casarse, y buen provecho.
LOR. ¿Me lo apruebas?
BERN. ¿Por qué no?
¡Vaya! (Como que sospecho
que la esposa he de ser yo.)
LOR. ¡Bernarda mía! levanta
los ojos: la paz recobra
y tu silencio quebranta:
mira que aun tiemblo, ¡y es tanta
y tan negra mi zozobra!
Habla, y di que no ha mentido
la que toda una existencia
de dichas me ha prometido.
Está mi pecho oprimido
esperando tu sentencia.
Llena mi alma de contento,
¡Bernarda! ¿me quieres, di?

BERN. Es tanto el placer que siento,
que apenas me deja aliento
para decirte que sí.
LOR. ¡Feliz quien debe a tu fe
tal dicha, y tantas aguarda!
—¿Cómo esta gloria alcancé?
¿qué hallaste en mí? ¿cómo fué
que te merecí, Bernarda?
BERN. ¿Qué he hallado? tu condición
honrada, que es tu blasón,
tu riqueza y tu abolengo.
LOR. Siendo así, desde hoy me tengo
en mayor estimación.
BERN. ¡Lorenzo!
LOR. Y si injusta fueres,
¿qué me importa, si te escucho
que a los demás me prefieres?
pensaré que valgo mucho
sólo porque tú me quieres.
¡Bien mío!
BERN. Llámame hermana.
LOR. ¿Y esposa?
BERN. De buena gana...
mas no lo soy todavía.
LOR. ¿Cuándo llegará ese día?
BERN. No tengo prisa: mañana.
LOR. ¡Hay ser más afortunado!
Y ¿tendrás por buena suerte
el vivir siempre a mi lado?
BERN. ¡Pues no, si lo he deseado
aun antes de conocerte!
LOR. ¿Sí? ¿cómo es eso?
BERN. Este anhelo
antiguo es ya, ¡no lo dudes!

tu madre que está en el cielo
en ti me pintó un modelo
de cariño y de virtudes.
Yo la oía, y de manera
perdí de mi alma el reposo,
sin que evitarlo quisiera,
que me decía: "¡Quién fuera
la esposa de tal esposo!
Pero él con cilicio duro
tal vez su carne lastima
huyendo del mundo impuro:
mejor que esta vida, estima
la vida del claustro oscuro."
Y era tal mi devaneo,
que me apretaba el cilicio
que al fin quedó sin empleo,
y me quejaba. —Ahora veo
que me quejaba de vicio.
Yo me decía, entre tanto
que en amoroso descuido
me abandonaba a este encanto:
"¿Cómo ha de ser mi marido
si es poco menos que santo?"
Viniste y cambié de idea,
que ni esa fama mereces
ni mi amor te la desea,
y así dije muchas veces:
"¿Santo? ¡para el que te crea!"

ESCENA XI

DICHOS y SOROLLA, *que sale apresurado.*

SOROLLA. Ya tenemos germanía,
Lorenzo.

LOR. ¿Cómo? (*Mirándole como distraído.*)

SOROLLA. Bien puedes
decir que el pueblo te adora.
Mas ¿qué haces aquí? tú eres
uno de los elegidos
para el gobierno. —¿Qué tienes?
LOR. ¿Elegido? (*Lo mismo.*)
SOROLLA. Y el primero.
Tú y yo somos de los trece.
El bien público reclama
nuestra presencia: ¿no vienes?
BERN. ¿Qué vas a hacer?
LOR. Pues ¿lo dudas?
a cumplir con mis deberes.
BERN. (Bien dije yo: no podía
durarme tan buena suerte.)
SOROLLA. Hay más: para hacer al rey
nuestra justicia presente
y evitar que se nos crea
a su autoridad rebeldes,
se ha nombrado una embajada.
BERN. ¿Y él también?...
SOROLLA. ¿Qué duda tiene!
BERN. (¡Adiós, mi boda!)
SOROLLA. Y Juan Caro,
que para la marcha ofrece
mil ducados; y Juan Coll,
y yo.
LOR. Pero ¿es tan urgente?...
SOROLLA. Esta noche partiremos:
hoy preparada en el muelle
del Grao quedará la nave,
y los momentos son breves.
—¡Ea! ¿por qué estás remiso?
LOR. ¿Quién? ¿yo remiso?

SOROLLA. Prevente.
BERN. No le oigas, Juan. (*Al oído de Lorenzo.*)
SOROLLA. Yo esperaba
encontrarte más alegre.
LOR. No lo extrañes: para el pobre
Juan Lorenzo es muy solemne
este momento. ¡Por fin
la semilla prevalece!
Y soy yo quien fecundando
de su pensamiento el germen,
la obra santa de Cisneros
voy a realizar en breve.
En un día, en una hora,
en instantes solamente,
el apetecido fruto
lozano se me aparece.
La idea que acariciaba
con esperanza impaciente
ha tomado forma y vida.
BERN. (¡No me quiere! ¡no me quiere!)
LOR. ¡Y en qué momento, Bernarda!
tú sola decirlo puedes:
como las desgracias, juntas
las felicidades vienen.
—Pero, ¡estás llorosa!
BERN. (Siento
los terrores de la muerte.)
LOR. ¡Grande es nuestra empresa! hacer
a tantos peligros frente,
y alcanzar la redención
para un pueblo que padece.
Iremos allá; conozca
el que sustenta en sus sienes
la corona que ilumina

la nueva luz de Occidente,
que hombres somos y no esclavos;
y esto envanecerle debe;
que en los pueblos se refleja
la dignidad de sus reyes.

VIC. Ahí están los gremios: todos (*Saliendo.*)
a felicitarte vienen.

LOR. ¡Día feliz! tú en la historia
vas a quedar para siempre.

ESCENA XII

LOS DE LA ESCENA ANTERIOR, VICENTE, *y los* AGERMANADOS *en grupos que representan los gremios de los diferentes oficios, llevando cada uno al frente su estandarte.*

LOR. ¡Hermanos míos! ¡el gozo
me inunda! ya os considero
libres, como el prisionero
que rompe su calabozo.
Si era fuerte, la ocasión
que han dado nuestros tiranos
prestó fuerza a nuestras manos,
y espíritu al corazón.
—Ya lo habéis visto: con oro
el tribunal nos contenta;
tarifa poner intenta,
sin duda, a nuestro decoro,
y en ella, eso debe ser,
a las mujeres previene
el precio que su honor tiene
si es plebeya la mujer.
Mas ¿por qué opuestas razones
ayer, estando a lo escrito,

falló por igual delito
la muerte de Gil Quiñones?
Un grito lanzó Valencia
al saber esta noticia,
rechazando la injusticia
de la desigual sentencia.
Por eso acuden armadas
las hermandades; por eso
se os hace ligero el peso
de las cortantes espadas.
Por eso el pueblo este día
por su libertad se atreve
a tanto, y jura la plebe
guardar esta germanía.
Así y no más se responde
a necesidad tan alta.

SOROLLA. Es verdad; pero aún nos falta
juzgar otra vez al conde.

LOR. Dices bien: que la ley hable.

SOROLLA. Y hablará, que a eso aspiramos
todos.

TODOS. ¡Todos!

LOR. Bien: hagamos
comparecer al culpable.
Pero justicia se hará,
y nada más: os lo aviso.
Buscadle, pues.

SOROLLA. No es preciso.

LOR. ¿Por qué?

SOROLLA. Yo sé donde está.

ESCENA XIII

DICHOS, *el* CONDE *y la* MARQUESA, *por la izquierda.*

CONDE. ¿Qué queréis?
LOR. Lo diré en breve.
—Hoy se cierra este mercado
de jueces: ya se ha agotado
la paciencia de la plebe;
y al ver tanta iniquidad
y de crímenes tal copia,
quiere a su justicia propia
fiar su seguridad.
TODOS. ¡Sí!
LOR. Y el pueblo valenciano,
sacudiendo su apatía,
se ha dado en este gran día
un gobierno de su mano.
CONDE. ¡Cómo, un gobierno!
MARQ. ¡Es posible!
el pueblo...
(*La Marquesa se dirige a Bernarda con ademán suplicante y le habla aparte.*)
CONDE. ¡Qué inicua trama!
LOR. El, de su justicia os llama
al tribunal inflexible;
y allí, no como otras veces,
tendrán desde este momento
nuestras leyes cumplimiento
y seguridad los jueces.
BERN. Esperad: pues soy yo aquí,
y en este conflicto extremo
la agraviada, y ya no temo
que se sospeche de mí,

sin cólera, sin encono,
del conde el insulto olvido.

SOROLLA. Pero, Bernarda...

BERN. Yo he sido
la agraviada, y le perdono.

LOR. ¡Bien, hermana!

SOROLLA. Sella el labio.

LOR. ¡Guillén!

SOROLLA. Con razón arguyo.
No es ya solamente suyo;
es de todos el agravio.
Sí, con su conducta aleve,
ese infame, ese atrevido
raptor, también ha escupido
a la cara de la plebe.
(*Murmullos de aprobación.*)

LOR. ¡Perdona, sí! y no repares (*A Bernarda.*)
en más; que es de buen agüero
que al romper un pueblo entero
sus cadenas seculares,
ese rasgo de piedad,
realzando la santa idea,
el acto primero sea
que anuncie su libertad.
—Salid, conde.

SOROLLA. Quede preso.

LOR. ¡Guillén!

SOROLLA. Tu acción es honrada;
(*A Bernarda.*)
mas la justicia agraviada
no se contenta con eso.
Pues si a perdonar nos damos,
lo que ellos jamás han hecho,
no perderán el derecho

a llamarse nuestros amos.
(*Aprobación de los agermanados.*)
—Yo de la justicia invoco
el santo fuero.

CONDE. ¡Insolente!

LOR. ¡Sorolla!

SOROLLA. Tengo presente
lo que tú has dicho hace poco.
De este caso desdichado
deja que su infamia brote.
Volvámosles el azote
con que nos han deshonrado.

TODOS. ¡Sí!

MARQ. ¡Villano!

CONDE. ¡Hermana mía!

MARQ. ¡Villano!

SOROLLA. ¡El nombre me place!

CONDE. El miedo es el que te hace
hablar con tanta osadía.

SOROLLA. Se acabó el temor; la suerte
se ha trocado de esta hecha.

CONDE. Pues la ocasión aprovecha;
mi libertad es tu muerte.

SOROLLA. Ya lo oís; aún hace alarde
de su audacia. ¿No oyes, Juan?

VIC. Guillén, disimula; van (*Ap. a Sorolla.*)
a tenerte por cobarde.

SOROLLA. Porque otra cosa no crea,
sométase como debe
al tribunal de la plebe
y hoy salga libre.

MARQ. Bien; sea.

CONDE. ¿Yo?...

MARQ. Silencio, hermano mío.

SOROLLA. Mas decid: ¿quién nos responde
quién asegura que el Conde
no huirá?
MARQ. Yo te lo fío.
LOR. Y yo, trece de Valencia,
yo con cuanto tengo y valgo
respondo de que ese hidalgo
vendrá a escuchar su sentencia.
CONDE. Mas sin acatarla.
SOROLLA. ¿Oís?
¿Quién esa audacia soporta?
LOR. Sin acatarla: ¿qué importa?
nos basta si la sufrís.
CONDE. Gracias, y adiós. (*Vase con la Marquesa.*)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos el* CONDE *y la* MARQUESA.

SOROLLA. (Desde hoy más,
una vez lanzado el guante,
te juro que iré adelante
(*Mirando a Lorenzo de reojo.*)
si te quedares atrás.)
LOR. ¿Vienes?
SOROLLA. Perdón, si atrevido
mi afecto en dureza trueco;
pero en este caso, el eco
del pueblo irritado he sido.
LOR. De mi piedad no te asombres.
SOROLLA. ¿No? Pues algo significa.
LOR. Que la dicha dulcifica
las pasiones de los hombres.
Pero mi opinión no debe
prevalecer; bien has dicho.

Primero que mi capricho
es la razón de la plebe.
SOROLLA. Cierto.
LOR. Y tú mereces ser
de sus destinos custodio,
si es la justicia y no el odio
quien te hace así proceder.
SOROLLA. La justicia y nada más:
te lo juro.
LOR. De esa suerte,
yo me ofrezco a obedecerte
si es preciso.
SOROLLA. Eso, jamás.
¡No, no! ser tu igual prefiero...
y tu amigo. (*Alargándole la mano.*)
LOR. Eso te abona.
BERN. (¡Traidor!)
LOR. Ahora, a Barcelona
a hablar a Carlos primero.
SOROLLA. ¡Lorenzo! ¡estás animoso!
LOR. ¿Te admiras? ¿pues qué creías?
Hablo yo todos los días
a otro Rey más poderoso.
(*Señalando al cielo.*)
(*Vanse los dos con las manos enlazadas. Bernarda los sigue con muestras de abatimiento. Los agermanados les abren paso y los saludan con respeto.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero.

ESCENA I

SOROLLA *y* VICENTE, *por la puerta de la derecha.*

VIC. Te digo que entró.
SOROLLA. Y ¿está
en la casa?
VIC. No quisiera
mentir; pero me he plantado
desde entonces a esa puerta,
y no le he visto salir.
SOROLLA. ¿Y era Francín?
VIC. Francín era.
SOROLLA. ¿Y qué piensas de eso?
VIC. Tengo
por acá cierta sospecha.
SOROLLA. ¿Sospecha de quién? ¿presumes
que Bernarda?...
VIC. ¿Quién se acuerda
de Bernarda? Juan Lorenzo
es el que nos interesa.
SOROLLA. ¡Ya! ¿con que es de él?



VIC. Hace días
que ando escamado: el que crea
pegármela...
SOROLLA. Pero tienes
dudas...
VIC. No, casi evidencia.
Ve juntando cabos: él
nos ha metido en la gresca
con un objeto: igualar
la plebe con la nobleza.
Este afán, que en un hidalgo
digno de alabanza fuera,
en él no es sino ambición.
SOROLLA. Quizás.
VIC. No hay que darle vueltas.
El dijo: seamos iguales;
que es como si se dijera:
seamos todos caballeros,
y ricos a buena cuenta.
Se ve en Bernarda agraviado,
y a vengar aquella ofensa
nos llama; como que estaba
toda la masa dispuesta;
y cuando el pueblo creía
que iba a estallar la tormenta
de su indignación, se calma
y nuestras manos sujeta.
Salva al traidor, y lo fía
con su persona y su hacienda.
Di; ¿qué le habrán prometido?
SOROLLA. Baja la voz; si te oyera...
VIC. Es que vengo ya dispuesto
a hablar claro; de esta hecha
hemos de ver lo que puede

un albardero.
SOROLLA. ¿Qué intentas?
VIC. Juan Lorenzo no es el hombre
que nos conviene.
SOROLLA. ¿Eso piensas?
¿Pues quién es el que ha empeñado
a la plebe en esta empresa?
VIC. El.
SOROLLA. ¿Quién tiene para el caso
mayor prestigio y más fuerza?
VIC. Tú.
SOROLLA. ¿Te burlas?
VIC. Has ganado
mucho terreno en tu ausencia.
Ya verás.
SOROLLA. Pero Juan manda
en los gremios.
VIC. Norabuena;
no se reduce a los gremios
la población de Valencia.
Al rumor de estos trastornos
y novedades, empieza
a acudir a la ciudad
mucha gente forastera,
animosa, levantisca
y a cualquier lance resuelta.
A estos llaman desmandados,
porque no tienen bandera
hasta hoy; viven como pueden
y trabajan por su cuenta.
SOROLLA. Esa es la chusma.
VIC. Esa chusma
necesita una cabeza
y tú debes serlo: ¿entiendes?

SOROLLA. Entiendo: me lisonjeas.
VIC. Gracias a mí, ya hace días
estás bienquisto con ella.
SOROLLA. Eso no es malo.
VIC. Y conocen
una por una tus prendas.
—¿Te conviene?...
SOROLLA. Ya veremos.
VIC. Sí o no: decídete.
SOROLLA. Deja...
—Hablemos con Juan; sepamos
si es que a seguirnos se niega.
VIC. Se negará si Bernarda
lo exige.
SOROLLA. ¿Pues le gobierna?
VIC. Quien le hace entrar en la santa
hermandad de la paciencia...
SOROLLA. ¿Qué quieres decir?
VIC. ¿No sabes
que hoy mismo van a la iglesia?
SOROLLA. ¿Bernarda?
VIC. Con Juan Lorenzo.
SOROLLA. ¡Se casan!
VIC. Sí.
SOROLLA. Te chanceas.
VIC. Es la verdad.
SOROLLA. ¡Me ha engañado!
¡Estos los hermanos eran!
VIC. ¡Sí; hermano!
SOROLLA. ¡Hipócrita, infame!
VIC. ¿Te decides?...
SOROLLA. Por la guerra.
Tarde o temprano, ello había
de suceder; pues bien, ¡sea!

¡Adelante! estoy resuelto.
VIC. ¡Bien!
SOROLLA. Aunque todo se pierda.
VIC. En ganándonos nosotros...
SOROLLA. Sí, sí; pero antes es fuerza
desprestigiarle, y que el pueblo
clara su inconstancia vea.
Esperemos la ocasión
que ha de darnos la sentencia
contra el conde; es natural
que Lorenzo le defienda.
Si hoy es querido, pongamos
sus sentimientos a prueba
y es hombre al agua. Yo debo
ser fuerte con su flaqueza.
VIC. ¿Y si por ventura el Conde
no cumpliere su promesa?
pues hay alguien que asegura
que está ausente de Valencia.
SOROLLA. Si es así, la perdición
del pobre Lorenzo es cierta.
VIC. Cierta, irremediable; él debe
responder con su cabeza.
SOROLLA. No tanto.
VIC. Pues ¿le defiendes?
SOROLLA. Que viva: de esta manera
se gastará la afición
que aun el pueblo le profesa.
Hay muchos hombres que en vida
el mundo no considera,
que nada son, y con sólo
morir a tiempo interesan.
Y yo no sé por qué creo
que si Lorenzo muriera

por esta ocasión, la plebe
daba de nosotros cuenta.
VIC. Viva, pues.
SOROLLA. Sí, pero viva
para presenciar su mengua
y mi triunfo.
VIC. Ese es seguro.
SOROLLA. La mejor venganza es esta.
VIC. ¿Y entre tanto?
SOROLLA. Nuestra lucha
ha de ser igual, artera,
hipócrita; él da el ejemplo.
VIC. Es verdad.
SOROLLA. No tendrá queja.

ESCENA II

DICHOS y FRANCÍN, *que viene del interior de la casa.*

VIC. Alguien viene.
SOROLLA. ¿Quién?
VIC. Francín.
—Muy buenos días.
FRAN. Felices,
héroe del pueblo.
VIC. Lo dices
eso con un retintín...
FRAN. No, Vicente; no hay malicia
en mis palabras.
VIC. Te entiendo:
lo dices porque defiendo
los fueros de la justicia.
FRAN. Ni te insulto ni provoco,
y la causa es harto leve.
Yo también soy de la plebe.

Vic. ¿De la plebe? Poco a poco.
Fran. Y tu igual.
Vic. Quien tiene dueño
que le castigue y le mande,
a otro conoce por grande
y se confiesa pequeño.
Fran. Pequeño soy, es verdad;
y tú y todo.
Vic. ¡Error profundo!
—Pero ya brilla en el mundo
el sol de la libertad,
y no osará, cuando vibre
de su indignación el rayo,
medirse un pobre lacayo
con un ciudadano libre.
Fran. De la igualdad que proclamas
invocaré el santo nombre.
Sorolla. Un lacayo no es un hombre.
Fran. Pues dime: ¿cómo le llamas?
Sorolla. Quien tiene la servidumbre
por honrada ocupación...
Fran. Me es forzoso.
Sorolla. ¿La razón?
Fran. El deber.
Vic. Dí la costumbre.
Fran. Tengo señor tan humano
que no solo no me ofende,
sino que a mi bien atiende
con larga y pródiga mano.
Fuera enojoso y prolijo
contaros por qué le quiero;
fuí de su padre escudero
y me encomendó a su hijo;
y en fin, tengo contraída

obligación tan forzosa,
tal, que no hiciera gran cosa
en pagarle con la vida.

SOROLLA. Mas no tienes albedrío.

FRAN. No esperes que yo te arguya;
tal vez la razón es tuya;
yo hablo de un deber que es mío.
Si en tu conducta hay virtud,
yo tengo con mis señores
deudas de antiguos favores
que merecen gratitud.

SOROLLA. Pero ese innoble servicio
es bajo.

FRAN. ¡Cómo ha de ser!
Basta ya. (*Hace que se va.*)

VIC. Te voy a hacer
un regalo... de mi oficio.

ESCENA III

DICHOS *y* BERNARDA.

BERN. ¡Francín! ¿qué es esto?

FRAN. No es nada.

BERN. Pensé oír...

FRAN. Adiós, señora. (*Vase.*)

SOROLLA. ¿Y Juan?

BERN. Reposa.

SOROLLA. ¿A esta hora?

BERN. Le fatigó la jornada.

SOROLLA. Eso será. (*Con malicia.*)

BERN. Quiera Dios
que no minen su existencia...

SOROLLA. Ya has visto qué diferencia (*A Vicente.*)
tan grande hay entre los dos.

Presto en su triunfo se engríe,
él, mi maestro y modelo:
mientras él duerme, yo velo;
yo sufro, mientras él ríe.
(*A Bernarda con intención.*)
—Llámale.

BERN. ¿A qué es ese afán?

SOROLLA. O lo sentirás después.

BERN. ¿Por qué?

SOROLLA. Bajo nuestros pies
está rugiendo un volcán.
Él, que presume de diestro,
junto al riesgo se adormece.
El discípulo parece
que deja atrás al maestro.

BERN. Pues ¿qué hay?

SOROLLA. Las desdichas todas
se agolpan: al riesgo acuda.

BERN. ¡Desdichas!

SOROLLA. Vienen sin duda
a festejar vuestras bodas.

BERN. No hables así.

SOROLLA. ¡Conque es cierto!
Tienes marido...

BERN. Y honrado.

SOROLLA. Mas ¿por qué me has ocultado
vuestro amoroso concierto?

BERN. Basta, Sorolla; no empieces...

SOROLLA. Grande amor por él animas
si tanto a Lorenzo estimas
como a Sorolla aborreces.
¡Oh! pero aún no me conoces.

BERN. O calla, o sal de esta casa.

SOROLLA. Busco a Lorenzo.

ESCENA IV

DICHOS y LORENZO.

LOR. ¿Qué pasa?
SOROLLA. Soy yo.
LOR. ¿Por qué dabais voces?
SOROLLA. Te traigo nuevas que a fe
que han de probar tu paciencia.
Hay grande mal en Valencia.
LOR. Explícate.
SOROLLA. Así lo haré.
—Siguiendo las impulsiones
(*Con disimulada ironía.*)
de tu corazón sincero,
tú has sido el móvil primero
de nuestras alteraciones.
En muestra de gratitud
su jefe el pueblo te aclama,
y esta obligación te llama
a velar por su salud.
A Carlos fuimos a ver,
dóciles a tus consejos,
y entre aplausos y festejos
volvimos al Grao ayer.
Fruto fué de esta embajada,
logrado en término breve,
la libertad de la plebe
por el Rey autorizada.
Con tu victoria orgulloso
al término ansiado llegas,
—¡tal lo pensaste!— y te entregas
incautamente al reposo;
pero yo, que en este empeño

me encuentro más prevenido,
—¡pobre insensato!— he venido
a arrancarte de tu sueño.
LOR. ¿Qué es ello?
SOROLLA. Que la nobleza
con el Rey se confabula;
que la concesión es nula;
que se desdice su Alteza.
LOR. ¡Es posible!
SOROLLA. Y está el fuero
de don Pedro revocado.
Ya no puede ser jurado
quien no fuere caballero.
LOR. Protestaremos.
SOROLLA. ¿Qué importa
el ruego?, ¿qué la amenaza?;
sepa una vez esa raza
que nuestra paciencia es corta.
LOR. Protestaremos, te digo:
esto es lo que hoy nos conviene.
¡Guillén! la prudencia tiene
al celo por enemigo.
VIC. (¿Ves si su intención penetro?) (*Ap. a Gui-*
LOR. Hagamos ver al monarca [*llén.*)
que si en sus manos abarca
de entrambos mundos el cetro;
que si brilla siempre el sol
en su imperio dilatado,
la sangre que lo ha ganado
es la del pueblo español.
Si la nobleza por ley
es de su trono sustento,
la plebe es el fundamento
de la nobleza y del rey.

Según que goza o padece
frutos o espinas le manda,
y más rinde al que la agranda
que no al que la empequeñece.
Cierto de su amor leal
reinará sin sobresalto,
y en fin, se verá tan alto
cuanto suba el pedestal.
SOROLLA. Como esta ocasión no hay dos.
LOR. No hablemos de eso, te ruego.
SOROLLA. Aprovechémosla y luego,
ya que nos la ofrece Dios.
LOR. Pero, en fin, ¿cuál es tu idea?
SOROLLA. Fundemos nuestro dominio
sobre el total exterminio
de esa pérfida ralea.
LOR. ¿Para eso invocas el nombre
de Dios?
SOROLLA. ¿Pues no?
LOR. ¡Sacrilegio!
¡Guillén! mata al privilegio,
pero no toques al hombre.
SOROLLA. ¿Qué otro recurso hallarás?
VIC. Sufrir.
LOR. De eso no se trate.
Que nos llamen al combate;
suene el clarín y verás.
SOROLLA. Pues de hacer esa experiencia
también ha llegado el día.
LOR. ¿Cómo?
SOROLLA. El Duque de Gandía
está ya sobre Valencia.
LOR. ¿En son de guerra?
VIC. Está claro.

LOR. Si viene con ese intento,
hagamos porque al momento
le salga al paso Juan Caro.

SOROLLA. ¿No es mejor, ya que estos males
ha de curar el acero,
segar este semillero
de enemigos naturales?
¿Fiar quieres al azar
nuestra fortuna?

BERN. (¡Villano!)

SOROLLA. Lo que se tiene en la mano
no se pretende ganar.

VIC. Y tiene razón Guillén.

LOR. ¿Ese es también tu deseo?

VIC. Yo... yo no sé; pero creo...

LOR. ¿Qué?

VIC. Que esto no marcha bien.
Ya se cansa la paciencia
de ver que siendo los amos...
¡Vamos a ver! ¿cuándo echamos
a los nobles de Valencia?

LOR. ¿Tú también?

VIC. Hasta ese día
no habrá libertad ni fueros.
Plebeyos y caballeros
hacen mala compañía.
No ha de costarnos trabajo
dar a esa raza opresora
una buena lección, ahora
que los tenemos debajo.
¿Se puede? aquí que no peco.
¿No digo bien?

LOR. ¡Inocente!
no te hagas, pobre Vicente,

de esas doctrinas el eco.
VIC. Mientras tenga autoridad
esa gente, mucho dudo
que logre el pueblo menudo
descanso ni libertad.
La prueba es lo que me pasa:
porque desde larga fecha
debo la renta, se me echa
a la fuerza de mi casa;
y de mi entusiasmo en premio,
un jurado de la plebe
a reclamarme se atreve
la contribución del gremio.
LOR. ¿Y qué?
VIC. Ya ves que a este paso
volvemos a lo de ayer.
—Pregunto: ¿qué debo hacer
en uno y en otro caso?
LOR. Obedecer y pagar.
VIC. Es decir, que, chico o grande,
quien nos pida y quien nos mande
nunca nos han de faltar?
LOR. Nunca.
BERN. ¿Ves qué sencillez?
VIC. Pues, Lorenzo, si eso pasa,
mejor me estoy en mi casa.
Ya lo sé para otra vez.
LOR. Parece que me amenazas.
VIC. Yo... no.
LOR. ¿Pues qué significa?...
VIC. Otra cosa se predica
en las calles y en las plazas.
LOR. ¿Has visto qué rumbo extraño?... (*A Bern.*)
VIC. Pues dicen, y yo el primero:

"Pues que les sirve el dinero
para hacer al pueblo daño,
y esa gente trae encendida
de la discordia la llama,
el bien público reclama
que se tome una medida."

LOR. Y esa medida, ¿cuál es?

VIC. ¡Toma! que hagamos de modo
que no perjudiquen.

LOR. Todo
por el público interés.
—Eso está con la razón
y con la justicia en lucha.

VIC. Pues no falta quien lo escucha
y con cierta devoción.

LOR. Sólo a tu imbecilidad
tolero...

VIC. No lo disputo.
Lorenzo, yo seré un bruto;
pero estoy por la igualdad.

LOR. Cuando harto ya de sufrir
alcé esta santa bandera,
pensé que sólo tuviera
malvados que combatir:
conté con su ceguedad
para probar mi constancia;
pero no con la ignorancia,
más ciega que la maldad.

BERN. ¿Ves? (*Ap. a Lorenzo.*)

LOR. Y esa será mi cruz.

SOROLLA. ¡La ignorancia! ¿eso te asombra?

LOR. Sí, que esa es la única sombra
que se resiste a la luz.
Ya sé que no le hacen mella

la verdad ni el sentimiento.
¡Cuánto noble pensamiento
morirá embotado en ella!
Ya del mío la virtud
con el objeto se vicia:
si nos falta la justicia,
¿qué mayor esclavitud?
(*Cayendo en un sillón.*)

BERN. (¡Qué pálido está.) ¿Te sientes
mal?

LOR. ¡Dejadme, desdichados!

BERN. Idos.

VIC. Estamos medrados
si verdades no consientes.

SOROLLA. ¡Oh! no le irrites ¿ignoras
que de su mal la violencia
puede?...

LOR. Ya sé que la ciencia
tiene contadas mis horas.

SOROLLA. ¡No!, no es decir...

LOR. Sí, por Cristo;
mas vosotros... (*En tono irritado.*)

BERN. ¡Mira!, advierte...

LOR. Queréis abreviar mi muerte.

SOROLLA. Adiós.

VIC. No quiere: está visto. (*Ap. a Sorolla.*)

ESCENA V

BERNARDA *y* LORENZO.

BERN. Cálmate.

LOR. (Me ha afligido este debate.)

BERN. ¿Qué es eso?

LOR. Un desaliento repentino:

un malestar que mi firmeza abate.
Bern. Sin duda es el cansancio del camino.
—¿No has reposado?
Lor. No: largo y penoso
el tiempo ha sido.
Bern. El sueño...
Lor. Con empeño
en él busqué el reposo.
Bern. ¿Y no lograste?...
Lor. Sí; ¡pero qué sueño!
Bern. Después de tanto afán, no es maravilla,
y perderás la calma.
Lor. ¡Oh! y aun despierto ya, siento en el alma
el horror de mi negra pesadilla.
Bern. ¿La recuerdas tal vez?
Lor. Distintamente.
Tal fué su intensidad, que aun ahora creo
la siniestra visión tener presente.
Bern. ¿No me lo contarás?
Lor. Si es tu deseo...
Bern. Di.
Lor. Ya el naciente resplandor del día
comenzaba a alumbrar en mi aposento,
y aun de las olas de la mar sentía
mi sangre el perezoso movimiento.
Me abandonaba mi razón, inerte;
cerrábanse mis párpados; a poco
la tenue luz del alba se convierte
de vivo rayo en penetrante foco
y libre ya de aquella pesadumbre
abarcaba mi vista un encantado
rico país, por la esplendente lumbre
de un imposible sol iluminado.
Bosques, montañas, enramadas bellas

de robusto verdor, palmas gentiles,
sendas doradas; mas notaba en ellas,
como en los campos africanos, huellas
de fieras y reptiles.
Tranquilizó mi espíritu afligido
hallar a breve trecho
a un gallardo mancebo, que dormido
mostraba inerme el sosegado pecho.
Era un pobre pastor: por la pradera
triscaba su ganado
aquí y allí con rápida carrera,
dejando en la espinosa cambronera
de su vellón el copo enmarañado.
He aquí que de repente, de un fragoso
bosque, un león desmesurado avanza,
y salta, y sobre el grupo bullicioso
del ganado pacífico se lanza.
Rugiendo de placer, en un instante
arrebata una oveja,
que entre sus garras tiembla palpitante
y con balido trémulo se queja.
"¡Guarda el león!", grité, y arrebatado
de generoso impulso, hacia la fiera
me adelanté con ánimo esforzado;
y rugió sordamente
el vigoroso bruto, y los despojos
arrastrando a su cueva, de repente
despareció a mis ojos.
Tiemblo de gozo y vencedor me creo:
llamo al pastor; pero mi voz no escucha,
y le busco, y le veo
con una hiena en pavorosa lucha.
Pero ¡qué hiena!. Al paso que rutila
en sus miradas la fiereza insana,

despide su pupila
rayos oblicuos de expresión humana.
Y el pastor, apurando su agonía,
exclamaba con voz de angustia llena:
"¡Tu grito me mató!", y es que yo había
despertado a la hiena
que a largo espacio del pastor dormía.
Y yo que tan valiente y animoso
hice frente al león embravecido,
al oír este acento lastimoso
me sentí de pavor sobrecogido.
Tiemblo y huyo cobarde, en mi carrera
dejando atrás el bosque y la montaña,
hasta dar en la plácida ribera
que el fresco Turia baña;
y a mirarme pasar, alborotado
el pueblo acude en turba presurosa,
y de una pica al hierro ensangrentado
una cabeza se asomó curiosa.
¿De quién era? ¿de quién? Yo he conocido
las facciones terribles de aquel hombre;
mas ya..., ¡qué extraño olvido!,
ni su cara recuerdo ni su nombre.

BERN. Comprendo ese terror: ¿no será aviso
de Dios...

LOR. Tal vez.

BERN. Que de tu mal te advierte?

LOR. ¡Preocupación vulgar! ¿será preciso
que te escuche también el hombre fuerte?
¡No! ¡no! ¡necia aprehensión! Dios no re-
los sucesos futuros, [vela
y en vano el hombre penetrar anhela
más allá de sus límites oscuros.
Esos, de la pagana idolatría

sin duda son resabios,
o vanidad estéril de los sabios,
como la judiciaria astrología.
Olvidémoslo, pues; de otros temores
la expectación mi espíritu acobarda,
Si es verdad que han logrado los señores...
—Hoy tengo mucho en que pensar, Bernarda:
mil cosas a la vez. De cierto reo
hoy debe pronunciarse la sentencia.

BERN. Ya me olvidaba; hoy mismo, a lo que creo,
le tendrás en Valencia.

LOR. ¡Insensato!

BERN. Francín, mientras dormías,
me avisó de su próxima llegada.
Su palabra te cumple, pues le fías.

LOR. Más se la agradeciera quebrantada.
Caro, Périz y Coll serán sus jueces.

BERN. Dios en sus almas la piedad influya.

LOR. ¿Pensaste en nuestra boda?

BERN. Algunas veces.

LOR. ¿Cuándo será?

BERN. Mi voluntad es tuya.

LOR. ¡Y qué! ¿voy a ser dueño de tu mano?
¿puede tal dicha merecer un hombre?
(*Cogiéndola una mano, que ella procura hacerle soltar.*)

BERN. Adiós.

LOR. ¡Bernarda mía!

BERN. Adiós, hermano.
(*Desasiéndose de él, y alejándose.*)

LOR. Por la postrera vez te oigo ese nombre.
(*Vase.*)

ESCENA VI

BERNARDA; *luego el* CONDE.

BERN. ¡Buen Lorenzo!, ¡y cuánto me ama!
—Pero ¿cómo es que he podido,
siendo mi único deseo,
desconocer su cariño?
Y ¿cómo ocultarse pudo
a su perspicacia el mío?
—¡Cuánto nos hemos mirado!
¡qué tarde nos hemos visto!
—¿Quién es?
(*Viendo al Conde, que sale en este momento.*)
CONDE. ¿Bernarda?
BERN. (¡Aquí el Conde!)
¡Salid! ¡salid!
CONDE. No des gritos.
BERN. ¡Qué atrevimiento!
CONDE. Me tienes
con razón aborrecido.
Mas no temas; ahora vengo
a tu voluntad sumiso:
si con mucho afán te adoro,
con más respeto te miro.
BERN. ¿Qué buscáis?
CONDE. Busco a Lorenzo:
fuera de mi cuna indigno
quebrantar una palabra
a tan honrado enemigo.
Sé que de mi breve ausencia
se me acusa: ya me han dicho
que mi honor se ha puesto en duda
por engañosos indicios;

mas si el deber me ha llamado
a otra parte, ya cumplido,
vengo a probaros que soy
del nombre que llevo digno.

BERN. No lo ha dudado un momento
mi hermano; pero imagino
que vais a darle un pesar.

CONDE. ¿Con mi venida?

BERN. Os lo afirmo.

CONDE. ¿Por qué razón?

BERN. Porque está
vuestra existencia en peligro.

CONDE. ¡Mi existencia!

BERN. En sus rencores
el pueblo está endurecido,
y debéis temer...

CONDE. No alcanzan
hasta mi altura esos tiros.

BERN. La presunción os deslumbra:
mirad por vos; ¡idos, idos!

CONDE. ¿Y mi juramento?

BERN. Estáis
relevado de cumplirlo.
El jurado os amenaza;
no despreciéis el aviso,
que hay ya justicia en Valencia
y aquí no estáis muy bienquisto.

CONDE. ¡Yo huír de tales contrarios!

BERN. Sí, conde.

CONDE. Fuera el ludibrio
de la nobleza; el oprobio,
la deshonra de los míos.
¡Oh! por desgracia, no tiene
gran valor mi sacrificio:

mi riesgo está en otra parte;
está aquí; vive contigo.

BERN. ¿Otra vez!

CONDE. El desdeñado
siempre ha tenido permiso,
ya que sienta su desprecio,
para aliviarle en suspiros.

BERN. Pues yo no quiero escucharlos.

CONDE. ¿Ni aun quejarme?...

BERN. Os lo prohibo.

CONDE. ¿Hay tan fiera tiranía!
¡Y hablaréis de despotismo!
—Pero mi amor es muy grande;
puede mucho.

BERN. No conmigo.

CONDE. Podrá, mas sin ofenderte.
¡Bernarda! si hasta aquí he sido,
y con rubor lo confieso,
desalmado y libertino,
desde hoy por opuesto rumbo
la luz de tus ojos sigo.
No mires en mí al infame
que tu pudor ha ofendido,
y abra mi arrepentimiento
a tus piedades camino.
(*Bernarda hace que se va.*)
—No te alejes; es inútil,
o a dondequiera te sigo.

BERN. Pero esto es infame.

CONDE. Escúchame
hasta el fin, y me despido.

BERN. Hablad, pues.

CONDE. De Barcelona
en este momento mismo

llego, donde al rey de España,
don Carlos primero, he visto.
Después que hube terminado
asuntos de su servicio,
le hablé de mi amor, haciendo
confesión de mi delito.
Reprendiómelo el monarca;
me escudé con tus hechizos:
me habló de honor y deberes;
yo, de mi ardiente cariño;
y viendo que no podía
la razón nada conmigo,
"Ámala", exclamó; y entonces
sí que le escuché sumiso.
"Puesto que ese amor es causa
de alteraciones, me dijo,
nobleza para dos tienes:
casarte es mejor arbitrio."
De mi embajada, esto es
lo mejor que aquí he traído:
el consejo, de palabra,
y el mandato, por escrito.

BERN. ¿Nada más?

CONDE. ¿Pues no es bastante?

BERN. Y el Rey también os ha dicho
"Sé amado?" ¿Presume el Rey
disponer de mi albedrío?

CONDE. No manda en las voluntades;
pero sin duda ha creído
que mi amor... En este punto,
perdóname, estoy tranquilo.

BERN. Yo también: tan imposible
es que os dé jamás el título
de esposo... —En una palabra:

no os quiero para marido.
Suponed que yo os amara
con ardiente desvarío;
—y agradezco mucho al cielo
que me ha dado más juicio;
—nunca fuera vuestra esposa:
vuestros ultrajes indignos
lo hubieran hecho imposible
si posible hubiera sido.
CONDE. —Malhaya el corcel villano
que en el momento preciso
de alcanzar tan alta dicha
desmintió su ardiente brío!
BERN. ¡Bien, señor conde!, ya veo
que venís arrepentido.
CONDE. ¡Conque es decir, que prefieres
en tu loco desatino
tu pobreza a mi opulencia!
BERN. Y aun ganánciosa me estimo.
La riqueza..., Dios lo sabe,
me agrada, aunque no la envidio,
y a ser rico el que prefiero
no le dejara por rico;
pero ¿no será locura,
si por un falso egoísmo
en cambio de vanidades
mi voluntad esclavizo?
Si las galas han de ser
de mi libertad los grillos,
bien me estoy con la estameña
que mis manos han tejido.

ESCENA VII

DICHOS y JUAN LORENZO.

CONDE. Lorenzo viene.
LOR. ¡Era cierto!;
¡el conde en mi casa!
CONDE. El mismo.
¿No me esperabas?
LOR. Sí, conde.
CONDE. Pero estarás más tranquilo
ahora que me ves, ¿no es cierto?
LOR. ¿Y si al contrario, os afirmo?...
CONDE. Mas yo sé lo que me debo.
LOR. Decid; ¿a qué habéis venido?
CONDE. A cumplirte mi palabra.
LOR. A aumentar nuestro conflicto.
¿No sabéis que hoy os sentencian?
CONDE. Ya lo sé.
LOR. ¿Que con ahinco
se os busca por todas partes?
CONDE. Y ¿qué más?
LOR. Que estáis convicto...
CONDE. Y confeso: ¡si yo tengo
vanidad en mi delito!
Aquí estoy: venga en buen hora
esa turba de asesinos.
LOR. Mirad que la ira de un pueblo
es ciega.
CONDE. Yo le autorizo
a deshonrar mis blasones
si me arrancan un gemido.
BERN. Mas ¿cómo han averiguado
su venida?

LOR. Es muy sencillo.
Ha hecho cubrir de carteles
los más frecuentados sitios
de la ciudad, en que da
de su llegada el aviso.
CONDE. En casa de Juan Lorenzo
espero mi fallo, digo;
y a jueces y a pueblo, a todos
y juntos los desafío.
LOR. ¡Santo Dios! ¡qué poderosa
es la vanidad!
BERN. ¿Qué gritos (*Desde la ventana.*)
son esos?
LOR. ¡Callad! (*Acercándose a la ventana.*)
BERN. Si llegan
a encontrarle en este sitio...

ESCENA VIII

DICHOS *y* VICENTE.

LOR. ¡Vicente!
BERN. ¿Vendrá a avisar
lo sucedido?...
VIC. (Ecce homo...)
(*Viendo al Conde.*)
LOR. ¿Vienes del tribunal?
VIC. ¿Cómo
había yo de faltar!
Toda la flor de Valencia
estuvo: ¡fué cosa brava!
LOR. ¿Hablarás?
VIC. Ahora se acaba
de pronunciar la sentencia.

BERN. ¿Y es?
VIC. Caro lo contradijo;
pero habló poco: fué cauto.
En fin, acordóse el auto
tras de un examen prolijo,
y os aplican, por aquella (*Al conde.*)
y esta y las otras razones,
la pena que a Gil Quiñones,
raptor de Juana Corella.
LOR. ¿Es cierto?
VIC. Y en muy concisas
palabras.
BERN. ¡Eso es terrible!
LOR. ¡Pena de muerte!
CONDE. (*Con tranquilidad.*) Imposible.
VIC. (Ya te lo dirán de misas.)
Así el tribunal lo acuerda;
y en horca.
CONDE. ¡Insulto grosero!
¡horca para un caballero!
VIC. Con tres palos y una cuerda.
CONDE. ¡Malsín! (*Empuñando la espada.*)
VIC. Yo no aumento nada.
LOR. ¡Calla!
CONDE. Su audacia me admira.
LOR. Conde, sosegad la ira,
que ya es inútil la espada.
(*Viendo aparecer a la puerta algunos desmandados.*)
CONDE. Esto es mi indignación
y no miedo a la sentencia;
que antes se hundirá Valencia
que llegue a la ejecución.
Pero de esos leguleyos

váyase el celo a la mano,
que aquel raptor fué villano.

ESCENA IX

DICHOS *y* GUILLÉN SOROLLA: *entran en la escena los* DESMANDADOS.

SOROLLA. Ya somos todos plebeyos.
LOR. ¡Vienes a vengarte! (*Al oído de Sorolla.*)
SOROLLA. No.
LOR. ¡A asesinarle, insensato!
SOROLLA. No, Juan; no hay asesinato
donde la justicia habló.
Le mata su mano fuerte.
LOR. ¡Cómo han unido los hombres
los dos enemigos nombres
de la justicia y la muerte!
SOROLLA. Esa pena y otras tales
sancionaron sabios reyes,
y está escrita en nuestras leyes,
hoy para todos iguales.
"El que robare doncella
por fuerza", escrito allí está
sin más glosa, "morirá."
LOR. "Si no casare con ella."
BERN. Mas como noble y cristiano
que a su obligación responde,
a mi casa vino el conde
para ofrecerme su mano.
CONDE. Ahora resisto... (*Con altivez.*)
BERN. Jurad
que no me habéis prometido,
hidalgo, ser mi marido.
CONDE. Nunca niego la verdad.

BERN. Yo lo acepto.
CONDE. ¡Qué! ¡sería
posible!...
VIC. ¡Está en su juicio!
LOR. (¡Comprendo tu sacrificio,
pobre compañera mía!)
CONDE. ¡Si esa ventura me ofreces,
yo feliz!
SOROLLA. Antes hagamos
otra averiguación.
BERN. Vamos
adonde están vuestros jueces.
SOROLLA. ¡Bernarda!
VIC. (¿Será verdad?)
SOROLLA. Pero el rapto es un delito...
BERN. ¡Calla!
SOROLLA. No.
BERN. Calla, repito:
contó con mi voluntad.
SOROLLA. Mas puso a tu infamia el sello
con aquel ultraje.
BERN. No:
no hubo ultraje, porque yo
di licencia para ello.
¡Qué obstinación! ¡qué placer
el tuyo, tan singular!
nada quieres perdonar
al rubor de una mujer.
SOROLLA. Bernarda, sigue la huella
que los nobles nos trazaron:
ellos jamás perdonaron:
imita a Juana Corella.
BERN. ¡No! ¡no! (*Desde la puerta del fondo.*)

(Vase por el fondo acompañada del conde y seguida de Vicente y algunos desmandados.)

ESCENA X

Lorenzo, Guillén Sorolla y desmandados.

Lor. ¡Su piedad le valga!
Sorolla. ¿No te indigna esa mujer?
Lor. Deja a la plebeya, ser
más hidalga que la hidalga.
Sorolla. Lo que noto, lo que veo,
es que en su orgullo insolente,
siempre y en todo esa gente
se sale con su deseo.
Con el desprecio en los labios,
con el rencor en el alma,
nos quita la honra y la calma,
y nos las paga en agravios.
¡Pueblo! a vengarlos te exorto:
no te queda otra esperanza;
pero marcha a la venganza
por el camino más corto.
No uses de piedad: arrolla
cuanto se oponga a tus iras.
Desm. ¡Viva Guillén!
Sorolla. ¡Qué! ¿me miras?
Lor. ¡Te compadezco, Sorolla!
Sorolla. Piensa en que va por allí,
ajena ya, tu Bernarda:
acuérdate de eso, y guarda
la compasión para tí.
Lor. Prefiero mi acerba pena

a tu victoria imprudente.
SOROLLA. Estamos ya frente a frente.
(*Vase seguido de los desmandados.*)
LOR. Yo he despertado a la hiena.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

JUAN LORENZO, *que viene de la calle y se dirige a su habitación después de examinar un momento la escena:* *luego* GUILLÉN SOROLLA.

LOR. ¡Nadie!... ¡mejor! me avergüenzo
de que mis rojas pupilas
vea Bernarda. —¡Qué! ¿aún vacilas?
te arrepientes, Juan Lorenzo?
¡Ea! ¡adelante! es ya tarde!
si es que vencer te propones,
cesen las vacilaciones
de tu espíritu cobarde.
—¡Cobarde! ¡ay, no! quien destruye
su felicidad mayor
no es un cobarde: en amor
el valiente es el que huye.
(*Sorolla le detiene en el momento en que va a entrar.*)

SOROLLA. ¿A dónde vas?

LOR. ¿A qué vienes?

entre nosotros no hay ya
lazo alguno...
SOROLLA. Vuelve acá
y dime: ¿qué es lo que tienes?
LOR. Aparta.
SOROLLA. Aún puedes conmigo
y en tu provecho hacer paces.
LOR. Nunca, Sorolla.
SOROLLA. Mal haces,
que soy temible enemigo.
LOR. Mas ya invulnerable soy.
SOROLLA. No conoces mi poder.
LOR. Pues di: ¿me puedo ya ver
más bajo de lo que estoy?
Aparta, digo.
SOROLLA. Cualquiera
al verte, ¡por vida mía!,
de tu aliento dudaría.
—Aún no se ha casado: ¡espera!
LOR. No me hables ya de esperanza:
ya no la hay sino en la muerte
para mí.
SOROLLA. Vengo a ofrecerte...
LOR. Nada quiero.
SOROLLA. Mi alianza.
Pero jura aborrecer
como yo, con alma y vida,
y siempre, a esa fementida,
a esa pérfida mujer.
LOR. No la ultrajes: te lo ruego.
SOROLLA. ¿Aún la defiendes?
LOR. Te juro...
—Grande es mi amor, pero es puro;
ardiente, pero no ciego.

SOROLLA. Sólo esa respuesta da...
LOR. El que su dicha desea.
SOROLLA. Pues yo no quiero que sea
del conde, y no lo será.
Esto a proponerte vengo:
¿lo aceptas? vamos a una:
¿no lo aceptas? por fortuna
medios para todo tengo.
LOR. ¿Qué vas a hacer?
SOROLLA. ¡Por mi nombre!
ya sabes mi historia amarga.
Tengo una cuenta muy larga
que ajustar con ese hombre.
Si hasta ahora he sellado el labio
aplazando mi venganza,
sepa que ya en la balanza
he puesto el último agravio;
y hoy verá si vengador
de mis pesares ocultos,
sé pagar años de insultos
con instantes de dolor.
Ahora que por tal estilo
vengarme se me concede,
¡mira! ¡no sé cómo puede
vivir ese hombre tranquilo!
¡Oh! ¡si el cabello al primer
murmullo no se le eriza,
si no teme mi ojeriza,
¡qué valor debe tener!
LOR. ¡Oh! (*Mirándole con espanto.*)
SOROLLA. Y al salirle al encuentro
aspiro a un objeto doble.
LOR. ¿Qué más?
SOROLLA. Que no quede un noble

de las murallas adentro.
LOR. A mucho aspiras.
SOROLLA. A más
se atreve y hará mi bando.
A las gentes que yo mando
esa gloria deberás.
LOR. Pero ¿cómo!
SOROLLA. Es muy sencillo,
y aun verás otras empresas.
LOR. Guillén: ¿qué gentes son esas
que te llaman su caudillo?
Desde que eres tú el más fuerte,
una noche no ha dormido
Valencia, sin que al ruido
de algún crimen se despierte.
Dicho sea entre los dos,
aborrezco a esa canalla
que hace campo de batalla
hasta la casa de Dios.
Así, pues, ¿no me dirás,
—que conocerla deseo—
qué gente es esa, que creo
no haberla visto jamás?
SOROLLA. La plebe es, que sin empacho
a los tiranos se atreve.
LOR. Mentira: esa no es la plebe.
SOROLLA. ¿No? pues ¿qué es?
LOR. El populacho.
SOROLLA. Mas quiere...
LOR. No me persuades.
Quiere licencia o cadenas.
Para esas gentes, son buenas
todas las calamidades.
SOROLLA. ¡Vive Dios!

LOR. Deja ese bando
y oye a tu propio egoísmo.
Tú no has medido el abismo
donde te vas despeñando.
Mientras con tales horrores
su buen nombre menoscabes,
el pueblo hallará suaves
sus antiguos opresores;
y tras de algún alboroto
pondrá a su infortunio el sello
soldando sobre su cuello
la argolla que ayer ha roto.
No le acuses si volver
le vieres a ser esclavo.
¿Qué le ha de importar, si al cabo,
de uno u otro lo ha de ser?
SOROLLA. No me hagas tales ofensas:
yo que de buena fe voy...
LOR. No me lo niegues: estoy
oyéndote lo que piensas.
Se están en tu corazón
librando espantosa lidia
el despecho con la envidia;
la rabia con la ambición.
SOROLLA. Tu causa juré en las aras.
LOR. No; tú no tienes bandera:
a tener una... cualquiera,
Guillén, no la deshonraras.
SOROLLA. No me insultes
LOR. Es un lago
irritado, este que miras,
y que alteraron mis iras
en momento bien aciago:
y cuando se oye aún bramar

del huracán la violencia,
y consagro mi existencia
a la causa popular,
tú, esquivando mis afanes,
a aprovechar te das prisa
la perturbación precisa
que llevan los huracanes.
Tú de las aguas furiosas
sondaste el revuelto seno
creyendo encontrarlo lleno
de riquezas fabulosas.
Pero, ¡ay necio, que te engañas!
lo que has arrancado al fondo
no es sino el légamo hediondo
que se pudre en sus entrañas.

ESCENA II

Dichos y Vicente.

Lor. ¿Qué traes, Vicente?
Vic. Hay noticias
de Juan Caro: un desmandado
del campo, me las ha dado.
Sorolla. ¿Son malas?
Vic. No espero albricias.
Lor. Eso es decir...
Vic. Sólo digo
lo que digo.
Lor. No repares...
Vic. Se han vuelto los populares
sin buscar al enemigo:
y la gente descontenta
dice, bramando de enojo,
que fueron por el despojo

y se vuelven con la afrenta.
LOR. ¿Qué dices? (*A Sorolla.*)
SOROLLA. Que por lo visto
hay traidores.
VIC. Sí.
SOROLLA. ¿Lo dudas?
LOR. ¿Qué he de dudar? ¿no hubo un Judas
capaz de vender a Cristo?
Y al cabo conseguirán...
SOROLLA. Mas no provocan tu encono.
LOR. Es que ya los abandono
a su conciencia.
SOROLLA. No, Juan:
es que empezaste muy fiero
y te has quedado sin pulso.
Siempre es el que da el impulso
el que se cansa primero.
Así de tu autoridad
el brillo has menoscabado;
pero yo que no he gastado
mi fuerza y mi voluntad,
aunque pequeño y ruín,
desde hoy con mayor aliento
llevaré tu pensamiento
a su venturoso fin.
VIC. ¡Qué! ¿ya reñís? ¡mal presagio!
LOR. Por distinto mar corremos:
mas todos nos hallaremos
en el día del naufragio. (*Vase a su habitación.*)

ESCENA III

Sorolla y Vicente.

Sorolla. ¿Qué te parece? ¿has oído?
Vic. Sí.
Sorolla. ¿Y qué?
Vic. Cuanto aquí oigo y veo
me escama: ahora sí que creo
que Lorenzo se ha vendido.
Sorolla. Deja del pueblo la suerte
en mis manos.
Vic. ¡Mentecato!
Sorolla. Sin duda el frecuente trato
con los nobles, le pervierte.
Con ellos todos los días
en roce, ¿a quién se le oculta?...
Vic. Ahí tienes lo que resulta
de las malas compañías.
Sorolla. Pues bien: pese al mismo rey,
¡qué diablos! hagamos algo,
y aquí no quede un hidalgo,
a empezar por el virrey.
Tenemos autoridad,
hierro, manos y ardimiento,
¡y aún no barre nuestro aliento
de esas gentes la ciudad!
Vic. Pues a ver cómo les ganas
por la mano.
Sorolla. Dios mediante...
Vic. ¿Cuándo ha de ser?
Sorolla. Al instante.
Vic. ¿Echo a volar las campanas?
¡Caigan los pájaros gordos!

(*Haciendo que se va.*)

SOROLLA. Espera: otro es mi deseo,
y con tanto campaneo
los más se han quedado sordos.

VIC. Pues ¿cómo?

SOROLLA. De esta manera.
Supón que un caudillo, un trece,
asesinado perece
por un hidalgo cualquiera.

VIC. ¡Y si fueras tú, Guillén! (*Entusiasmado.*)
¡Hombre! ¡la ocurrencia es brava!
te juro que se abrasaba
toda la ciudad.

SOROLLA. Pues bien;
yo he de ser el muerto.

VIC. ¿Cierto?
—¡Qué noble!

SOROLLA. (¡Qué imbécil eres!)

VIC. Ya comprendo lo que quieres.

SOROLLA. Pues figúrate que he muerto.

VIC. Cuando hay corazones tales
¿quién nuestras cervices doma?
Envídiennos Grecia y Roma:
sepa el mundo lo que vales.
Tú quieres tu sangre dar
en generoso tributo...

SOROLLA. ¡No, hombre! ¡no! (¡Tiene este bruto
un modo de interpretar!...)

VIC. ¿No dieras tu vida?...

SOROLLA. Sí,
cuando fuera necesario.

VIC. ¿Con que no es eso?

SOROLLA. Al contrario:
hago mucha falta aquí.

Mi muerte ha de ser fingida:
tú das la nueva, yo estoy
oculto entre tanto, y hoy
no nos queda un noble a vida.
—¿No es igual?

VIC. No, a la verdad;
que a ser cierta y no ficticia,
pudiera dar la noticia
con más naturalidad.

SOROLLA. ¿Vamos?

VIC. Aunque no sea justo
así, a secas...

SOROLLA. Oigo ruido. (*Llevándoselo.*)

VIC. Muchas veces he mentido;
pero no tan a mi gusto. (*Vanse.*)

ESCENA IV

BERNARDA, *luego la* MARQUESA.

BERN. ¿Quién hablaba aquí? ¡dos hombres!
(*Asomándose a la ventana.*)
Aunque empieza a anochecer,
los reconozco: Vicente
es uno, y Sorolla aquél.
¡A qué vino ese malvado
a esta casa? Bien se ve
que falta de aquí Lorenzo.
Cerremos la puerta... ¿Quién?
(*Al ir a cerrar la puerta, aparece en ella la marquesa cubierta con un manto. Se descubre al entrar.*)

MARQ. ¡Bernarda, amiga!

BERN. ¿Qué es eso?
¿cómo a estas horas?...

MARQ. Tal es
mi temor.
BERN. ¡Y sola!
MARQ. Sí,
que esto ha sido menester.
—A solicitar tu amparo
vengo.
BERN. ¡Mi amparo queréis!
En bien miserable estado
habéis debido caer.
MARQ. En efecto, y a ti vengo
llena de espanto.
BERN. ¿Por qué?
MARQ. ¿Por qué ha de ser? porque en esta
vertiginosa Babel,
se desconoce el respeto
y se ha olvidado el deber.
Esta noche ha pretendido
amenazador tropel
de desmandados, las puertas
de mi palacio romper,
y dejó, como señales
de tamaña avilantez,
horadadas las paredes
y quebrantado el cancel.
BERN. ¡Malvados!
MARQ. Por eso vengo
a implorar esta merced
por solo una noche. —¿Dudas,
o recelas?...
BERN. Me ofendéis.
Si débil y sola, tanto
puede una pobre mujer...
MARQ. ¿Y Juan Lorenzo?

BERN. ¡Ay, señora!
MARQ. ¡Qué, vacilas!
BERN. No lo sé.
Tres días hace que huyendo,
en abandono cruel
me deja.
MARQ. ¿Cómo es posible!
BERN. ¡Tres días, señora! ¡tres!
Yo, que antes que de la paz
llorara perdido el bien,
¡no he pasado un solo día
sin que me mirara en él!
—Pero antes son vuestras penas:
las mías vendrán después.
—¿Cómo es que a los desmandados
tan ciego rencor debéis?
MARQ. Tu sacrificio sublime
en ellos ha hecho crecer
el odio contra mi hermano.
BERN. ¡Vuestro hermano!... responded:
¿aún está en Valencia?
MARQ. Nada
le ha podido convencer.
Cada vez más obstinado,
más amante cada vez,
ahora anima su esperanza
con la fuerza del deber.
BERN. ¡Ese hombre quiere mi muerte!
—Por salvarle, no dudé
en calumniarme a mí misma
lastimando mi honradez.
Una tregua, un breve plazo
para salvarle, busqué;
pero no voy más allá,

que aún me fuera más crüel
dar mi libertad a un hombre
a quien no puedo querer.
MARQ. ¿Pues le aborreces?
BERN. Lo ignoro.
MARQ. ¿Qué dices?
BERN. No lo extrañéis.
¡Hace tan poco, señora,
que he aprendido a aborrecer!
Pero que nunca ha de verme
su esposa, que amante fiel
guardo a Lorenzo en el alma,
¡vaya! ¡eso sí que lo sé!
MARQ. ¿Y si llega a abandonarte?
BERN. ¡Lorenzo! ¡no puede ser!
vendrá.
MARQ. ¿Pues de qué lo sabes?
BERN. Vendrá. —¿No os lo dije?
(*Señalando a Lorenzo, que aparece en este momento a la puerta de su habitación.*)
Él es.
MARQ. Ánimo.

ESCENA V

DICHOS *y* LORENZO.

BERN. ¿No estoy temblando?
LOR. (¡Ay, desdichados amores!)
(*Va a atravesar el teatro.*)
MARQ. Ven aquí: yo te lo mando.
BERN. No: yo te lo ruego; ¿cuándo
tendrán fin estos dolores?
LOR. Hoy mismo. (*Con severidad.*)
MARQ. Estoy de por medio,

y es injusto ese desvío.
Bern. ¿Qué tienes?
Lor. Cansancio y tedio;
pero al fin hallé el remedio
a tu mal... ya que no al mío.
Bern. ¿Cuál?
Lor. La ausencia lo ha de ser:
y en medio poniendo el mar
que facilite el deber,
ni yo te veré casar
ni tú me verás volver.
Marq. ¡Insensato!
Bern. ¡Pobre amigo!
¡casarme yo! ¡estás terrible!
Lor. ¿No?
Bern. ¡Cuando yo te lo digo!
—¡Pero Lorenzo! ¿es posible
que tú te enojes conmigo?
Si son de tu amor despojos
mis gustos; si eres mi gloria,
dando tregua a tus enojos,
recuérdalo en tu memoria
o pregúntalo a mis ojos.
Lor. ¡Basta, Bernarda!
Bern. ¡No! ¡espera!
escúchame si no quieres
que de este pesar me muera.
Lor. ¡Déjame huír!
Bern. ¡Huír!
Marq. Eres
un insensato, una fiera.
Lor. ¿Por qué?
Marq. Su defensa tomo,
porque en tí no encuentro asomo

de amor, sino de egoísmo.
¿Dudas de Bernarda?

LOR. ¿Cómo,
si es la mitad de mí mismo!
Ya sé el móvil que la inspira,
que no es tan ciega mi ira
ni mi razón es tan ruda:
pues ¡qué, señora! ¿se duda
del aire que se respira?
Y ese es mi duelo mayor,
señora, y esa es mi pena;
que conociendo su amor
a perderlo me condena
del vulgo ciego el error.

MARQ. ¿Quién oye esa autoridad!
¿quién que de intento no vaya
contra la misma verdad,
tira un diamante porque haya
quien dude de su bondad!

BERN. ¡Señora! ¿que eso os asombre!
se trata de su renombre,
de su honor, de sus deberes.
Ante la fama de un hombre,
¿qué valemos las mujeres?
Miradlo en mí: ¿yo he dudado
en poner mi nombre honrado
de la calumnia al juicio?
¿no hice de estar a su lado
el valiente sacrificio?
Yo, que aunque humilde, soy dama,
antepuse a mis sonrojos
el amor que hacia él me llama,
y amante, cerré mis ojos
al peligro de mi fama.

¿Verdad? y eso que tenía,
para que ningún tormento
faltara a la pena mía,
entero convencimiento
del peligro que corría.
Pero me dije, contenta
con mi inmerecida afrenta,
aunque era afrenta cruel:
"Vaya de su dicha a cuenta;
sufrámosla, que es por él."
Y mi honor saldrá a su encuentro,
que un trono en mi pecho tiene
y está en él como en su centro.

LOR. Mas la honra...

BERN. La honra no viene
de afuera; sale de adentro.

MARQ. Más fe merece a mi hermano,
que de su honradez seguro,
la ofrece su noble mano.

LOR. Teneis razón.

MARQ. Y no en vano;
eso también te lo juro.

LOR. Pues yo no debo, no quiero
matar tu dicha; eso no,
que tu bien es lo primero.
Mejor suerte te brindó
el amor de un caballero.

BERN. Mas cuando el cariño falta,
¿qué importa que el oro sobre?
Ni a mí la ambición me exalta,
ni quiero dicha más alta
que ser de mi amante pobre.

LOR. (¡Y aún resisto!...)

BERN. Aquí me trajo

la mano de Dios; aquí
en estado humilde y bajo,
me he acostumbrado al trabajo
y me he acostumbrado a tí.
Pongo a tu fe por testigo:
ya para olvidarte es tarde,
y si es del cielo castigo,
otra pena no me guarde
que vivir pobre y contigo.

LOR. (*Medio vencido.*)
¡Por Dios!... —¡Ay, Bernarda mía!

BERN. ¡Lorenzo! (*Con esperanza.*)

LOR. Enjuga tu llanto.

BERN. ¡Lorenzo!

LOR. Ya yo sabía
que resistir no podía
de tu palabra al encanto.

BERN. Pero ¡es posible!

LOR. ¡Sí, hermosa!
al fin la fuerza rebosa
de mi cariño profundo.
Hoy mismo serás mi esposa,
piense lo que quiera el mundo.

ESCENA VI

DICHOS *y el* CONDE.

LOR. Venid, conde.

CONDE. (*A Bernarda.*) Recibí
tu billete, y ¡vive Dios!
lo que más siento es que tengas
contra mí tanta razón.
Pero no darme la vida
hubiera sido mejor

que engañar mis esperanzas.
BERN. La suerte así lo ordenó.
MARQ. ¿No sabes que ama a Lorenzo?
CONDE. Bernarda, agradece a Dios
que te da tan buen esposo.
BERN. Es verdad.
CONDE. Mejor que yo.
LOR. ¡Conde!...
CONDE. Digo lo que siento:
soy un insensato, soy
un loco; pero no tengo
corrompido el corazón.
LOR. Pues bien, dadme de ello ahora
una prueba: ya pasó
el primer riesgo; evitadnos
de otro segundo el temor.
Salid de Valencia.
CONDE. ¡Nunca!
LOR. Es necesario.
CONDE. Eso no.
LOR. Pero mientras vos estáis
expuesto al ciego furor
de esos hombres, ni conviene
ni es posible nuestra unión.
CONDE. Nadie se atreve...
LOR. Eso es cierto,
porque imaginan que sois
esposo de quien ha dado
a otro hombre su corazón.
CONDE. Pues bien: por ti, por tu dicha,
por la de Bernarda, estoy
dispuesto a todo; mas pronto
volveré.
LOR. ¡Quién sabe! Adiós.

CONDE. Mira: la verdad, Lorenzo,
es que puede tu valor
estar satisfecho, si era
darnos miedo tu intención.
Libre el pueblo y de su fuerza
una vez conocedor,
temblamos cuando irritado
sus cadenas removió.
Mas ahora que los delirios
de esa canalla feroz
derraman en vuestro seno
espanto y desolación,
ahora, Lorenzo, ese mismo
pueblo, con alto clamor
nos llama: Guillén Sorolla
tus proyectos atajó.
LOR. Acaso es cierto.
CONDE. No dudes
que ya se acerca...

ESCENA VII

DICHOS y FRANCÍN.

FRAN. ¡Señor!
CONDE. ¿Qué es eso, Francín?
FRAN. ¡Aprisa!
Poneos en salvo: veloz
como el pensamiento, corre
por la ciudad un rumor...
CONDE. Pero explícate: ¿qué es ello?
FRAN. Cunde entre el pueblo la voz
temerosa de la muerte
de Sorolla el tejedor.
LOR. ¡Sorolla ha muerto!

FRAN. Eso afirman;
y en terrible confusión
empieza a invadir las calles
gentío amenazador.
Huíd; no perdáis momento.
CONDE. ¿Y qué tengo que ver yo?...
MARQ. Habla, Francín.
FRAN. De esa muerte
dicen que sois el autor.
CONDE. ¡Ah! me acusan...
FRAN. Y al virrey
y a los nobles juran que hoy
se vengan de los hidalgos,
y sobre todo de vos.
MARQ. ¡Hermano mío!
CONDE. Veremos
si se atreven...
(*En ademán de dirigirse a la calle.*)
BERN. Por Dios, ¡no!
MARQ. Detente.
LOR. ¡Dónde vais! Eso
es locura y no valor.
Ya me lo habéis prometido
y yo tranquilo no estoy
hasta veros partir.
CONDE. Sea.
FRAN. Mas de esa capa el color
puede venderos.
(*Quiere cambiar su capa con el conde.*)
CONDE. ¿Pues quieres
también esta humillación?
MARQ. Déjale hacer.
CONDE. No consiento.
LOR. Hacedlo por mí, señor;

vuestro orgullo compromete
no una vida, sino dos.
Considerad que es mi noche
de bodas.

CONDE. Tienes razón.
Toma, Francín.
(*Cambia de capa con Francín.*)

FRAN. Con mi capa
cubrios.

CONDE. ¿Dónde vas?
(*A Lorenzo, que toma también su capa.*)

LOR. Voy
a acompañaros.

CONDE. ¿Adónde?

LOR. Yo lo sé: venid en pos
de mí.

CONDE. Por ese arrabal...

LOR. Dudo que a la luz del sol
salgáis de ese laberinto,
y ha tiempo que anocheció.
Dejadme.

BERN. Sí.

MARQ. Sí.

LOR. Conozco
el camino, y no hay rincón,
no hay acequia ni revuelta
que a ciegas no encuentre yo.

CONDE. Vamos, pues; pero le juro
por mi nombre a ese traidor,
si no ha muerto...

LOR. Muerto o vivo,
que no le abandone Dios.
(*Vanse por la derecha el conde, Lorenzo y Francín.*)

ESCENA VIII

BERNARDA *y la* MARQUESA.

BERN. No temáis; aunque furioso
el pueblo se descarría
alguna vez, todavía
ama y respeta a mi esposo.
MARQ. Y lo merece.
BERN. ¿Es verdad?
MARQ. Y si todos como él fueran,
¿quién duda que merecieran
completa esa libertad?
Cierto, y de tu amor ufana
debes estar.
BERN. ¡Si es mi vida!
MARQ. Oye, tengo decidida
mi marcha para mañana.
BERN. Mirad...
MARQ. No; pueden mi huella
seguir; el peligro apura,
y no me creeré segura
hasta encontrarme en Morella.
Antes la mayor de todas
tus dichas presenciaré,
y si consientes, seré
madrina de vuestras bodas.
BERN. ¡Ah, señora!
MARQ. Y puesto que hoy
se estrechará el santo nudo...
BERN. ¡Hoy!
MARQ. El nos lo ha dicho.
BERN. Aún dudo.
MARQ. ¿Por qué?

BERN. Tranquila no estoy.
MARQ. ¿Qué temes?
BERN. ¡Ay!
MARQ. Me sorprendes.
BERN. Ser Lorenzo tan honrado
es mi orgullo... y mi cuidado.
MARQ. Con esa duda le ofendes.
BERN. Si a tal extremo la llama
de su afecto le redujo,
temo que pierda su influjo
si oye otra vez a su fama.
MARQ. No lo hará: yo te lo fío.
BERN. Mi cariño es receloso.
MARQ. Calla, y sorprende a tu esposo
con el nupcial atavío.
Ufano tienda tu amor
de su esperanza las alas:
viste tus mejores galas.
BERN. Mi cariño es la mejor.
MARQ. Advierte que a tu presencia
pronto alegre volverá,
y el celo agradecerá
de tu amorosa impaciencia.

ESCENA IX

DICHOS *y* VICENTE, *que sale corriendo y cierra tras sí la puerta que da a la calle.*

BERN. ¡Un hombre!
VIC. Les di esquinazo.
MARQ. ¿No es Vicente?
BERN. ¿Qué te pasa?
VIC. Si está más lejos tu casa
me rompen el espinazo.

BERN. ¿A ti? ¿Cómo puede ser?
VIC. Pues ¿eso te maravilla?
MARQ. ¿Pero quién fué?
VIC. Gentecilla
que no tiene que perder.
—Cuando salí de aquí, nada
noté que oliera a tumulto;
guardé, sin embargo, el bulto,
y penetré en mi morada.
Esperábame impaciente
un labrador de Gandía,
¡buen hombre! que me traía
cierta carta de un pariente,
que me dice: "Hay novedades;
por esta te participo
que ha dado ya el postrer hipo
tu tío Martín Puyades,
y en el trance lastimero,
no pudiéndose llevar
su hacienda, aunque a su pesar,
te ha nombrado su heredero."
¡Tío! ¡mi opinión impía
de tu bondad rectifico!
¡Pobre viejo! —¡Y era rico! (*Enternecido.*)
¡más de lo que yo creía! (*Sollozando.*)
—Por mí solo, por hacer
mi felicidad fué avaro.
Ahora es cuando encuentro claro
(*Serenándose de repente.*)
y justo su proceder.
MARQ. Y en fin...
VIC. En fin, de mi asombro,
que no de mi aturdimiento,
vuelvo apenas, cuando siento

que me tocan en el hombro.
Era un pobre menestral
de mi casa, que azorado:
"El pueblo está alborotado",
me dice; "es cosa formal".
¡Salgo, y una danza encuentro
armada de Lucifer!
Tiemblo. —(¡Yo que estaba ayer
en ellas como en mi centro!)
Escaparme solicito
y esto aviva su sospecha;
me cerca el grupo y se estrecha.
"¡Soy de los vuestros!", les grito;
pero ¡inútil precaución!
tal era su furia brava,
que con ellos no bastaba
ni esta recomendación.
Uno alzó en este momento
pica, lanza o lo que fuera;
pero yo le dije: "Espera,
que voy a contarte un cuento."

MARQ. ¿Y te defendiste?

VIC. Sí.

MARQ. ¡Bien!

VIC. Y sin mucho trabajo:
tomé por la calle abajo
y no he parado hasta aquí.

MARQ. ¡Ya ves!

VIC. De nuestra ruina
este es el triste comienzo.
Vengo a avisar a Lorenzo,
para ver qué determina.
Dile que andan a la husma
de ricos. Esto ¿es razón?

—El tiene la obligación
de sujetar a esa chusma.
Dile que la libertad
se encuentra en terrible estrecho,
y que peligra el derecho
santo de la propiedad.

BERN. ¡Vicente! pues ¿cómo así?
no ha mucho...

VIC. Lo mío es mío;
¿no es verdad? mi honrado tío
(*A la marquesa.*)
lo ha ganado para mí.

MARQ. Dime, ¿quién es el autor
de ese motín? ¿no has sabido?...

VIC. Yo no sé quién ha esparcido
por la ciudad el rumor...

MARQ. Sí, la nueva de una muerte.

BERN. ¿No es una odiosa mentira
fraguada?...

VIC. Yo no sé. (*Desconcertado.*)

BERN. Mira
que he aprendido a conocerte.

VIC. ¿Qué dices!

BERN. De tu lealtad
aquí el testimonio invoco:
tú y Guillén Sorolla ha poco
estabais aquí.

VIC. Es verdad.

BERN. Juntos salisteis.

VIC. Es cierto;
pero la verdad...

BERN. Espera.
—Tú sabrás de qué manera
en tan breve espacio ha muerto.

MARQ. Testigos somos las dos
contra ti.
VIC. ¡Cómo testigos!
MARQ. Y hay justicia.
BERN. Y hay castigos.
MARQ. Y hay patíbulos.
BERN. Y hay Dios.
VIC. (¡Y escribanos! ¡mentecato!)
MARQ. ¿Hablas?
VIC. Yo soy un pobrete,
¡valga la verdad! juguete
de un ambicioso insensato.
BERN. ¿Vive?
VIC. Vive.
BERN. La verdad.
VIC. Te lo juro por mi nombre:
puedes creerme; soy ya un hombre
de responsabilidad.
De él mismo salió esta embrolla.
MARQ. Búscale.
VIC. (¡Suerte maldita!)
BERN. Ve a la calle; corre, grita
(*Abriendo la puerta de salida.*)
que vive Guillén Sorolla.
VIC. Iré...
MARQ. Para luego es tarde.
VIC. El peligro considero...
BERN. ¿Ahora tiemblas?
VIC. El dinero
ha sido siempre cobarde.
(*Vase por la puerta que da a la calle empujado por Bernarda; ésta cierra un momento después.*)

ESCENA X

BERNARDA *y la* MARQUESA.

BERN. Pues nos quedamos las dos
solas...
MARQ. Sí; cierra esa puerta.
—Ya ves; todo se concierta
en bien.
BERN. ¡Permítalo Dios!
MARQ. Corre; engalánate.
BERN. Sí,
sí, que ahora a esperar comienzo.
MARQ. Ya no tardará Lorenzo.
BERN. ¿Y vos?
MARQ. Yo le espero aquí.
BERN. Gracias. (*Se va a su habitación.*)
MARQ. Ve. —¡De qué cruel
temor está mi alma llena!
y por no aumentar tu pena...
(*Se oye llamar a la puerta: la Marquesa acude presurosa.*)
LOR. (*Dentro.*) Abrid.
MARQ. ¿Quién?
LOR. ¡Abrid!
MARQ. Es él.
(*Abre la Marquesa la puerta y aparece Juan Lorenzo completamente demudado.*)

ESCENA XI

La MARQUESA, LORENZO.

MARQ. ¡Lorenzo!
LOR. ¿Quién aquí?...
MARQ. Soy yo; no temas:

te esperaba.
LOR. ¡Callad!
MARQ. ¿Qué te acongoja?
¡Habla! ¿qué pasa? di, ¿qué es de mi hermano?
LOR. Huyó.
MARQ. ¡Gracias al cielo!
LOR. Pero a costa
de una sangre leal.
MARQ. ¡Francín! ¿ha muerto?
LOR. ¡Que Dios le dé la prometida gloria!
MARQ. ¡Infames!
LOR. ¡No gritéis! ¡oh, ni una queja,
ni una voz, ni un suspiro! ¡que no os oigan!
la hiena ha despertado, y yo, yo he sido
quien la arrancó de su letal modorra.
MARQ. Mas ¿cómo fué?...
LOR. Dejadme que recobre
el aliento perdido.
MARQ. (*Conduciéndole al sillón.*) Ven; reposa;
pero habla.
LOR. Sí lo haré.
MARQ. Y esta impaciencia
a mi febril indignación perdona. (*Pausa.*)
LOR. Mientras que yo del arrabal cercano
guiaba al Conde por las calles lóbregas,
Francín cruzó la plaza, en que rugía
viviente mar de alborotadas olas.
Cubriendo el rostro y a su dueño el conde
remedando en el aire y la persona,
procuraba fijar de aquel airado
tumulto la mirada escrutadora.
No esperó largo tiempo; en corto instante
su inquietud, sus miradas recelosas
despiertan la atención de aquella gente,

que de Francín en derredor se agolpa.
"¡El conde!" alguno prorrumpió, y en breve
corriendo aquella voz de boca en boca,
se convirtió en bramido, resumiendo
mil y otras mil en suma pavorosa.
"¡Muera!" gritaban; y tras él cruzaron
plazas y calles en carrera loca,
incansable, tenaz, como jauría
que al cervatillo fatigado acosa.
Ya de San Nicolás próximo estaba
el triste fugitivo a la parroquia,
cuando salió el vicario, que a la turba
refrenó con palabras amorosas;
y se abrazó a Francín, y colocando
sobre su frente la sagrada forma,
se abrió camino, dirigióse al templo,
y ya tocaba del umbral las losas.
Pero al ver que la presa codiciada
de quel anciano la piedad le roba,
volviendo en sí del momentáneo asombro
aquella multitud gimió de cólera.
Llegué a este punto, y con sentido ruego
la pedí compasión una vez y otra;
pero estaba en sus iras complacida
y a todo humano sentimiento sorda.
Hollado el sacerdote, que imploraba
en el nombre de Dios, misericordia,
cayó, manchando el pórtico sagrado
con sangre de Francín y sangre propia.
Yo, señora, le vi, pálido el rostro
y desgarradas las talares ropas,
de nuevo alzar con el herido brazo,
iris de paz, la cándida custodia.
Y al verla sobre todos levantada

a la luz de las pálidas antorchas,
en medio del tumulto de asesinos,
manchada a trechos con señales rojas,
creí ver repetirse aquel misterio
que al mundo esclavo redimió en el Gólgota.

MARQ. ¡Me horrorizas!

LOR. De espanto dominado
y llena el alma de mortal congoja,
huí de aquella escena abominable
hasta encontrarme con mi angustia a solas.
Pero al volver aquí, de nuevo escucho
fiero clamor; desordenada tropa,
obedeciendo al aguijón del crimen,
por delante de mí cruzó furiosa;
y clavada en el hierro de una pica,
despojo de su bárbara victoria,
vi de Francín la rígida cabeza
dibujarse en el fondo de las sombras.

MARQ. Lorenzo, ya lo ves: esa es la plebe.

LOR. No es la plebe; es la turba licenciosa
de infames desmandados; es la chusma
que azuza contra mí Guillén Sorolla.
—Mirad... siento mi sangre dilatarse
y que mi pobre corazón se ahoga,
y que tiemblan sus fibras una a una
cual si quisieran desatarse todas!

MARQ. ¡Calla, Lorenzo, calla!

LOR. Sí; callemos.
(*Dominado por el terror.*)

MARQ. Y aleja esa visión de tu memoria;
bórrala, si es posible.

LOR. ¡Que la borre!
¡no he de poder jamás! ¡jamás, señora!

MARQ. Por compasión a la inocente niña

que galas viste y que te espera ansiosa...
LOR. ¡Me espera! ¿para qué?
MARQ. ¡Pregunta extraña!
cerca el momento está de vuestra boda.
LOR. ¡Nuestra boda decís!
MARQ. Pronto, ceñida
la casta sien de virginal corona,
vendrá a pedir a su dichoso amante
el prometido título de esposa.
LOR. ¡Es verdad! —Cuál será mi sufrimiento
cuando, olvidado de mi dicha próxima,
sólo me ocupa este dolor. —Decidla
que llore sangre; que sus galas rompa,
y sus cabellos mese, y de su cara
borre también las naturales rosas.
¡Bodas en tal momento! ¡oh, que serían
del público dolor indigna mofa!
MARQ. Piénsalo bien, Lorenzo: si dilatas
el momento feliz que espera ansiosa,
creerá tal vez que la sospecha infame
tu lastimado corazón devora.
LOR. No.
MARQ. Sí: sospechará que esa tardanza
nace de algún temor que la deshonra.
LOR. ¿No aguardaremos a mejores días?
MARQ. ¡Ay! ¡que comienzan hoy los de discordia!
LOR. Es cierto.
MARQ. Y quiero ser vuestra madrina,
y he de partir al despuntar la aurora.
LOR. ¡Un sacrificio más! a los altares
(*Después de una breve pausa.*)
llevaré mi aflicción; pero no importa.
Sonreiré... si al través de la sonrisa
la inmensidad de mi dolor no asoma.

MARQ. Que no sospeche la inocente...
LOR. Nada.
MARQ. Triste va a ser la santa ceremonia;
mas no es posible retardarla.
LOR. Cierto.
MARQ. Advertiré a Bernarda que ya es hora.

ESCENA XII

LORENZO, *solo*.

¡Bien! ¡bien! —No sé en qué consiste,
no sé; pero tengo miedo
ahora que a solas me quedo
con mi pensamiento triste.
Todo para mí se viste
del luto del corazón.
Calle la noble ambición,
que ya mi espíritu empieza
a sentir de su flaqueza
la humillante convicción.
Vuelva de su vano ensueño
y su camino desande
el que se creyó tan grande
y se encuentra tan pequeño.
Renuncia a tu loco empeño,
pues de tu error te persuades,
gigante en las vanidades,
pigmeo en fuerzas y arrojo,
que has pretendido a tu antojo
manejar las tempestades.
De un ambicioso vulgar
cuenta la mitología
que precipitó del día
el ardiente luminar.

A él me puedes comparar,
Cisneros, ¡Febo español!
sol fué de puro arrebol
tu pensamiento bizarro,
y yo soy Faeton, que el carro
precipité de tu sol.
Yo que de tantos asombros
siento la mortal zozobra,
quise tu difícil obra
levantar sobre mis hombros,
y hoy veo rodar entre escombros
con ella, mi vanidad.
¡Noble y santa libertad,
mi consoladora idea!...
vuelve a Dios; no te desea
la frívola humanidad.
Mas con esto la inquietud
de mi conciencia no aduermo.
¡Mentí! ¡mentí! no hay enfermo
que no quiera la salud.
Acuse a su ineptitud
el que, creyéndose fuerte,
jugó de un pueblo la suerte,
y a la calumnia no acuda;
que la humanidad no duda
entre la vida y la muerte.
—¿Qué es esto! ¡qué sensación
rara!... Dicen que conmigo
va mi mayor enemigo,
y es mi propio corazón:
que la ciencia a la inacción
o a la muerte me condena.
—¡Señor! si es esta mi pena,
conozca yo mi delito.

(*Hace un esfuerzo para incorporarse.*)
—¡Bernarda! (*Pausa.*) Yo he dado un grito;
¡pero mi voz no me suena! (*Con terror.*)
¡Muerte! eres tú, ¡no me engañas!
siento que te acercas; siento
que se adelgaza mi aliento,
que se hielan mis entrañas.
¡Mil sensaciones extrañas
siento a la vez!... ¡ya no veo!...
—¡Gran Dios! mío es... tu deseo...
tuya... mi pobre... existencia...
¡Padre!... ¡creo... en tu clemencia!
¡creo... Señor! ¡creo!... ¡creo!...
(*Expira: el teatro queda por un momento solo; poco después sale Bernarda vestida de blanco.*)

ESCENA XIII

LORENZO, *muerto;* BERNARDA.

BERN. ¿Lorenzo? ¡mira! —No está.
Acaso en esotra sala...
o es que su traje de gala
aún le ocupa; eso será.
¿Para qué, si te desea
mi corazón, sólo amante,
y es tu apacible semblante
lo que más me lisonjea?
¡Si te basta una mirada
tranquila, exenta de enojos,
para deslumbrar los ojos
de tu esposa enamorada!
Me inunda sólo tu vista
de cariñosa zozobra,

y una palabra te sobra
para tan fácil conquista.
¿Y yo? ¿no ha ajado mi frente
de los pesares la huella?
¿si me encontrará tan bella?...
¿Por qué no? seguramente.
Ya quisieran más de dos
presumidas... ¡y aún me quejo!
Ahora me miré al espejo
y he dado gracias a Dios.
¡Pero señor!... o es que tarda,
o es que mi amor tiene prisa
de alcanzar una sonrisa
para la feliz Bernarda.
—Mas ¿qué es eso? ¿no me engaño?
(*Viendo a Lorenzo.*)
¡Allí Lorenzo! ¡y sin verme!
Si duerme, ¿cómo es que duerme
en tal momento? ¡es extraño!
(*Coge la luz y se dirige hacia él con muestras de temor.*)
¡Lorenzo! ¡Lorenzo mío!
—¡Su calma me desconcierta!
Soy yo, ¡Bernarda! ¡despierta!
(*Cogiéndole una mano.*)
¡Ay! ¡no despierta! ¡está frío!
(*Deja caer la luz: el teatro queda a obscuras.*)
¡Virgen del mayor dolor!
¡duélante mis desventuras!
(*Cayendo de rodillas.*)
¡Lorenzo! —¡He quedado a obscuras!
¡Favor! ¡se muere! ¡favor!

ESCENA XIV

DICHOS *y la* MARQUESA, *con luz.*

MARQ. ¡Bernarda!
BERN. Venid.
MARQ. ¿Qué pasa?
BERN. Dios sin duda os ha enviado.
MARQ. Pero ¿qué es esto?
BERN. Que ha entrado
la desdicha en nuestra casa.
MARQ. Pero explícame...
BERN. Quizá
padece, y yo... ¡ni me muevo!
Lorenzo... ¡Si no me atrevo!
Socorredle: allí... allí está.
(*Señalando al sillón.*)
(*La marquesa se dirige adonde está Lorenzo: le pone una mano sobre el corazón y queda por algunos momentos en esta actitud: Bernarda, sin abandonar la suya, exclama con ansiedad.*)
BERN. ¿Vive? ¿vive?
MARQ. (¡Esto es atroz!)
BERN. ¿Vive?... ¡Ay! ¡no! ¡necia quimera!
A ser posible, hasta hubiera
resucitado a mi voz.
MARQ. (Me hace el corazón pedazos.)
BERN. Desengañadme, señora.
¿No queda esperanza?
MARQ. Llora.
BERN. ¡Ay de mí!
MARQ. Llora en mis brazos:
ven.

(La separa de Juan Lorenzo, y corre la cortina, de modo que el sillón en que está el cadáver quede oculto para el público.)

BERN. ¿Quién le ha muerto?
MARQ. El dolor
ha minado su existencia.
Está llorando Valencia
los crímenes de un traidor.
¡Ah! ¡mírale!
(Señalando a Guillén, que sale en este momento.)

ESCENA XV

DICHAS y GUILLÉN SOROLLA.

BERN. ¿Es él?...
SOROLLA. En prueba
de la amistad que le tengo,
a dar a Lorenzo vengo
una dolorosa nueva.
MARQ. Vuélvete.
SOROLLA. Por su alianza
con los nobles, conmovida,
la plebe quiere su vida
y está clamando venganza.
La fuga... puedes creerme;
si es que de temor se esconde...
MARQ. Nada teme.
SOROLLA. Pero ¿dónde
está? quiero hablarle.
MARQ. Duerme.
SOROLLA. Le despertaré.
MARQ. Allí está.
(Señala adonde está el cadáver: Sorolla se

dirige a él precipitadamente, sin descorrer la cortina, que permanecerá echada hasta la conclusión del acto.)

SOROLLA. ¡Lorenzo! (*Pausa.*) ¡Esta mano fría!...
(*Sale despavorido.*)
—¿No dijisteis que dormía?

BERN. Ya no se despertará. (*Sollozando.*)

SOROLLA. ¿Quién le ha muerto? ¡qué villano
traidor, qué mano iracunda!...

BERN. Es su herida más profunda,
que la que infiere una mano.
Y es tuya la odiosa palma
de ese triunfo.

SOROLLA. ¡Infausto yerro!

BERN. Sólo al cuerpo alcanza el hierro;
tú le has herido en el alma.

SOROLLA. ¡Yo he sido! ¡yo! ¡singular
acaso! ¡terrible idea!

MARQ. Aún puede, si lo desea,
sus delitos expiar.

SOROLLA. ¿Y cómo?

MARQ. Ensaya, Guillén,
tu poder; ¡lucha! ¡avasalla
a esa impudente canalla!

SOROLLA. Nada puedo para el bien.
[1] "¡Han blanqueado mis cabellos
en horas! ¡Mi poderío!
¡Sarcasmo! yo no los guío;
soy arrastrado por ellos.
Y me llevan a un abismo;
sé que su víctima soy,

---

1 Pueden suprimirse en la representación estas dos redondillas.

y voy, sin embargo, y voy
ayudándoles yo mismo."

MARQ. Huye.

SOROLLA. Fuera de mi muerte
cierta ocasión esa huída.

BERN. (*Con indignación.*)
Pues dime: ¿aún amas la vida?

SOROLLA. Ya tengo echada mi suerte.

VOCES. ¡Sorolla! (*Dentro.*)

SOROLLA. ¡Voy!
(*Dirigiéndose a la puerta de salida.*)

MARQ. Me avergüenzo
de mi compasión. (*Se aleja Bernarda.*)

SOROLLA. ¡Bernarda! (*Volviendo.*)
oye mi disculpa, aguarda.

BERN. Voy a orar por Juan Lorenzo.

VOCES. ¡Sorolla!
(*Más cerca. Sorolla vuelve a hacer ademán de partir.*)

MARQ. ¿A seguirlos vas?

SOROLLA. Soy su esclavo, no os asombre.

MARQ. Recemos por ese hombre,
que lo necesita más.

(*Bernarda se ha arrodillado delante del crucifijo: la Marquesa está de pie entre los dos. Guillén Sorolla, después de un momento de vacilación, se va por la puerta de la derecha como arrastrado por el bullicio de los desmandados. Un momento antes se habrá dejado ver resplandor de luces, y se habrá oído rumor lejano de voces. Cae el telón.*)

FIN DEL DRAMA

INDICE

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

EN LA TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS,

BIBLIOTECAS Y MUSEOS",

EL DÍA XXVI DE NOVIEMBRE

DEL AÑO MCMXXV






UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06720 7871

